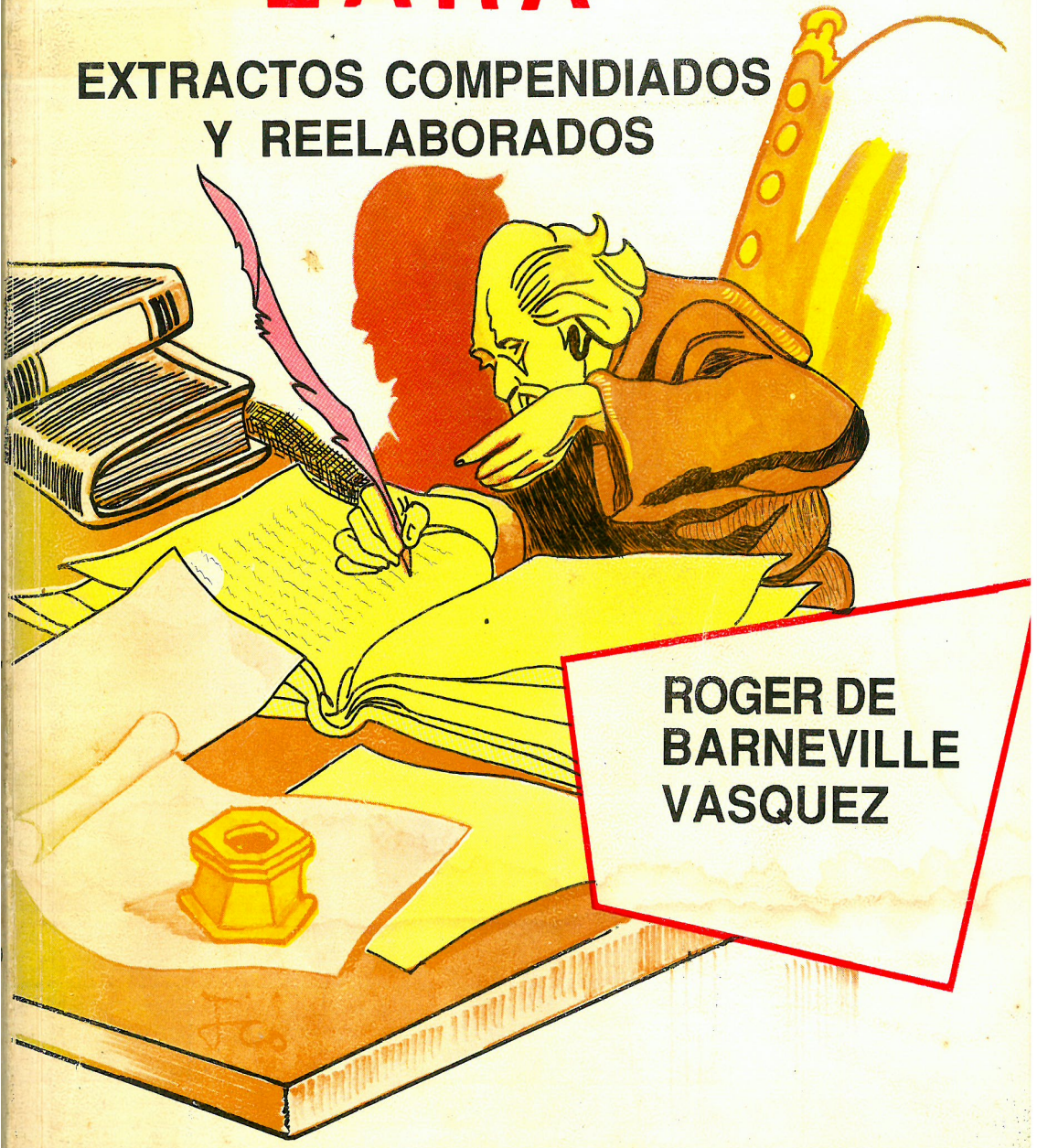
MANUSCRITO LARA

EXTRACTOS COMPENDIADOS Y REELABORADOS



ROGER DE BARNEVILLE VASQUEZ

ROGER DE BARNEVILLE VASQUEZ

MANUSCRITO LARA

EXTRACTOS COMPENDIADOS Y REELABORADOS

Edición de:

Alberto M. Vazquez

SANTA CRUZ - BOLIVIA

1990

Derechos Reservados
Ing. Roger De Barneville Vásquez

Diagramación Composición e
Impresión:
Imprenta Landívar Offset
Independencia 232 Telf. 3-0106
SANTA CRUZ - BOLIVIA

NOTICIA PRELIMINAR

Este Manuscrito -de autor anónimo- lleva el nombre del presbítero Manuel Jesús Lara, que, allá por el año I.896, lo obsequió a la Biblioteca Municipal.

Aunque, años después hubiera desaparecido el original, quedaron copias de él gracias a la feliz previsión de mi docto amigo dn. Roger Mercado Antelo.

Una de esas copias (encuardenadas en un mamotreto de 131 páginas y en tamaño de doble folio), obtenida en La Paz por el Alcalde de Santa Cruz, Lic. Pedro Ribera Sánchez , llegó recientemente a mis manos por intermedio del Sr. Oficial Mayor de Cultura, Don. Raúl Vaca Pereyra Montaño. Valga la oportunidad para agradecerle por ello.

El manuscrito Lara (conservaré su errónea designación), está compuesto por una serie de narraciones, -sin orden cronológico- que van desde los tiempos de la Guerra de la Independencia, hasta las postrimerías del siglo XIX.

En cuanto al cronista, por todo lo que he podido averiguar -y no ha sido mucho- infiero que la paternidad- del Manuscrito de marras, correspondería a cierto cura de almas, apellidado Casarrubia, que vivió en Santa Cruz, en la segunda mitad de la pasada centuria.

Auque de escasa cultura gramatical, el autor no era ciertamente lo que vulgarmente se llama un "clérigo de misa y olla".

En las páginas del Manuscrito nos relata a veces, acontecimientos históricos, pergeña bocetos biográficos de personajes famosos, o se hace eco de caramillos y chismes - de comadres. Otras, nos da cuenta de sucesos maravillosos o sobrenaturales que tuvieron por escenario el territorio regido por la pequeña ciudad llanera, supersticiosa y milagrera, llamada Santa Cruz de la Sierra.

Todo lo escrito por el padre Casarrubia, lo señala como a un acucioso investigador del pasado, animado

por el generoso propósito de transmitir a la posteridad la relación de hechos de los que tuvo conocimiento directo, o que escuchó de boca de los viejos vecinos, durante las tertulias a la luz de la luna o al amor de la lumbre, en esas veladas pueblerinas en las que entretenían sus ocios las gentes que comían pan por aquellos lejanos días.

No cabe la menor duda de que el curioso cronista, sabía tirarles de la lengua a sus contertulios. Así el soplo de la evocación, se aventaban las cenizas del olvido y se avivaba el mortecino rescoldo para revivir los tiempos idos.

La prosa del Manuscrito Lara -enrevesada y mechada de garrafales faltas de sintaxis- tampoco respeta mucho ni la ortografía ni la propiedad semántica de las palabras.

Ocasionalmente incurre en verdaderos galimatías

que exigen del lector un gran esfuerzo de adivinación para seguir el pensamiento del autor. Algunos relatos se alargan innecesariamente con digresiones lacrimógeno-sentimentaloides, que nada agregan al interés del texto.

Sin embargo, la forma espontánea, campechana y directa que es la tónica de tales narraciones en las que se dicen las cosas sin tapujos ni rodeos, sin apelar a eufemismos y, el empleo de arcaísmos regionales, tales como "frenesí" (locura o enajenación mental), "paroxismo" (catalepsia), "encanto" (prodigio), " jipato" (extenuado de cansancio), "susidio" (aflicción, zozobra, inquietud), dan al Manuscrito Lara un grato e inconfundible sabor añejo. Pero su indiscutible mérito, finca, sin duda alguna en que constituye un sincero testimonio de una época y de la forma de vivir y actuar de un importante núcleo social.

En beneficio de la claridad de la exposición , he creído conveniente simplificar la redacción original de la crónicas que -compendiadas- y modificadas parcialmente en su forma, mantienen no obstante inalterable el fondo o meollo del tema.

A cada uno de tales narraciones, -espigadas en el vasto campo del Manuscrito (donde aún queda mucho por cosechar), se le ha dado un título compatible con su contenido.

Santa Cruz de la Sierra, Junio de I.987
Róger de Barneville Vásquez

INDICE

DATOS SOBRE SANTA CRUZ: EPOCA COLONIAL Y REPUBLICANA

1. EL REVERENDO PADRE CABOT
2. EL OBISPO DE COCHABAMBA DN. FRANCISCO MARIA DEL GRANADO, Y EL MUSICO VIDELA.
3. CONSAGRACION DE OBISPO.
4. TEMPLO DE SAN ROQUE.
5. WARNES.
6. EL REALISTA CRUCEÑO FRANCISCO JAVIER DE AGUILERA.
7. UNA MATRONA NOTABLE.
8. EL CORONEL JOSE MANUEL MERCADO.
9. "MUÑECO".
10. VEJEZ Y FIN PREMATUROS.
11. UN BARBERO INFORTUNADO.
12. LOS "TABLAS".
13. "CAÑOTO".
14. TREINTA ANCIANOS.
15. INSURRECCION DEL GENERAL MARTINEZ.
16. MARIANO MELGAREJO.
17. UN GRAN PRELADO: JOSE ANDRES SALVATIERRA.

18. DON ISIDRO TAGLES.
19. UN NOTABLE ASTROLOGO CRUCEÑO.
20. UNA BRUJA DE CAMPANILLAS.
21. LA CALAVERA VIVIENTE DE COTOCA.
22. UN GRAN CURANDERO.
23. CATALEPSIA.
24. JUAN VOLADOR.
25. UN HECHICERO MALIGNO.
26. TINTERILLO MAÑOSO Y ABIGEATISTA.
27. OBDULIA DORADO.
28. UN AVEZADO LADRON.

HECHOS MARAVILLOSOS OCURRIDOS EN SANTA CRUZ

29. EL HOSPITALARIO VIEJO DEL SURUTO-AMBORO.
30. EL ENCANTO DE ALDERETE.
31. LO DE MAPAISO.
32. LA AVENTURA DE LEON BALTA.
33. LA YEGUA DEL PADRE CABRAL.
34. LOS GRILLOS DE LEON BALTA.
35. OTRA VEZ LA YEGUA DEL PADRE CABRAL.
36. LA TINAJA DE MARCOS BENAVIDES.

SUCESOS SOBRENATURALES

37. EL BAILE DEL DR. MARDONES.
38. EL CHIVO DEL DON NICANOR GIL.
39. EL PEDIDO DE LA FINADA.
40. ROBO RECUPERADO.
41. CARNAVALEROS EN MIERCOLES SANTO
42. LA VISITA DE ROSALIA CASARRUBIA.
43. EL DUENDE DE SAN JOSE.

DATOS SOBRE SANTA CRUZ: EPOCA COLONIAL Y REPUBLICANA

(No hay referencias sobre fuentes de consulta.
Tampoco se indica quien fue el autor de los apuntes).

R.B.V.

EL RP. CABOT.

.....El Franciscano Miguel Francisco Cabot, del Convento de Tarija, fue nombrado Arzobispo de la Plata (hoy Sucre), con previo consentimiento del pontífice Pio IX, y se la encomendó la fundación de una Santa Misión, en Santa Cruz.

El 28 de Octubre de I.868, se instaló solemnemente la Santa Misión, y el Padre Cabot estuvo predicando, diariamente, desde las siete hasta las ocho y cuarto de la mañana, y desde las seis de la tarde, hasta las ocho de la noche.

El sacerdote accionaba con una mano porque en la derecha, las más de las veces llevaba un crucifijo. Así explicaba a sus oyentes los hechos maravillosos que culminaron con la llegada del Mesías.

El pueblo, al oír las sabias enseñanzas del prelado lo bautizó con el nombre de el Santo Padre.

Algunos descreídos, por la noche y en traje plebeyo, se llegraon a curiosear y escuchar los sermones, para dar su opinión al respecto. Y no tuvieron más remedio que reconocer que el Padre Cabot, no sólo era un buen literato sino también un excelente orador.

El Padre Cabot fue cosa notable que durante sus continuos y piadosos discursos deotrionarios, nunca se le embargara la voz. El fruto no se dejó esperar pues llegó a convertir a muchos feligreses que se hallaban encharcados en diversos y abominables vicios.

Al terminar cada plática, con enternecida voz, cantaba unas salves o letrillas que contribuían a dar mayor realce a sus exposiciones.

La iglesia hizo uso de dichas letrillas en las principales celebraciones y lo mismo el pueblo que fervorosamente las cantaba en los velorios de imágenes sagradas. He aquí algunas de ellas:

Ven a nuestras almas
Oh! Espíritu Santo
y envíanos del Cielo
De tu Luz un rayo.

Jesús,
Dulce amor mío
con intenso dolor
Perdón te pido.

Perdón Oh! Dios mio
Perdón e indulgencia
Perdón y clemencia
Perdón y piedad.

Pues concebida
Fuiste sin mancha
Ave María
Llena de gracia.

La Cruz adoremos
La Cruz preciosa
La Cruz adoremos
Y a quién la exaltó.

Al cabo de veintidós días de ejercicios, dio la comunión general, primeramente al bello sexo, el que, muy numeroso, ocupó el ámbito del templo, dividido con vigas en tres secciones.

Antes de darse la comunión, el misionero subió al púlpito y por repetidas veces dijo:

"Salgan fuera del templo las que no hubiesen de comulgar".

Solo abandonaron el sagrado recinto cuatro mujeres, luego tres sacerdotes a la vez dieron la santa comunión.

Al día siguiente comulgaron los varones cuyo número alcanzó a las tres cuartas partes del total de las del bello sexo.

El Santo Padre, desde el púlpito, instó a los que acababan de comulgar a que acompañaran a plantar una santa cruz, al día siguiente, la Cruz tenía cinco varas de alto y fue construída por un virtuoso paceño, Pedro Pablo Gómez, quién personalmente ayudó a colocarla en el vestíbulo del atrio. Con el correr del tiempo, -en 1899- la Cruz fue puesta en el interior del Hospital.

El santo misionero recomendó que a la Cruz se le implorase toda protección, pues su valiosa intercesión sería favorable a quienes oraran con fe.

Estando ya próxima la fecha en que debía marcharse

al interior, el Padre Cabot fue a hablar con el presidente Mariano Melgarejo que se hallaba ébrio y dormido. Cuando éste hubo despertado el misionero le pidió encarecidamente, que eligiera para la Diócesis de Santa Cruz un prelado, pues las dignidades de esa grey dejaban mucho que desear.

El Padre Cabot estuvo tan inspirado que el déspota le prestó oídos y la mitra recayó en un virtuoso sacerdote, el Padre Francisco Javier Soliz, quien con el Padre Cabot se encaminó a Santa Cruz, donde llegaron el 20 de octubre de 1870.

Con licencia del nuevo prelado, el Padre Cabot repitió su visita a la Misión de San Francisco, y luego se trasladó a las parroquias de Cotoca, La Enconada y Portachuelo.

A raíz de esto muchos aldeanos volvieron al catolicismo. (Año de 1871).

En la parroquia de la Enconada (hoy Warnes), un aldeano se llegó a la iglesia en circunstancia en que ya el Santo Padre se hallaba predicando, y sin respetar el santo lugar, -como era viciosa al tabaco- sacó un gran cigarro de chala y se puso a pitar.

Los campesinos se hallaban cerca de él, le dijeron: "No fumes, ¿no ves que estamos escuchando el sermón?", a lo que el del cigarro, contestó: "¿Quién le hace caso a un fraile loco?.

El predicador, ante este acto de irreverencia, mandó que lo sacaran de la iglesia.

El aldeano salió blasfemando y, en llegando a su choza, cayó gravemente enfermo, al punto que fue

precio llamar al confesor, pues parecía que el hombre iba a estirar la pata.

El confesor le amenazó con excomulgarlo si no pedía perdón al Padre Cabot, y fue cosa admirable, tan pronto el hombre se arrodilló y se arrepintió de su mal comportamiento, quedó curado instantáneamente.

El Reverendo Padre Cabot, luego que terminó su misión en las tres parroquias, se dirigió al interior sin más custodia que la de un muchacho llamado Vicente Ruth, quien llegó solo a Tarata y allí dio parte a los Reverendos Padres de la repentina muerte del Santo Padre, acaecida en Carcajo, un lugar próximo a Tarata. Los religiosos sospecharon que el Padre Cabot había sido asesinado por su acompañante y procedieron a amarrarlo con el propósito de entregarlo a la justicia. Luego fueron en procesión hasta el sitio donde se hallaba el cadáver y con gran sorpresa encontraron sobre el pecho del misionero, y escrito de su puño y letra, un papel que decía:

"No lo ultrajen a Ruth, que es inocente".

Maravillados los Reverendos Padres condujeron el cuerpo del Padre Cabot al convento de Tarata, en cuyo santuario goza del descanso eterno.

En cuanto al muchacho, interrogado por los Padres, contó que nunca durante el viaje, sus ojos vieron al santo español oriundo de Mallorca y franciscano de Tarija, almorzar o cenar, y que más de una vez, habiendo faltado la comida, para él, Vicente Ruth, el misionero le había dicho:

"Mira con cuidado, que las alforjas están provistas". Y así ocurría aunque el muchacho hubiera acabado de

verlas vacías, y por tal circunstancia él nunca pasó hambre, antes bien comió siempre hasta saciarse.

Otra cosa notable, era que aunque los ríos estuvieran crecidos, ellos encontraban siempre un vado con poca agua para poder cruzarlos.

EL OBISPO DE COCHABAMBA, DN. FRANCISCO MARIA DEL GRANADO, Y EL MUSICO VIDELA

El señor Obispo de Cochabamba, Francisco María del Granado, llegó a Santa Cruz, el 23 de junio de 1874, para asistir a su padre Dn. Rafael del Granado, doctor en Medicina, quien falleció el 8 de octubre de ese mismo año.

Durante su permanencia aconteció que no lejos del Palacio Episcopal, se topó con un insolente crapuloso de nombre Manuel José Videla, quien vivía de la música de cuerdas. Este musiquillo tomando de los brazos al sacerdote le increó de esta manera:

"Oí, che: vos, porque te han hecho Obispo ya no conocés a tus contemporáneos.
Déjate, pues, de ser orgulloso. Mirá que tan hombre sos vos como yo. Si es que te consideras más persona que yo, te has equivocado. Yo valgo más por ser jefe de músicos, y tan aplaudido no sólo del bello sexo, sino de numerosos paisanos".

El buen Obispo permanecía callado. Al ver que numerosos espectadores se iban reuniendo, el borrachín sintió vergüenza y lo soltó, reemprendiendo su camino. El prelado meneó la cabeza y sólo dijo:
"Ay!, pobrecito desgraciado".

A las pocas semanas Videla fue baleado por un forastero apellidado Terceros, el que, tras haber sido preso y enjuiciado, logró escapar. Del resultado de la herida, Videla perdió una pierna, la misma que fue enterrada en el panteón, pero, con el auxilio de dos muletas, vivió aún largos años, más no pudo variar de ideas por hallarse persuadido de que los hombres son enteramente iguales.

Cierta vez, Satanás, en traje de músico, y al anochecer, le hizo una visita, invitándole repetidas veces a que salga con él a dar versos, pero, felizmente inspirado, Videla, rehusó, aunque el Maligno le ofrecía una jugosa gratificación. El Diablo se despidió dejando su charango sobre una mesa, prometiendo volver a recogerlo, a la noche siguiente.

Al amanecer el charango se convirtió en una corteza de leña, lo que dió lugar a que Petrona, la mamá de Videla, le comunique lo ocurrido a un sacerdote, quien le previno que, sin abrir la puerta, entregara por la ventana la diabólica corteza.

Fué así que, a la siguiente noche, regresó Mandinga, pidiendo que Videla, le entregue en mano propia, el charango, a lo que Petrona se interpuso, persistiendo en ser ella la que devolviese el instrumento. Después de discutir como un cuarto de hora, Petrona salió con la suya y el Diablo, furioso se mandó cambiar, diciendo:

"Agradezca Videla no haberme entregado el charango en mano propia".

Videla y su madre continuaron viviendo en su alquilado cuarto, como si tal cosa, pero tuvieron cuidado de hacerle bendecir, para "alejar al Demonio".

Su Ilustrísima, confirmó a muchos niños en el templo de San Francisco y pontificó en el de la Merced que oficiaba de Catedral suplente, fielmente servido por las dignidades eclesiásticas que años más tarde, lo destituyeron del cargo de Gobernador Eclesiástco, arguyendo que no podían ya obedecer a un muchacho.

El 19 de octubre del mismo año (1874), del Granado

emprendió viaje de regreso a su Obispado de Cochabamba, en cuya agradecida Diócesis, muere el día jueves 25 de septiembre de 1895. En su tierra natal, Santa Cruz, le honraron con ceremonias fúnebres, el día viernes 11 de octubre del año 1895.

CONSAGRACION DE OBISPO

El Diocesano Juan José Valdivia, hallándose próxima su marcha a recibir la Diócesis de La Paz, su país natal, tuvo a bien consagrar de Obispo Coadjutor al virtuoso Padre Belisario Santisteban, de la estirpe Velasco, quien recién ordenado, se resolvió a visitar los Santos Lugares, en particular aquellos donde estuvo y murió Jesucristo, Nuestro Señor.

El flamante Obispo atraviesa el continente y embarcado en el Atlántico, pasa a Europa, en cuya tierra se halla situada la gran ciudad de Rómulo, gobernada por los sucesores de San Pedro, de cuya gran cadena de Pontífices, su Santidad León XIII, le dió el título de Monseñor y todas las necesarias recomendaciones para que se embarcase en el Mar Caspio para llegar al continente Asiático en que se hallan las tieras de Canaán, Judea, Israel, y Tierra Santa.

En Jerusalén, los Padres de allí le enseñaron al Padre Santisteban no sólo los juguetillos del Niño Dios, sino también las herramientas de carpintero con que San josé trabajaba.

El Padre Santisteban era un hombre justo y virtuoso no sólo en lo carnal sino en toda materia, y sin embargo, ya siendo Obispo, de vez en cuando era censurado de algunos descontentos a quienes parece que la envidia les movía la lengua. Cierta vez uno de estos salió diciendo que la mitra injustamente la había adquirido a costa de demostrar obsecuencia y hacer gala de humildad.

Una noche tiraron un balazo que rompió una de las ventanas del Obispado. Tal fué el estrepitoso ruído

que el sacerdote Santistebam personalmente abrió la ventana entera para exponerse al gratuito atentado contra su vida.

A los pocos días de ésto fueron a informarle quien había sido el autor del tiro, y el santo varón los interrumpió diciendo: "Basta, basta; no quiero saber quien fue".

Varias personas de sus malquirientes buscaban inútilmente pretexto para desprestigiar al dignísimo obispo Belisario Santistebam, al que, un domingo de Cuasisimbo, se procedió a su consagración. A esta eclesiástica y principal función, concurrieron todas las Corpraciones, lo mismo que el general Ramón González con los subalternos y soldados, los que celaban la entrada al templo a todos los que no fuesen vestidos de negra etiqueta. Esto ocurrió el 5 de abril del año 1891.

Todavía hay algo más que decir: El mencionado Padre Belisario Santisteban, estableció enseñanza de instrucción primaria y secundaria con el nombre de Colegio Seminario. Las clases fueron organizadas en las vastas dependencias pertenecientes al Palacio Episcopal y contigüas a él. Los alumnos, sin excepción, vestían uniformes con distintivos morados. El colegio fue fundado en 1891.

A dos años de consagrado obispo, pudo conseguir que haya educación para las niñas en varias ciencias. Las profesoras fueron las Hermanas de la Caridad e Hijas de Santa Ana.

Su organización era casi similar a la del Seminario.

Nota.- Monseñor Belisario Santistevan, nació en

Santa Cruz de la Sierra el 18 de agosto de 1843. Fue un gran impulsor de las obras de la Catedral (Hoy Basílica Menor de San Lorenzo), que se inauguró en 1915.

Falleció en su tierra natal el 30 de Marzo de 1931.

TEMPLO DE SAN ROQUE

Dicho templo se hallaba inconcluso en 1873. Sólo se habían levantado las Casas Parroquiales, el Presbiterío y la Sacristía, con las limosnas que el señor cura Aguilera conseguía del vecindario.

Un piadoso argentino, Teodoro Bustamante, concluyó el templo con el dinero de su bolsillo. Por tan generosa caridad la iglesia, en premio, le colocó una guirnalda y una medalla de regular valor. La reedificacón de la Casa de Dios, estuvo a cargo de un italiano arquitecto, Carlos Cadario, habiendo llegado el gasto a la suma de cuarenta mil pesos ($Bs. 40.000).

Por esta pía conclusión, el alma de Bustamante, y las de su descendencia serán felices, según predicción del obispo Belisario Santisteban, quien consagró el templo con asistencia de las honorables corporaciones, de las que citaremos a los jefes: un señor Prefecto y Comandante General, Dr. Juan Francisco Velarde; el presidente del Consejo Municipal, Dr. en Medicina Julián Eladio Justiniano de Chávez; el Sr. fiscal del Distrito, Dr. Mariano Zambrana; el Inspector de las Guardias Nacionales, coronel Juan Antonio Rojas.

Qué gran día tan feliz para el Dr. Teodoro Bustamante que, desde la iglesia, fue aplaudido el 18 de agosto de 1892. Muere el 7 de noviembre de 1900 siendo sepultado en el mencionado templo.

WARNES

Este gran patriota, natural de Buenos Aires, Cnel. Ignacio Warnes, fue mandado a Santa Cruz de la Sierra con un piquete de gauchos argentinos, a gobernar el país en nombre de la Provincia de Buenos Aires. Su misión era la de formar un ejército numeroso para extirpar a la monarquía extranjera. Esto aconteció en 1814.

Fué así que, hallándose la ciudad bajo el mando de un cruceño realista, apellidado Becerra (quien cortó más de una oreja a los patriotas), aconteció la entrada de Warnes.

Becerra había puesto los pies en polvorosa. Warnes, sin pérdida de tiempo, disciplinó a los jóvenes en la táctica militar, siendo así que más de las dos terceras partes eran campesinos, pues la ciudad era todavía muy pequeña, con calles reducidas a nada más que cinco cuadras. Las diseminadas e irregulares casas de las personas acomodadas, en su mayor parte eran techadas con canales de palma y amuebladas con canapés, esteras y sillones forrados con suela laboreada, sin pizca de barniz.

Los estrados de los amplios salones eran de un pié de alto, cuyo pavimento de adobe era afinado con el desperdicio de la destilación del alcohol, llamado "jarubichi".

Los varones todavía usaban criznejas; se lucían con pantalones cortos de paño de 25 pesos la vara, a la última moda, que no pasaban de la rodilla; el pantalón se hallaba guarnecido con hebillones de oro y plata, según la categoría social del propietario. Las medias cubrian las espinillas, y el calzado consistía, mayormente en mantulos de baqueta con hebillones

de oro en la capellanada. Las botas, que eran moda antigua, las usaban más para salir al campo. Los días de fiesta, los elegantes iban a oir misa a la Catedral, pues rara vez los ricos iban a la Merced o al Sagrario.

La Catedral, durante más de dos siglos sirvió de enterratorio, hasta el año 1911, en cuya fecha se concluyó el templo de Jesús Nazareno, construido para enterratorio de los nobles dentro del templo como antigua costumbre, hasta que el año 1832 concluyeron un adecuado y retirado panteón. Desde esa fecha se suprimió al enterrar dentro del templo, dejando eso exclusicamente para los Obispos y otras personas dignas de ello.

En aquellos tiempos todavía se bailaban las danzas anteriores a la Guerra de la Independencia. De esos diversos bailes no recordamos sino los nombres: el Cielito, las Mariquitas, el Pericón, las Castañetas, el Fraile, las Catarenas, Don Juan de la Cova, la Corcova, el Mareto, la Masamada; el Cielo en batalla, la Masaguada, etc.

Esta excesiva alegría se exteriorizaba no sólo en los días de natalicio, sino en todos los festivos y hasta en los de trabajo. Esa herencia festiva le venía desde la Colonia, a Santa Cruz, que se deleitaba cada vez con nuevos bailes.

La llegada de Warnes causó no poca sensación; sin embargo no se interrumpieron las fiestas.

Entró Aguilera y proliferaron todos los vicios. Los cruceños, antes de la Guerra, eran sencillos, honrados, sanos y buenos, en razón de que no llegaban forasteros, con excepción de los españoles que eran tenidos por excelentes cristianos.

Los cruceños combatían únicamente con los bárbaron salvajes que asaltaban sus propiedades.

En aquellos tiempos los campos estaban muy poblados. La ciudad no tenía sino muy pocos artesanos; de uno o dos en cada gremio, a saber: dos maestros de carpintería, dos de herrería, dos de sastrería, dos de talabartería, uno de zapatería un pintor y escultor, y un abeldaño, primer maestro de tejería, cuyo primer material fue para la construcción de la Catedral (siglo XVIII), en cuya época le sacaron el techo de palma y le pusieron tejas. Cada maestro no tenía sino dos o tres oficiales; los demás hombres se hallaban dedicados a la agricultura y a la ganadería.

El bello sexo -vestido de enaguas y camisa de pecho- se ocupaba en tejer lienzos de cuya durable tela se vestía el pueblo, con el sistema de distinción de castas.

Después de dos siglos de pacífica vida llegó el tiempo en que los cruceños de adiestren en el arte militar que introdujo Warnes auxiliado de sus veinticinco gauchos. Con esto las haciendas y terrenos de labranza quedaron a merced de lo viejos, de las mujeres y de los menores de edad.

Para la caballería se construyeron cuarteles en el lugar de Jitapaqui. Para abastecerse, los patriotas degollaron ganado de propiedad de los más recarcitrantes realistas.

Así se robustecieron estas tropas que tuvieron lucida actuación en tres grandes combates: el primero en Florida (Cordillera), en que Warnes y Mercado, a órdenes del español patriota Juan Antonio Alvarez de Arenales, vencieron a los realistas mandados por el

Cnel. Manuel Blanco que murió en la acción. El segundo combate, también favorable a Warnes, fue el de Santa Bárbara, donde con 1.600 hombres, batió a 5.000 soldados disciplinados y mandados por los coroneles españoles Udaeta y Altolaguirre. El tercer y último encuentro fue en el Pari, donde murió Warnes y fueron derrotados los patriotas.

Entre las acciones de Santa Bárbara y el Pari ocurrió el siguiente episodio en Santa Cruz. Antes de marchar a Santa Bárbara, Warnes había dejado al Cnel. Mercado a cargo de la plaza. Un falso patriota, el Cnel. Santiago Carreras, se hizo entregar el cuartel. Sin embargo, al cabo de algunas semanas, Carreras apareció muerto de un tiro, víctima de un plomo patriota. Interrogada la tropa, para saber quien lo había victimado, se ecuchó una respuesta unánime: "Su mal gobierno".

Los oficiales argentinos de Carreras, después del entierro capitular de éste, blasfemaron contra Santa Cruz y luego, sacándose las gorras, las arrojaron al suelo. Tal era su enojo que no callaban maldiciendo la hora en que llegaron a estas tierras. Al cerrar la noche, emigraron quedando Mercado de Gobernador de la ciudad.

EL REALISTA CRUCEÑO FRANCISCO JAVIER DE AGUILERA

Un cruceño, Francisco Javier de Aguilera, fue mandado desde la ciudad del Cuzco con un ejército que, al llegar a Santa Cruz, se componía de 1.600 hombres, a batir y exterminar no sólo a los patriotas que encontrara en tránsito, sino señaladamente, al incansable Padilla y a Warnes. Desde Vallegrande, Aguilera, por caminos extraviados, se dirigió a la llanura, con intención de sorprender a Warnes.

Aquí importa dar conocimiento de un admirable anuncio que presagió la abundancia de sangre que se iba a derramar en el campo del Pari.

El agua siempre cristalina del río Perovelez que corre por los umbrales de la ciudad. Hoy -fines del siglo XIX- se halla menguado- Digo así porque no corre sino en tiempo de lluvias. En aquel tiempo, (1816) no cesaba de correr pero sus aguas eran rojas, como tintas de sangre. Tal fue la variación en el color que el pueblo se asombró y las amas de casa mandaban a sus azacanas para que les trajesen muestras de aquellas aguas, pero nadie logró explicar este súbito cambio de color.

Aguilera -que había dado muerte a Padilla en el Villar- marchaba sigilosamente desde Vallegrande como ya se ha dicho, pero fue detectado por un vaquero de apellido Montero, que, montando un caballo en pelo, corrió a prevenir a Warnes.

Al estar informado, Warnes, hizo inmediatamente, tocar generala e hizo venir a la caballería de Jitapaqui, mientras otros soldados recogían cuanto sillonero hallaban.

Warnes encomendó al "Colorao" Mercado que le rinda cuenta de la caballería realista, quedándose el caudillo a batirse con la infantería. Luego se marcharon al combate. Mercado fue el primero que llegó al campo de batalla a las once del día (21 de noviembre de 1816) y atacó de inmediato arrollando a la caballería realista, a la que persiguió en todas direcciones.

A las cinco de la tarde los cansados escuadrones de Mercado volvieron grupas y regresaron, pero ya Warnes había muerto y los patriotas se hallaban en derrota.

Mercado se retiró al Trompillo, creyendo que los suyos se hallaban ya allí, pues era el punto de reunión indicado por Warnes en caso de perder la batalla. Buscó en vano por todas partes y sólo halló diminutas fuerzas. Con los pocos que le acompañaban resolvió refugiarse en Saipurú esperando la ocasión propicia para dar un sorpresivo asalto a la ciudad.

Del ejército de Aguilera, de 1.600 hombres, no se salvaron de la muerte sino 200, los que, por órdenes de un chileno, el capitán Rocabado, estuvieron toda la noche dando tiros para infundir temor.

Al día siguiente recogieron la artillería y la dispusieron en una especie de reducto, a la espera de los acontecimientos. Aguilera y sus diezmadas tropas permanecieron cuarenta y seis horas en el campo sin animarse a ocupar la ciudad.

A su ingreso a la ciudad, el clero realista no vaciló en invitar al vencedor de Warnes. Precedido de la cruz alta, Aguilera dió sus primeros pasos en el pueblo, dando vivas a Fernando VII, y sin perder tiempo publicó un bando para que los patrias se presenten y

también los padres de familia con sus hijos varones, so pena de muerte en caso contrario.

Un tal Rocha, capitán de la artillería de Warnes, fue el primero que se presentó, confesando que, por ayudar al Rey, clavó los cañones de su batería, facilitando así el triunfo de los realistas. Aguilera, al saber que Rocha era un felón, lo mandó fusilar en el acto, diciendo que quien traicionó a su caudillo, hubiera sido capaz de traicionar a cualquiera. Al día siguiente mandó fusilar al vaquero Montero que había dado la alarma a Warnes. Estos fueron los primeros de centenares de víctimas. Con los vecinos que se presentaron en cumplimiento del bando, Aguilera hizo abrir zanjas en el campo de batalla para sepultar a los numerosos y fétidos cadáveres de ambos partidos.

Al cadáver de Warnes que se halló con una pierna bajo el peso del caballo que montaba, y que también estaba muerto, lo decapitaron. El cráneo y rostro fueron taladrados y la cabeza puesta en el extremo de un madero colocado en la esquina Sudoeste de la Plaza (Plaza de la Concordia), a sol, viento y agua, a la expectación pública.

UNA MATRONA NOTABLE.

Esta digna señora, doña Manuela Velasco (hermana del Gral. José Miguel de Velasco, que años más tarde llegaría a ser presidente de la República), el día de la solemne entrada a Santa Cruz, del Brigadier Francisco Javier de Aguilera- vencedor de Padilla y de Warnes, la presentó una cuantiosa suma de dinero sellado con la aclaración de que hacía este donativo para evitar el saqueo de la población por la soldadesca y los múltiples ultrajes que, en tales casos se infieren a personas inocentes, especialmente a las del bello sexo.

Aguilera aquilató lo noble y magnánima de este proceder, y comprendió que la señora Velasco, era una gran dama digna de las matronas de la antigua Roma.

El Brigadier realista, se hallaba profundamente irritado porque estaba informado que gran parte de los poblanos eran ciegamente adictos a Warnes. Fue por ello que ejerció un rigor extremo, pues no perdonó ni al miserable vulgo que -no pudiendo contribuir pecuniariamente, era obligado no sólo a charquear las reses confiscadas a los hacendados patriotas, sino también a realizar toda suerte de trabajos pesados.

En cuanto a las mujeres del pueblo, debían cocinar, por turnos semanales, para el rancho de las tropas cuyo número algunas veces, sobrepasaba los mil hombres. Otras acarreaban la grasa para hacer velas, hilaban pabilos y lienzos, molían maíz, y se ocupaban en suma, de todas las tareas concernientes a la manutención, bienestar e higiene del Ejército.

Un señor José Soleto, realista por supuesto, con el título de Proveedor, era quien llevaba la batuta en esto, prestando su propio y extenso canchón para las diversas ocupaciones ya mencionadas.

"MUNECO"

El Dr. Francisco Pérez, era un venerable y preclaro sacerdote, tan bondadoso que siempre apadrinaba y denfendía a los pobres que recurrían a él.

Esto provocó la inquina de un acomodado notario, un tal Pedro Cortez, (alias el "Muñeco"), de alma ruín, que no pudiendo soportar las justas alabanzas que la gente agradecida hacía del Reverendo Padre, no tuvo ningún reparo en buscar su perdición.

Con este avieso propósito, y la segunda intención de congraciarse con el tirano Aguilera, fue a sentar una denuncia, en la que aseveraba que el Dr. Pérez recibía en su casa a muchos patriotas, con los que se complacía denostando contra la Monarquía.

Aguilera, furibundo realista y hombre de malas pulgas, prestó oídos a las perversas palabras del Notario, y mandó a tres de sus ordenanzas, para que -de grado o por fuerza- condujeran al sacerdote a su presencia, a fin de poner las cosas en claro.

Esta orden se extendió como un reguero de pólvora entre el vecindario que se alarmó con justa razón.

Bien conocidas eran las severas y expeditivas medidas que el omnipotente General -todo un señor de horca y cuchillo- solía aplicar a quienes se rebelaban contra la tutela de su muy amado Fernando VII.

El Padre Pérez se hizo trasladar con sus lacayos y en su propia litera, a la Casa de Gobierno.

Entre tanto, las matronas del pueblo, fueron en

corporación a implorar al Brigadier -por Dios y todos los Santos- que evitase la entrevista con el sacerdote, pues sabían que éste no tenía pelos en la lengua y temían que ante las falsas imputaciones de que era objeto, perdiese la cabeza y reaccionara en forma que, en vez de allanarla, empeorara la situación.

Aguilera, conmovido por las súplicas y las lágrimas vertidas por las piadosas mujeres, y como, por otra parte no deseaba concitarse su malquerencia, accedió al pedido y desapareció del lugar.

El Padre Pérez, al que ya se le había subido la mostaza a la nariz, llegó indignado y se expresó sin miramientos ni contemplaciones de su coetáneo, el temible Brigadier:

" Dónde está ese maldito y sanguinario realista? Vayan a decirle que aquí estoy a su llamada".

Las mujeres, practicamente, se colgaron de los hábitos del sacerdote pidiéndole que se calmara y morigerara su lenguaje.

Por fin, -apelando a todos los Santos y Bienaventurados de que eran devotas-, consiguieron calmar los ánimos del sacerdote, que tras, esperar vanamente a Aguilera, se retiró diciendo:

"Puesto que Aguilera -dueño de vidas y haciendas- no aparece para darme la sentencia, regreso a mi casa, pues ya obedecí, pero quiero informarles, queridas señoras, que el único que tiene la culpa de ésto, es el maldito "Muñeco", que ha levantado calumniosamente mi nombre, pero ya verán ustedes el castigo que Dios Nuestro Señor, le dará por su maldad y por darle gusto a su lengua viperina".

Luego de despedirse, el Padre Pérez viajó al lugar de Chuchío, donde existía un pequeño Oratorio, ante cuyo altar se prosternó y clamó al Altísimo por el castigo al vil calumniador.

Y, -como para no creerlo-. Al poco tiempo de esto, el rico notario pedro Cortéz, se volvió loco de remate y, a pesar de que era una persona muy esmerada en su aseo personal, le brotaron por todo el cuerpo, horribles y hediondas llagas. . .

De nada le sirvió su considerable fortuna. Nadie quería acercársele porque daba asco, y Pedro Cortez murió abandonado como un perro apestado.

EL CORONEL JOSE MANUEL MERCADO

Entre los patriotas cruceños se distinguió el Cnel. José Manuel Mercado, apodado el "Colorao". En 1810 abrazó la causa independista y sirvió fielmente a la naciente patria dando pruebas de audacia y valor durante los ocho años en que Aguilera gobernó la ciudad con sus cuatro provincias tributarias: Mojos, Cordillera, Chiquitos y Vallegrande.

Mercado, desde su cuartel de Saipurú, dio sucesivamente tres golpes de mano, de las cuales sólo uno tuvo éxito y le permitió gobernar a Santa Cruz, por espacio de siete días, tiempo que le permitió proveerse de lo necesario, y así convenientemente apertrechado, se retiró a su hospitalario y cómodo escondite.

Aguilera a la sazón en Vallegrande, luego que tuvo noticias del asalto, partió con sus veteranos con el propósito de acabar con su selvático adversario, quien, como ya se ha dicho, había regresado a Saipurú.

El Brigadier realista, luego que llegó a la desocupada plaza, mandó a Saipurú doscientos hombres, a las órdenes de su hermano Lorenzo Aguilera. Estos llegaron a Saipurú, pueblo de escasas comodidades, a la puesta del sol y resolvieron alojarse en la iglesia.

Se hallaban cansados y decidieron pernoctar allí, para al rayar el alba buscar a Mercado y atacarlo. No les salió muy bien la cuenta pues el "COLORAO" y sus hombres, los sorprendieron en altas horas de la noche y los exterminaron, casi en su totalidad. De toda la partida realista solo salvaron el pellejo cinco soldados para contar el descalabro. . .

El pavimento del templo quedó cubierto de cadáveres, entre los cuales estaban los de algunos antiguos patriotas tales como el del capitán Bernardino Cuéllar. La noticia de esta muerte apenó mucho a Mercado.

Al saber del desastre, Aguilera marchó a Saipurú con sus aguerridos veteranos, pero no halló allí sino a los ocupantes indígenas que no sabían -o no quisieron revelar el escondite de Mercado.

Tras minuciosa búsqueda, los realistas no hallaron en toda la comarca, sino a la madre y a la hermana de Mercado. Regresaron llevando como botín de guerra a las dos señoras, y sin haber podido vengar la muerte del hermano de Aguilera y de su hueste.

Aguilera dudó entre sacarse el clavo o nó haciendo fusilar a las prisioneras, pero finalmente se impuso la cordura y a pocos días las puso en libertad, convencido de que nada ganaría con hacer blanco de su venganza a dos inocentes mujeres.

VEJEZ Y FIN PREMATUROS

En el cantón Buenavista, residía un joven campesino de alta estatura y gran fuerza física; un verdadero jayán.

De este gigantón tuvo noticias el brigadier Aguilera y mandó por el Sansón criollo para hacerlo su ordenanza.

En atención a que los deseos del Gobernador tenían el carácter de imperativas órdenes que era preciso cumplir estrictamente y en el acto, y a que nadie las tenía todas consigo ante un intempestivo llamado del famoso Brigadier, al pobre rústico le entró tal julepe que por poco se ensucia en los calzones. . .

Por lo visto, su entereza de ánimo no corría parejas con su impresionante corpachón y su poderosa musculatura. Se le metió entre ceja y ceja que Aguilera -por alguna razón desconocida- lo mandaría fusilar.

En la imposibilidad de escapar a lo que él pensaba sería su triste y próximo fin, sufrió una tremenda depresión nerviosa y le vino tal ataque de tristeza que, ese mismo día, dejó de existir y su poblada barba negra se le volvió tan blanca como la de un anciano de noventa años.

Aguilera era temido tanto por los patriotas como por toda la demás gente del pueblo. Nadie podía resistir la penetrante agudeza de su felina mirada.

Con su extraordinaria vista aterrorizaba al que caía en sus manos y si acaso, -establecida la inocencia del presunto culpable-, éste se libraba del castigo, en cambio su padrino o defensor, se retiraba enfermo a

causa de la fuerte impresión que le habían causado los centelleantes ojos del General.

Cuando estaba encolerizado, sus pupilas se teñían de sangre. Por otra parte, su carácter ágrio era bien conocido en todo el Bajo y el Alto Perú.

UN BARBERO INFORTUNADO

Este infeliz rapador de barbas y bigotes -de cuyo nombre no me acuerdo- fue apalabrado y sobornado por los patriotas para que le rebanara el gaznate al brigadier Aguilera, con la navaja afeitadora, pero -a la hora de la verdad, se le heló el cuajo, le tembló la mano y no pudo llevar a cabo su nefando propósito.

Los interesados en el asunto, insistieron, y le aumentaron la recompensa; en vista de esto el barbero se comprometió solemnemente a cumplir lo prometido en la primera ocasión que se le volviera a presentar.

Fue así que, habiendo sido citado por un ordenanza para ir a rasurar al Brigadier, fue a casa de éste, dispuesto a degollarlo, pero nuevamente le faltó valor y, cambiando de parecer, quiso hacerse el chistoso, y quizás granjearse los favores de su famoso cliente, y le dijo:

- Qué hiciera usted, mi General, si a mí se me ocurriera cortarle el pescuezo?.
- Pues, que podría hacer? Nada!, respondió Aguilera.

Pero la pregunta había despertado la curiosidad del suspicaz Brigadier. Realizadas las investigaciones del caso se le tomó la indagatoria al barbero, y éste quiso salir del paso alegando que sólo había querido gastarle una broma al general.

La cosa no paró ahí. Al existir fundadas sospechas, se organizó un sumario criminal presidido por el secretario o asesor del General, -un Dr. Justiniano, Al barbero se lo encontró culpable de tentativa de asesinato, se lo condenó a muerte y se lo fusiló en el día.

"LOS TABLAS"

Los doscientos, soldados peruanos de Aguilera, sobrevivientes de la sangrienta batalla del Pari, y conocidos por el mote despectivo de "TABLAS", por sus chaquetones plisados, estaban acuartelados en Santa Cruz, tenían puerta franca y se aprovechaban deshonestamente de las infelices esclavas y sirvientas. Estas se quejaron a sus amas, las que, sin pérdida de tiempo, elevaron sus quejas al Brigadier. El general, ante la gravedad de los cargos, prohibió a sus veteranos que molestaran, dentro de las goteras de la población. a mujer alguna. En cambio les dió carta blanca para que salieran a hacer de las suyas en la campiña aledaña, a costa de las esposas, hermanas o viudas de los aborrecidos "patrias".

De tal suerte los "TABLAS", -guiados por soldados nativos- se largaron a los arrabales, aldeas y ranchos vecinos, lanzándose como perros en celo, sobre las pobres campesinas. Pero éstas se defendieron con uñas y dientes, y usando garrotes y "manos de tacú", descalabraron a tantos de estos forajidos que, al cabo de ocho años, apenas sorevivieron unos doce "TABLAS", los únicos que, arrepentidos de sus fechorías, llegarían a morir de muerte natural.

"CAÑOTO"

José Manuel Baca, alias "CAÑOTO", fue Teniente Primero en las filas de Warnes. Cuando gobernaba Santa Cruz el realista Becerra, tuvo que poner pies en polvorosa para librarse de la mutilación que aquel desalmado mandaba practicar, mediante un ordenanza brasileño apellidado Antúnez y que consistía en cortarles una oreja a cada uno de los patriotas que caían en sus manos. De este bárbaro castigo fueron víctimas unas veinticinco personas. esto ocurría en el año 1811.

"Cañoto", para salvar sus orejas buscó un secreto asilo en el que se ocultó hasta la entrada de Warnes. Conversador, elocuente, ingenioso y ferviente patriota, Cañoto poseía una voz sonora para cantar sus improvisadas coplas.

De los numerosos acontecimientos de los que fuera protagonista, no relataré sino aquellos de los que estoy bien informado.

Cañoto era todo un hombre de pelo en pecho.

Lo prueba el robo en las barbas de los centinelas realistas de la cabeza de Warnes. Esta hazaña la realizó en compañía de su amigo el teniente Rivero.

Para llevarla a cabo llevaron consigo un lienzo y una caña. Cañoto con la vara, desprendió la cabeza de la picota en que estaba ensartada y su compañero la recibió en el lienzo. Amparados por la oscuridad de la noche pudieron llegar, sanos y salvos hasta la casa de Ana Barba, mujer de Rivero que era ahijada de matrimonio del infeliz Warnes. Allí la sepultaron.

Luego de lamentarse por la triste suerte que el Destino había deparado al caudillo patriota, Cañoto, ya en horas de la madrugada, montó rápidamente a caballo y fue a reunirse con su fiel escolta de treinta hombres, quienes le informaron de un próximo casamiento que se celebraría en el pueblo de Paurito.

Al saber ésto, a Cañoto se le ocurrió escribirle una carta al Brigadier Aguilera, invitándole a asistir con sus veteranos a la boda de Paurito, donde él, Cañoto se encargaría de ofrecerle diversión. Además lo desafiaba a jugar al chivo. Acto seguido se encaminó a la estancia de doña Juana Ignacia Maturana Escalante, a la que suplicó le hiciera el favor de llevar la carta a su destinatario. Asustada la buena mujer le dijo:

- Ay, amito, mándeme lo que quiera menos ir a que "Aguilera me haga fusilar; tengo familia a quien hacer falta".

- No, doña Ignacia, -replicó Cañoto- a usted no el ha de hacer tal cosa, pues es mujer conocida y no ha cometido ningún delito. Dígale a Aguilera:

"Cañoto" a mano armada, me obligó a que yo le traiga esta carta.

Ya verá usted que nada malo le sucederá.

Doña Juana Ignacia, temblando de miedo, tomó la carta, y se dirigió en busca de su marido, quien a la sazón se hallaba a una legua de distancia.. . A su vez. don Bernardino Casarrubia, esposo de doña Juana Ignacia, enterado del peliagudo encargo, fue a la casa de su compadre, el Dr. Francisco Pérez, el que, compadecido, se avino a acompañar a su comadre, y a entregar, la carta en manos propias, con las

explicaciones del caso.

Aguilera, visiblemente sorprendido, leyó la inesperada misiva y de vez en cuando, levantaba la vista pra mirar a doña Juana. La pobre mujer sudaba frío y terminó por desmayarse. Su garante le prestó los debidos auxilios y sin mayores inconvenientes pudieron volver a sus respectivas moradas.

Cañoto, sañudamente perseguido por los soldados de Aguilera, tenía que vivir a salto de mata, y muchas veces pasaba serios apuros económicos. Encontrándose en uno de esos difíciles trances, se llegó hasta la morada de José Manuel Cruz, Alcalde realista de Jitapaqui y hombre de confianza de Aguilera, precisamente cuando aquel acababa de reunir la contribución forzosa impuesta a los vecinos. Al día siguiente debía entregar al Brigadier todo lo recaudado. Cañoto le exigió que le diera la plata; el Alcalde se resistió:

- Cómo quiere que le de el dinero, si usted no es el comisionado del General?.
Si lo hiciera, es seguro que él me mandaría fusilar. .

- Señor Alcalde -replicó Cañoto- no corre usted ningún riesgo. Con decirle a Aguilera que yo se lo quité por la fuerza, asunto concluido.

- Ay, Dios mío! Eso no me lo va creer nunca; pensará que me lo he gastado y, sin más trámites me hará tirar el cuero. . . Sólo podré salvar el pellejo si puedo presentarle pruebas que acrediten que he dicho la verdad.

Juzgando atinadas las palabras del Alcalde, Cañoto no vaciló en atirantarlo y en propinarle en las nalgas y a

calzón quitado, cien buenos azotes, como prueba fidedigna de la violencia ejercida y, al mismo tiempo, para garantía de seguridad de la vida del flagelado y cariacontecido Alcalde.

Las correrías de Cañoto eran, mayormente, por el sur y el naciente de la ciudad.

Por allí se topó con un viejo chismoso, balandrón y altanero que, continuamente andaba diciendo pestes del guerrillero patriota, calumniandolo sin piedad. Pregonaba, además que deseaba encontrarse con el mentado Cañoto para atizarle una zurra de palos con un garrote de buena madera de jichituriqui que había labrado expresamente con ese objeto.

Cañoto, puesto al tanto, se acercó a preguntarle si el ladronazo de Cañoto había merodeado por esos lados. "No, mi amo, por suerte para él. Sé que es más dañino que el "Tuy", por eso ando pre- -nido. "Conoce usted a Cañoto?, "No, mi amo, pero ardo -n deseos de toparme con él para romperle la cabeza y las costillas con esta estaca.

"Pues, aquí está Cañoto, en cuerpo y alma, viejo fanfarrón y charlatán. Dese el gusto de usar su garrote de jichituriqui". . .

Al oír ésto, al viejo lengua-larga le temblaron las choquizuelas de susto, se quedó sin habla, y hasta el garrote se le cayó de las manos. Al verlo en ese estado, Cañoto se limitó a echarle una breve reprimenda y marchó a reunirse con sus compañeros que lo esperaban en un bosque vecino.

Esa misma noche, Cañoto se largó a la ciudad, tal como acostumbraba hacerlo, a hurtadillas, cada

semana. Esta vez se informó de la festiva celebración del natalicio de un español, el comandante Riegos, al que, a las dos de la madrugada, fue a cantarle unos versos de felicitación. Se lo invitó a pasar a la casa, en cuyo interior se hallaba nada menos que el brigadier Aguilera atendiendo muy solícito al bello sexo.

A pedido del dueño del santo, Cañoto siguió cantando, acompañándose con su inseparable guitarra, coplas intencionadas sobre los desmanes de las autoridades gubernamentales. El Brigadier, muy entretenido con las damas, no prestaba atención a las coplas, una de las cuales comenzaba así:

Hoy por mí, por ti mañana,
Mira, no se te anochezca:
Goce yo del bien que gozas
Y tú de mi mal padezcas.

Al terminar de cantar, Cañoto tomó su rústico sombrero de paja y se retiró del recinto dejando a los alegres bailadores, quienes, ocupados en sus galanteos, no pararon mientes en averiguar la identidad del incógnito cantor. Sin embargo, éste fue reconocido por un ordenanza paisano, que dió la voz de alerta.

Ni corto ni perezoso, el Brigadier, furioso, lanzó una sarta de palabrotas, ofreció un premio a sus sabuesos y los lanzó en persecución del guerrillero con la orden de capturarlo vivo o muerto. Pero ya Cañoto se había hecho humo. . .

A los ocho días de este suceso, Cañoto llevó a cabo algo tan audaz que de no haberlo contado un sacerdote tan digno de fe como el Padre Lucas

Leygue, nadie lo hubiera creído:

En horas de la mañana de un claro día, Cañoto, vestido de harapos, calzado de ojotas, apoyándose en un palo y cojeando, con la cara sucia, se acercó al Brigadier, al que con voz gangosa, le dió parte de que Cañoto y su banda, andaba por el Palmar, extorsionando al vecindario y reclutando gente.

Aguilera cayó en el engaño. ¡Cuán lejos estaba de imaginarse que aquel pobre lisiado fuese su odiado enemigo!.

En el acto -organizó un fuerte piquete de soldados que marchó al Palmar, de donde, por supuesto, regresó con las manos vacías. Cañoto, luego de haber hablado, cara a cara, con el terrible Brigadier, se fue, para probar la bondad de su disfraz, a visitar al Padre Leigue, y entre ellos se desarrolló este diálogo:

- Buenos días, tata,¿me reconoce?.
- No, No tengo la menor idea,¿Cuál es tu gracia?.
- José Manuel Baca, para servir a Ud.
- Cómo? ?quieres decir que eres "Cañoto"?
- Así me llaman, tata. . .
- Pues, hombre, nunca te hubiera reconocido. Esa tu facha de indigente harapiento y baldado, confunde a cualquiera.

Luego el buen Padre Leygue se explayó en reflexiones y consideraciones sobre la triste muerte que le esperaba al infeliz Cañoto, continuamente perseguido como una alimaña dañina, siempre errante y con la vida pendiente de un hilo. . .

- "Yo no sé como tienes todavía valor para andar por las calles de la ciudad. No ignoras que las partidas

realistas andan en busca tuya con órdenes de fusilarte pues, con razón o sin ella, te acusan de toda clase de fechorías. . . Esto al extremo que cuando la gente oye tiros, se pregunta. "Por fin mataron a Cañoto"?

- Muchas malas acciones, cometidas por otros, se me atribuyen, Padre. Quizás la posteridad ponga en claro la verdad y se me haga justicia. Mientras tanto, vaya, por favor a decirle a Aguilera, que fuí yo quien habló con él hace rato. . . ¡Adios, tata!, quiera Dios que se conserve bueno.

Impuesto Aguilera de la burla de que había sido objeto, multiplicó las partidas que se dedicaron a rastrear a Cañoto por todo el Departamento. Este, sintiéndose acosado, se encaminó a Salta, en compañía de su mujer Flora. Allá se incorporó a las fuerzas del guerrillero Martín Güemes. Su estancia en el norte argentino fue de unos cinco años, en los cuales pasó por múltiples peripecias, antes de volver a Santa Cruz, lugar al que llegó, con su fiel Flora el 15 de junio de 1823.

Cuando el benemérito Gral. Videla, -enviado por Bolivar- ocupó la jefatura política de Santa Cruz, Cañoto fue uno de los primeros en ir a felicitarlo y aprovechó la ocasión para pedir su baja definitiva del Ejército y persistió en su demanda pese a que Videla le ofreció mantenerlo en el piquete de gendarmes:

"Ya estoy cansado, señor. Me he envejecido luchando durante más de diez años por librar a la Patria del yugo extranjero. Ahora me hallo con la salud quebrantada y necesito descanso.

El Gral. Videla, queriendo premiar los méritos del esforzado guerrillerolo lo nombró Administradoe de la

provincia de Chiquitos. Cañoto, contento, aceptó el cargo y se encaminó a la sede de sus funciones. Esta vez, Florita, no lo acompañó. Estaba extenuada por la azarosa vida, y los sufrimientos que tuvo que soportar durante la campaña de Salta, en la que había perdido a los tiernos frutos de su matrimonio.

Cañoto, con el correr del tiempo, falleció en un lugar de Chiquitos de resultado de una postema en la espalda.

De la producción del estro poético de Cañoto, he rescatado la tierna despedida que dedicó a Florita, al tiempo de partir, con el grado de Subteniente, en la expedición de Warnes a Santa Bárbara:

Debo partir
Mi dulce amiga,
La suerte cruel
Lo exige así.

Patria y honor
Así lo mandan
Mi corazón
Se queja así:

A la pelea
Cruda y ardiente
Entre la sangre
Muerte y horror.

Con lanza en mano
Diré triunfante
Mis glorias son
Para el amor.

Fortalecido
En esta idea
Embotaré
Mi cruel pesar.

En las batallas
Por tus amores
Con mi valor
Podré triunfar

Suena el clarín
Es la llamada.
Adios, querida,
Adios, Adios. . .

Cuando la Patria
Se encuentre libre,
Más digno al fin
Seré de tí.

TREINTA ANCIANOS

De estos treinta veteranos sobrevivientes de la Guerra de la Independencia, en la que actuaron en campos opuestos, doce fueron acérrimos realistas.

La mayor parte militaron a las órdenes del Brigadier Francisco Javier de Aguilera, cruceño al servicio de Fernando VII. Monarca al que fue fiel hasta la muerte.

Nunca perdieron las esperanzas de que el Rey enviara un numeroso ejército para reconquistar sus antiguas colonias.

Lorenzo Cortés, José Ruíz, Antonio Lecaros, Felipe Solano, Ramón Flores, José Manuel Cruz, Juan de Dios Castro, Bernabé Mendoza, Jesús Delgado, Juan Manuel Gutiérrez, José Aguilar y Miguel Pizarro.

El último de los nombrados, Pizarro, -a quien Canterac había ascendido al grado de Sargento Primero- fue de los derrotados por Bolívar en Junín (6 de agosto de 1824), y también testigo del revés definitivo infligido por el Gral. Antonio José de Sucre al virrey La Serna que fue herido y cayó prisionero-, en Ayacucho, el 9 de diciembre de aquel año infausto para las armas del Rey.

Para consolarse de su amargura, por aquellas tristes jornadas y vengar en cierta forma la bofetada que la Patria propinó a la Monarquís compuso unas intencionadas estrofas. Hélas aquí:

¡Qué época desgraciada!
¡Qué vida sin esperanzas!
Con tanta revolución,
Sólo el que muere descansa.

Ya no hay Rey; ya no hay Corona
No hay hombres que nos defiendan
El mundo se desmorona. . .
Nadie es dueño de su hacienda!

Las Milicias son ahora.
Las que nos han subyugado.
No hay Felipe ni soldado.
Que se quiera persignar

A Dios lo quieren negar
¡Qué tiempos desventurados!
¡Qué bienes auxiliadores!
¡Los diezmos son del Estado!.

Los pueblos abandonados
Con tanta tribulación
Cómo va la apelación!
Cómo reina la venganza!

Todo es variedad y mudanza
Toda ley está perdida
No merece ser vivida
Vida tan sin esperanza!.

Tales las quejas del realista Sargento Primero Miguel Pizarro. Los demás eran patriotas. Anotaremos al hilo sus nombres:

Nicolás Montenegro, Rafael Suárez, Lorenzo Alvarez, Francisco Flores, Gregorio Céspedes, Antonio Urquiza, José Céspedes, José Castro, Ignacio Mendoza, José Manuel Mendoza, José Mendoza, Vicente Ayala, Mariano Ayala, José María Góngora, pedro Pablo Mendoza, José Arteaga, Esteban Urquiza, y Florencia Mendoza.

Esta Florencia Mendoza fue la mujer de José Manuel Baca -alias "Cañoto" a quién acompañó, disfrazada de Teniente, en los combates y horribles carnicerías de la región de Salta en el norte argentino.

Para los patriotas, las doce horas del día eran cortas para recordar los hechos del tiempo heróico. Y cuando alguno de los realistas traía a cuento episodios de las guerrillas en Santa Cruz, a muchos de esos antiguos "montoneros" se les nublaban los ojos de lágrimas pues les parecía ver alzarse ante ellos, terrible y amenazante, el fantasma de Aguilera.

INSURRECCION DEL GENERAL MARTINEZ

Este ambicioso general, José Martínez, en 1860, soñaba con hacer de Vallegrande, su pueblo natal, la capital del Departamento. Fue por esto que trató de apoderarse de las riendas del poder, y para preparar sus fuerzas, comenzó por adiestrar a sus paisanos en el arte militar. Cuando los tuvo a punto, se alzó contra el gobierno de José María Linares, y proclamó como Presidente, al Gral. Jorge Córdova, yerno de su favorito el Gral. Manuel Isidoro Belzu.

La salió al paso el Cnel. Franco, actual Prefecto, que con 200 hombres, tomó por asalto la casa donde estaba encuartelado Martínez y le causó muchas bajas. Martínez tuvo que huir a Santa Cruz, donde consiguió formar una tropa de 700 plazas.

Franco, enterado de la situación, pidió auxilio al Supremo Gobierno y este le envió un refuerzo de 300 soldados de línea, mandados por el Gral. José María de Achá que después fue Presidente.

Martínez, que tenía a su favor una ventaja numérica de más de dos a uno, y seguro del triunfo, esperó al enemigo en la pampa del Pari, y cuando lo tuvo a su alcance, le graneó tanto plomo que, de no haber sido tan certera la artillería de Achá, que hizo volar el cajón de pólvora de los martinistas, de éstos hubiera sido la victoria.

Los revolucionarios tuvieron que darse a la fuga tras una acción que duró dos horas. Los muertos, de uno y otro bando, sumaron en total 170 y los cadáveres fueron sepultados allí mismo, en una fosa común.

MARIANO MELGAREJO

Nació en Tareta (Cochabamba), en 1820. Fue soldado analfabeto y audaz. Siendo ya Coronel, fue desterrado a Chiquitos por el a la sazón presidente Manuel Isidoro Belzu, el que más tarde mataría de un pistoletazo.

Melgarejo, desde el oscuro grado de Sargento Primero fue un incansable revoltoso. Sus motines de cuartel, frustrados, hicieron que Belzu lo condenara a muerte, pero por numerosas recomendaciones de personas influyentes, consiguió que se le perdonara la vida, y se lo deportara, bien custodiado, al Yaurú,en Chiquitos. Luego otras y consecutivas intercesiones, ante el Gobierno obtuvieron que se lo trasladara a la capital Santa Cruz. Allí se le prestaron tales consideraciones que Melgarejo agradecido, ofreció protección a los vecinos una vez que él fuera Presidente de la República a cuya alta investidura no cesaba de soñar, confiado en su arrojo y en su buena estrella.

En alegres francachelas se consolaba, mientras tanto, contanto ingeniosas coplas, una de las cuales de carácter veladamente profetico decía:

Un día florecerá
El palo que se secó
Entonces dirán que si
Los que dijeron que no. . .

Estos versos los repetía, para que los oyeran sus protectores, quienes no le daban ninguna posibilidad en su aspiración a la primera magistratura de la república, en razón de su oscuro origen, pues su padre era un pobre arriero español, y Melgarejo, sin

más instrucción que la cuartelaria, apenas sabía firmar. . .

Sin embargo andando al tiempo Melgarejo llegaría a encaramarse en el solid presidencial, y gobernaría despoticamente a Bolivia, metida en un puño, durante seis funestos años.

Su predicción poética, formulada en 1851, se cumpliría, en 1864, año en que tomó las riendas del poder. Fue derrocado en 1870, por las fuerzas coligadas del Gral. Agustín Morales y las hordas del indio aimara Vilca, a quien Morales, en premio lo nombró su edecán.

Melgarejo, a quien en mala hora, Achá lo hizo General de Brigada, una vez que, conquistó el poder, y aunque parezca increíble, recibió designaciones y distinciones honoríficas como ningún otro Presidente de Bolivia. Sus aúlicos lo llamaron "El Capitán del Siglo", el gobierno chileno le confirió el rango de General de División de Chile; Don Pedro II, Emperador del Brasil, le otorgó la Gran Cruz del Imperio Brasileño, y Victor Manuel Rey de Italia, le dio el título de Gran amigo de la Real Familia.

Melgarejo hizo acuñar su propia moneda. Esta llevaba grabada en los tostones y tomínes las caras del Presidente y la de su Ministro con esta leyenda: "AL VALOR Y AL TALENTO". Esto quería decir: al valor de Melgarejo y al talento de Mariano Donato Muñoz.

Ahora bien, como el último de los nombrados había rebajado el peso de ocho reales a solo seis, para lucrar con la diferencia, un gringo ocurrente, Dn. Félix Bruno, domiciliado en Santa Cruz, cuando le mostraron la moneda, y la preguntaron: "Señor Bruno, qué le

parece esto?, contestó: "Están en lo cierto; la inscripción significa:

Al valor de un borracho
y al talento de un jumento
Que a Bolivia le han quitado.
El veinticinco por ciento.

Y esta poesía se justificaba, pues Melgarejo no solo rindió culto al dios Marte, sino que era un apasionado devoto de Baco. . .

Al fin de su sexenio Melgarejo, empobrecido y desamparado de quienes lo adularon cuando era poderoso, buscó refugio en Lima y allí murió, asesinado de un tiro por alguien que antes, había comido en su plato. . .

UN GRAN PRELADO: JOSE ANDRES SALVATIERRA

José Andrés Sanlvatierra, Arzobispo electo de la Plata y Prelado Asistente al Solio Pontificio, nació en Santa Cruz de la Sierra el año 1772 y acabó sus días en 1862. Fue sepultado en el templo de San Andrés.

De esta piadoso y dignísimo siervo de Dios, prescindiendo de sus numerosos títulos, daré una corta pero auténtica relación de lo que fue su vida, que terminó en la pobreza, pues continuamente daba limosnas a los numerosos pordioseros que, los jueves y sábados se reunían en un amplio canchón contiguo al Palacio Episcopal, donde, se les servía el almuerzo y recibían 20 centavos por cabeza.

Además de esto, contribuyó a sacar de apuros económicos a los templos. Así transcurrió su larga existencia, siempre preocupado por servir a los menesterosos y a cubrir las necesidades espirituales del vecindario. Su generosidad lo llevó a fundar, primeramente la capilla de San Roque, luego la de San Andrés, construídos por un hijo del país, Juan Pereyra, y que fue bendecida allá por el año de 1848. Y, por último la de San Francisco, de mejor estructura, comenzado por un lego, "tata" Pedro, y terminado por un romano, Juan Fontana.

Tan pronto se puso en obra este último templo, en 1853, monseñor Salvatierra pidió al Ser Supremo, que la otorgue la vida hasta poder concurrir a la consagración. Dios le escuchó y el sacerdote pudo realizar su deseo, pues murió dos años después de consagrada la iglesia.

Los padres franciscanos, que vinieron a Santa Cruz, a pedido de monseñor Salvatierra, establecieron una misión en San Andrés,y fueron administradores de San Francisco, cuya iglesia fue completada con limosnas recogidas en el Departamento, pues a su fundador, no le alcanzaron sus bienes sino para dar diez mil pesos y el solar.

Tal fue la constancia de los franciscanos que con el producto de las donaciones agregaron celdas, y aljibes, y con la posterior compraventa de terrenos pudieron ampliarlo con la esperanza de convertir el templo en convento.

DON ISIDRO TAGLES

Hay hombres a los que repentinamente, los golpea sin piedad la mala suerte. Uno de estos fue, sin duda alguna, don Isidro Tagles, y ello acaeció, a raíz de un extraño suceso.

En la hacienda que don Isidro tenía por el Río Grande, al caer de una tarde, que resultó ser la víspera de un violento temporal, apareció entre el ganado, un toro nunca visto antes: era de reluciente pelaje negro, -como ala de tordo-, de una alzada mucho menor que la común, de cuerpo muy largo y cuernos cortos de agudos pitones. Unos viajeros que acertaron a pasar por la hacienda, dijeron que los mugidos del singular animal, profundos y sonoros se oían desde una gran distancia.

Lo cierto es que la tal bestia desapareció llevándose consigo no solo a los setecientos vacunos que ya tenía el hacendado, sino también a gran parte del ganado de los vecinos, y nadie supo más del misterioso toro ni de las demás reses.

En vano Dn. Isidro gestó los pocos reales que le quedaban asociándose con los otros ganaderos perjudicados, para buscar las huellas de la vacada. Por tres veces lo intentaron sin más resultado que agotar sus provisiones de boca, y regresar "jipatos". después de interminables recorridos a campo traviesa.

Al haber perdido su ganado, el infortunado Tagles quedó en la extrema pobreza y, se metió a recolector del diezmo, con lo que sólo consiguió quedar en deuda con el Tesoro Nacional y aún con los particulares.

En tal estado de insolvencia lo sorprendió la muerte en el año 1834, y el Gobierno, mandó que le pusieran grillos al cadáver, en la esperanza de que algún alma caritativa, lo liberara, previo pago de lo que el difunto debía al Erario.

Como tal, cosa no ocurrió, pues nadie se condolió de la triste suerte del muerto, la justicia echó mano de un pequeño huerto poblado de frutales, única propiedad inmueble que dejara el pobre Tagles y cuyo valor no alcanzó a pagar ni la cuarta parte de la deuda.

En el solar, se talaron árboles y se construyó, con miras a recuperar lo perdido, una recova, cuya administración, el entonces Prefecto, Cnl. Anselmo Rivas, la encomendó al Intendente, Miguel Mérida en el año 1835.

UN NOTABLE ASTROLOGO CRUCEÑO

Santa Cruz de la Sierra fue el lugar donde vió por primera vez la luz un notable astrólogo, de nombre pedro Giles, quien, sin más escuela que la que le brindara la madre Naturaleza, era capaz de predecir no sólo los fenómenos atmosféricos, sino tmabién los destinos de los seres humanos.

Además, de sus dotes de lector de las estrellas, Giles unía las de curandero, pues conocía las virtudes terapéuticas de las plantas.

Cierto día, Pedro Giles se paseaba por la Plaza de la Concordia, en circunstancias en que los soldados de Aguilera asoleaban la pólvora que se les había mojado a causa de un aguacero.

"Metan esa pólvora y tápenla! les dijo Giles- No va a tardar en llover".

Los soldados lo miraron con ojos burlones, al tiempo que decían:

"Este intruso debe estar loco, pues en el cielo no hay ni una nube que anuncie agua".

Y lo admirable fue que no había pasado un cuarto de hora, cuando aparecieron unas nubes negras y se desencadenú un fuerte chubasco.

Estos vaticinios fueron comentados en el vecindario y dieron lugar a que se recordara que cierta vez, Pedro Giles, se hallaba en el patio de una casa en la que, en aquellos momentos, estaba por dar a luz una sobrina suya. Giles llamó a la partera y le rogó:

"Procure usted que no salga todavía la criatura, pues ahora mismo, está cruzando el firmamento un astro maléfico".

Pasado un rato. Giles volvió a escrutar el cielo, y se lo oyó decir:

"Ya pasó el peligro: ya puede nacer el muchachito". Y al respecto, Giles aseveró más tarde:

"Este muchacho se libró de ser un malhechor". Y lo cierto fue, que con el correr del tiempo, aquel párvulo llegó a ser un renombrado abogado.

Años después cuando Giles era un varón de edad provecta, el Sr. Obispo de la Diócesis, don Manuel Fernández de Córdova, enterado de las acertadas predicciones del empírico astrólogo lo hizo llamar para conversar en el Palacio Episcopal.

Pedro Giles, acudió a la cita, pero su Señoría Ilustrísima, que en esos momentos estaba escribiendo, hizo poco caso de él y continuo su tarea, como si tal cosa.....

Giles no se inmutó, tomó una silla y se sentó a espaldas del Obispo. Luego sacó de la bolsita que llevaba siempre consigo, tabaco picado, chala de maíz, yesca, eslabón y pedernal; alisó bien la chala lió un enorme cigarro, hizo saltar la chispa, encendió la yesca, prendió con ella el charuto y empezó a pitar vigorosamente.

Pronto el humo acre y apestoso del fuerte tabaco negro "cayubaba", llenó el cerrado recinto, tornándo el aire casi irrespirable.....

No pasó mucho rato sin que Monseñor comenzara a toser, y al darse vuelta, inquirió, por fin, la identidad del fumador:

- "Soy Pedro Giles, para servirlo"
- Ah, sí! el astrólogo.
- Para los que así lo creen; Monseñor.

Y el diálogo terminó practicamente en eso, pues el Obispo no parecía inclinado a iniciar una tertulia formal. Giles se dio cuenta de ello y se despidió sin dejar de pitar.

Horas después el Prelado dijo a sus familiares que Giles le había parecido un buen hombre, pero que el denso humo y el mal olor que despedía el tremendo cigarro del visitante, le habían indispuesto y le habían quitado las ganas de conversar.

Giles dio por su parte, una versión de lo sucedido. Cuando le preguntaron por qué no se había abstenido de fumar en un lugar tan poco indicado para esa actividad, como era el Palacio Episcopal y con mayor razón estando presente un prelado tan digno de respeto, tanto por su alto investidura como por su avanzada edad, Giles contestó:

"Lo hice para no caer en el aburrimiento o la melancolía, al hallarme envuelto en el profundo silencio de ese ambiente".

Esto ocurrió en el año 1.838.

UNA BRUJA DE CAMPANILLAS

Allá por el año de 1.813, vivía en Santa Cruz, una bruja de nombre Lorenza, pero más conocida por el mote de la CABEZONA. Por sus artes diabólicas era temida y respetada. Se decía que había sido la discípula preferida de un negro brasileño, doctor en magia negra, y luego de un hechicero chiquitano que le enseñó a convertirse en tigresa.

La Cabezona, no contenta con ésto, consultaba continuamente con cuanto brujo de renombre andaba por la región, pues aspiraba a ampliar sus conocimientos y sobresalir en la nefanda ciencia, y lo consiguió. Por su profundo saber adquirió prestigio y llegó a ser considerada como una mujer superior entre las comadres de la población.

Ansiosa de hacer proselitismo, llegó a reunir numerosos discípulos de uno y otro sexo; atraídos por la curiosidad y la vigorosa personalidad de la maestra. Entre las que iban a recibir la iniciación se hallaba una chiquilla de 12 años, Damiana Roca.

Fue así que, durante una sesión nocturna de aprendizaje en casa de la bruja, entró al recinto un gran macho cabrío, llamado "Lorencito", cuyos ojos parecían despedir fuego y que a su paso dejaba un olor a azufre ..... Los neofítos, aleccionados por la "tocaya" del chivo, y uno tras otro, le iban besando el trasero. Cuando tocó el turno a Damianita que era la última de la fila, ésta se negó a hacerlo y empezó a dar alaridos, sin que consiguieran calmarla los esfuerzos de la Cabezona por evitar el escándalo.

Alarmadas las vecinas, acudieron al oír los gritos y

se llevaron a la "chotita" toda llorosa y asustada- hasta dejarla en su casa. Luego, enteradas de lo ocurrido, y encabezadas por la madre de Damianita, fueron en procesión, a pedir justicia.

Como las autoridades ya estaban informadas de los maleficios que hacia la Cabezona, la mandaron apresar y tras un breve sumario, la condenaron a ser quemada viva en la plaza principal. La bruja se defendió "como gata panza arriba" y amenazó con dar el nombre de varias matronas que eran sus cómplices en la execrable profesión.

"Me dejaré quemar con gusto -dijo- si es que queman también a todas las del gremio".

Con buen criterio, para no alborotar el avispero, y como tampoco convenía encender una hoguera en la que sin duda, arderían muchas honras, a la hechicera se le conmutó la pena de muerte con el destierro a la localidad de Portachuelo.

Allí acabó sus días Lorenza, alias la "Cabezona", tras de haber seguido ganándose la vida con el ejercicio de sus poderes mágicos, ejercidos en secreto y con gran sígilo. Así, unas veces llevaba en vuelo onírico, a jóvenes celosas hasta lejanas tierras para que se enteraran de las andazas y malandanzas de sus novios o amantes; otras preparaba, a pedido, amuletos y poderosos filtros contra la infidelidad conyugal. También se prestaba, mediante mayores estipendios a servir de instrumento de venganza provocando en la persona odiada y debidamente identificada, males que la dejaban tullida o le llenaban el cuerpo de llagas repugnantes.....

LA CALAVERA VIVIENTE DE COTOCA

En el pueblo de Cotoca, allá por el año 1.802, moraba una "chota" llamada Dolores cuya madre por un antiguo pleito sobre la propiedad de unas tierras, tenía cuentas pendientes con una rencorosa mujer que juró cobrárselas con creces, y para ello, planeó una terrible venganza.

Conocedora como era de las propiedades de ciertas hierbas, se proveyó de las apropiadas, y tras haberlas elijado, extrajo de ellas un zumo denso y pegajoso, que agregó a la masa de unas roscas de máiz antes de hornearlas.

Una vez que estuvieron a punto, las envolvió en hojas de plátano y se encaminó a la casa de su odiada enemiga, pues sabía que ésta en esas horas matinales, andaba por la recova en busca de lo necesario, para "parar la olla".

Dolores que no la conocía, recibió muy contenta el inesperado regalo que la portadora le entregó con estas palabras:

"Aquí le traigo estas roscas para que las pruebe su mamá. Por tratarse de ella, les he puesto el doble de cuajada que a las comunes".

Dolores no había desayunado, y como estaba muerta de hambre, no pudo resistir el apetitoso tufillo que despedía el horneado aún caliente. Así pues sin esperar el regreso de su madre, se "manducó" seis de las ocho doradas y sabrosas roscas que en ese momento le vinieron "como anillo al dedo".....

Desgraciadamente para la glotona, los maléficos efectos de la pócima no se hicieron esperar. Paulatinamente Dolores fue perdiendo el cabello; y se le fue secando y desprendiendo la piel del cráneo hasta dejarlo convertido en una monda calavera.

En tan lastimoso estado, Dolores -conocida como "La Calavera de Cotoca", vivió algunos años entregada por entero a la devoción de la Purísima Virgen Patrona del lugar, resignada a su triste suerte, recluída en su choza y resguardada de la curiosidad pública por espesos telones. Dios, en su bondad, le concedió el don de la adivinanza.

De tal suerte, cuando algo se le perdía a una vecina, ésta acudía a la madre de Dolores, y le hacía conocer el asunto para que ésta lo trasmitiera a su hija.

Gracias a lo acertado de sus respuestas, la infeliz reclusa, recibía en pago, donativos en dinero y en especies, que la consolaban de su desgracia y le ayudaban a vivir.

Dolores murió en 1830, a los 28 años de edad.

UN GRAN CURANDERO

No es exagerado afirmar que, allá por el año 1849, Cayetano Barba era el mejor curandero de Santa Cruz de la Sierra.

Todos aquellos a quienes atendía -incluídos los que habían sido- envenenados, o sufrido por brujerías y "males de ojo", sanaban de sus dolencias, con la excepción, claro está, de los que ya tenían un pie en la sepultura.....

A estos, por no hacerles concebir falsas esperanzas, los desahuciaba, pero les aliviaba los dolores con pociones y calmantes y les aconsejaba que dejaran arreglados sus asuntos terrenales y se pusieran bien con Dios. Hasta llegaba a predecirles el día y la hora en que irían a parar a la "mansión de los calvos".

Siendo ya famoso, este Cayetano Barba, tuvo un muy serio disgusto. Sucedió que, habiendo sido llamado para que medicinara a un enfermo se negó a hacerlo porque el caso ya estaba en manos de un médico profesional, el Dr. Comber.

Pero tantas fueron las súplicas, de los familiares que, por fin, accedió a visitar al paciente y, tras examinarlo y tomarle el pulso, dijo que ni el mismisimo Galeno hubiera podido salvarlo pues ya estaba en garras de la muerte....

Esto llegó a oídos del Dr. Comber que montó en cólera e increpó a Barba:

"Quien es usted, asqueroso intruso, para atreverse a desahuciar a don Fulano? Ha de saber que su salud está en mis manos, y que no se morirá. No, señor! Y

retírese inmediatamente, si no quiere que le meta un balazo"....

Barba, aguantó el chaparrón y contestó:

"Haga usted lo que quiera, doctor. Yo sólo vine aquí porque me rogaron a tratar de curar un mal que ya no tiene remedio, y córteme las orejas! si mañana, a las dos de la tarde, su paciente no entrega su alma al Creador....

El indignado facultativo, se dirigió a la Policía y exigió el destierro del curandero. Lo escuchó el Intendente y le dijo:

"Si el enfermo no muere en el día y a la hora predicha, tenga usted la seguridad de que Barba será desterrado a Portachuelo".

Y como la predicción se cumplió, Cayetano Barba se quedó curando a los pobres que tenían fé y también, bajo cuerda, a los de las familias pudientes.

CATALEPSIA

Francisca Carrillo, sólo era conocida por el sobrenombre de "La Narichú", porque debido a una enfermedad llamada "reúma", que tuvo en su adolescencia, se le carcomió y llegó a caérsele la ternilla de la nariz, defecto que le daba un aspecto particular y le afeaba la fisonomía.

La "Narichú", consciente de su poco atractiva apariencia, se hizo construír una choza cerca del cementerio y del depósito de cadáveres, y allí vivía aislada, sin más compañía que unas calaveras humanas con las que se entretenía conversando en alta noche. Sus únicas actividades sociales consistían en ir a velar muertos.

Transcurridos algunos años, la "Narichú", cayó gravemente enferma y la llevaron al hospital. Allí, luego de prolongada estancia, le vino un "paroxismo"o catalepsia.

Al siguiente, conforme la costumbre, la alzaron para conducirla al cementerio, pero apenas habían caminado unas tres cuadras el supuesto cadáver, se incorporó, gimiendo dentro del cajón.

Ante la inesperada ocurrencia, los alzadores, muerto de susto, tiraron el ataúd al suelo y, compitiendo en velocidad con los acompañantes echaron a correr, pues creyeron que la "Narichú" estuviese condenada a los tormentos del Infierno....

A la novedad acudieron muchos vecinos quienes le preguntaron a la Carrillo por las cosas que había visto durante su largo paroxismo. Ella contestó que se le había prohibido hacer revelaciones sobre la otra vida, y

que sólo podía decirles que se vio rodeada de una profunda oscuridad.

Poco tiempo después falleció, esta vez de verdad,y defraudó a la multitud que esperanzada en una nueva resurrección la acompañó el panteón, a ese lugar "adonde se va y del que no se vuelve".....

Esto ocurrió en el año 1867.

JUAN VOLADOR

Este buen señor era Juan Taborga a quien no se le conocía sino por el apodo de Juan Tabaco, siguiendo la costumbre lugareña de poner sobrenombres a las personas.

Y ahora daré a conocer los pormenores de una peregrina ocurrencia de la que estoy bien informado.

Quizás Juan Tabaco no andaba muy bien de la mollera pues decía que, por ser un justo varón, los ángeles venían a servirlo en sueños y a hacerle compañía. En vano su familia había tratado de quitarle de la mente esas extravagancias.

Estaba tan imbuído de su creencia que, cierto día, decidió ir a visitar a sus amigos los ángeles a quienes estaba muy agradecido, y de paso llegar hasta el trono del mismo Dios y de su Santísima Madre.

Para llevar a cabo tan ambicioso proyecto, se construyó un par de alas utilizando un cuero crudo, al que agregó plumas sujetas con pita y engrudo. Luego se puso un chaquetón de paño, y una vez arregladas las alas, se las colocó, -sujetas pr cuerdas- sobre sus brazos y espalda. Terminó sus aprestos colgándose del cuello un par de alforjas repletas de bizcochos, apetitoso horneado, con el que pensaba agasajar a las jerarquías Celestiales. Así equipado se proponía surcar la atmósfera, a despecho de la lluvia, los rayos y los truenos.

Sin embargo, dando una fehaciente prueba de prudencia, quiso hacer una primera prueba. Se subió al techo de su propia casa cubierta con canales de palma y dando un gran salto fue a caer al suelo en presencia

de unos muchachos que por allí pasaban.

Juan Tabaco, a quien en lo sucesivo se le cambió el mote por el de Juan Volador, fue recogido muy maltrecho por sus parientes, y si se libró de descalabrarse fue gracias al grueso colchón de grama sobre el que aterrizó y sin duda, porque el batir de las alas frenó su caída.

En agradecimiento a la Divina Providencia por haberle librado de la muerte, Juan Volador hizo promesa solemne de usar un sayo hasta el fin de sus días, con cordón y disciplina.

Como era sumamente religioso se escandalizaba cada vez que oía esas plabras chocantes y deshonestas que suele pronunciar la chusma. Cuando tal cosa ocurría, se santiguaba repitiendo hasta cinco veces: "Ave María Purísima". . . Y, por haber escuchado esas blasfemias y obscenidades, se juzgaba culpable de pecado y se azotaba con la disciplina.

La heroína Ignacia Zeballos, alias "La Tabaco", fue nieta de don Juan Volador. Este según datos, vivió entre los años de 1809 y 1856.

UN HECHICERO MALIGNO

En Santa Cruz, Teodoro Vaca consiguió adquirir mediana fortuna en el desempeño de su oficio de mañazo. Ello le permitía gozar de una suave y tranquila existencia, pero, no contento con esto y con ser una persona de buenas costumbres y sana moral, concibió en mala hora, la idea de aprender la magia negra, siniestra y execrable ciencia, y para llegar a dominarla plenamene, gastó no sólamente su propio peculio sino que tuvo que endeudarse en la suma de 500 pesos. De todos modos quedó satisfecho.

Al haberse salido con la suya sentía un gran placer en poner en práctica sus artes brujeriles, ya que mediante ellas, conseguía todo lo que se le antojaba y, especialmente los favores que el dios Cupido dispensa a los humanos privilegiados. En sus horas de ocio Vaca se divertía, haciendo gala de sus truhanescos poderes para gestarles bromas pesadas a la gente.

Cierto día se encontró con unos indios jornaleros que horneaban una "guatía" de buey, y les pidió que le dieran la lengua, no porque realmente le apeteciera, sino para molestarlos.

Como estos se la negaron, pues estaban hambrientos, eran muchos y la cabeza no muy grande. Teodoro Vaca le dio cuerda a un diabólico artefacto. Al instante, los sorpendidos y aterrorizados yanaiguas, vieron salir de la boca del horno a la cabeza ya cocida que, sin más, empezó a embestirlos. Ni que decir que huyeron despavoridos y no pararon hasta el Izozog. . .

El mago se quedó con la desamparada "guatía" y con ella convidó a todos los que habían presenciado la singular proeza, y también a cuantos transeuntes

pasaban por el arrabal del Tao.

Tantas acciones malignas llevó a cabo Teodoro Vaca, que al fin, colmó la paciencia del vecindario. Esto sucedió a raíz de que quiso seducir a Damiana Barba, la misma que, en joven, se libró de ser catequizada por la bruja la "Cabezona". A la sazón Damiana era una respetable madre de familia que vendía carne en la recova.

Como Damiana rechazara sus deshonestas proposiciones, el hechicero, en venganza, la sentenció a que púsiera huevòs en el mismo canchón del mercado. Y la sentencia se cumplió.

Como el asunto se hizo público, para vergüenza de la pobre mujer convertida en gallina en figura de gente, ésta, derramando lágrimas, suplicó a las demás venteras que atestiguaran que el maleficio que ella sufría se lo debía a Teodoro Vaca.

Fue así que las recoveras, Ana Pedraza, María Salas, Juana Carpio, Carmen Carro, María Montenegro, Manuela Salvatierra, y otras más, se reunieron y fueron a casa del Intendente Antonio Gil, a denunciar al hechicero.

Impuesto de lo ocurrido, el Intendente hizo comparecer ante sí al brujo, lo riñó severamente y lo conminó a retirarse inmediatamente a Portachuelo, bajo pena de recibir 500 palos si así no lo hiciera. Además le prohibió terminantemente que siguiera con sus malas obras.

Teodoro Vaca acató la orden. Partió a pie hacia su destierro, y tras haber caminado una legua, se topó en el trayecto, con un esqueleto de cabello al que, en un

dos por tres, dio vida gracias a sus mágicos poderes. Lo montó en pelo y así pudo llegar, ufano y a galope tendido, a su destino.

En Portachuelo, Vaca, continuó con la mañecería y, de vez en cuando, en las aldeas vecinas, hacía funcionar su maléfica magia, hasta que en el año 1857, fue víctima de otro mago mejor que él.

TINTERILLO MAÑOSO Y ABIGEATISTA

Ascencio Zabala, alias "Cotocolorao", obeso de cuerpo y de cabellos rubios, era lo que se dice un hombre de pelo en pecho. Gozaba de excelente salud. Vivió setenta años y no murió de muerte natural.

Ejercía la profesión de tinterillo, en cuyo desempeño desplegó tanta astucia y carencia de escrúpulos que alcanzó a amasar una apreciable fortuna.

En su vestir se revelaba la extravagancia: la mayor parte de su vida la pasó descalzo, embutido en una chaqueta y un poncho impecablemente blanco. A no haber sido por su abultada panza hubiera parecido una garza. . .

Por su reputación de leguleyo intrigante y ducho en artimañas que le permitían violar la ley, Martina Roca (alias, "LA TINGO"), -mujer desconfiada y cautelosa, se valió de él para que se hiciese cargo de una casita de tres cuartos que ella poseía y que sus acreedores trataban de hacer rematar en pública subasta.

Zabala no vaciló en presentar una falsa escritura de compra-venta a su favor, con lo que se evitó el remate. La cuestión quedó extinguida, pero la Tingo siguió con la deuda a cuestas.

Al cabo de tres años la Tingo le pidió a Zabala la devolución de la casa,pero éste, que la tenía alquilada, se rió en su cara y le puso por delante el documento que lo acreditaba como legítimo propietario.

Resultó inútil que la Tingo suplicase y llorase como una Magdalena. Zabala no se conmovió por tan poco, y

permaneció sordo ante la justa reclamación.

Ahora bien, como un medio de acrecentar sus bienes, Zabala decidió reanudar las prácticas de abigestista en las que había descollado durante sus años mozos.

Para ello organizó una cuadrilla compuesta de cuatro oficiales y a uno de estos llamado Eulogio Sapú, le dio el título de Oficial Mayor. A éste le pagaba una mensualidad de 12 pesos y a los tres otros, 10 pesos. Además les puso mesa, ropa, y les dió libertad de acción.

Bien instruídos los cuatreros salían a sus excursiones nocturnas. Las reses que robaban en el norte, las vendían en el sur: las del levante, en el poniente.

Durante muchos años se sucedieron, impunemente las correrías de Zapata al mando de su banda de abigeatistas, hasta que, casualmente fue descubierto y formalmente acusado.

El Intendente, ante la gravedad del delito, dio orden al Corregidor Antonio Salvatierra de equipar a 12 hombres montados para perseguir y capturar a "Cotocolorao".

Tras intensa búsqueda dieron con su escondite y estuvieron en un tris de aprehenderlo, pero Zabala que los vió a tiempo pudo escapar a uña de caballo, y como el bruto corría como el viento no pudieron darle alcance aunque lo persiguieron hasta las cercanías de Paurito.

En vano el Corregidor se empeñó en buscarlo. No lo

hallaron nunca más. . .

Al cabo de seis meses, el abigeatista, reapareció más emgreído y jactancioso que nunca, el extremo que, mientras jugaba a los dados en una timba, llegó a expresarse así:

¿"Cómo dicen que lo mal habido no dura? Pues aquí estoy yo para probar lo contrario, que eso es una mentira de viejas. El producto de mis robos me ha vuelto rico.

Si no me equivoco, tengo ya una manada de 300 cabezas de ganado, y 4.000 pesos en plata sellada; 'además, 6 botellas llenas de pepitas de oro, y una gran casa-quinta con diversos plantíos".

Ascencio Zabala prosiguió su culpable y disipada vida vanagloriándose de sus rapiñas y, como estaba muy seguro de su buena suerte, llegó a descuidar las precauciones habituales y el sigilo con que rodeaba sus actos.

Este relajamiento de la vigilancia llegaría a precipitar su caída.

Sucedió pues, que a Hipólito Julio, zapatero de oficio se le perdió su única vaca lechera. La anduvo buscando por todo el Departamento hasta que tuvo noticias de que "Cotocolorao" se la había carneado.

Disimulando su cólera, y como quien no sabe nada, fue a preguntarle al facineroso si por casualidad, -había visto por allí a su gran vaca lechera. Le dijo también que si por equivocación, se la hubiera manducado que de a buenas, -le devolviera su valor en

dinero.

Por toda respuesta Zabala lo sacó de la casa a patadas.

Tres días tardó el pobre zapatero en encontrar un abogado que quisiera hacerse cargo de su defensa. El Dr. Demetrio Roca lo sacó de apuros. Se mandó fuerza pública en pos de Zabala; éste fue apresado y encerrado en la cárcel.

A los pocos días cayó preso el Dr. Andrés Ibañez, el revolucionario del federalismo, pero la guarnición del cuartel sobre la que tenía gran ascendiente, se sublevó y lo puso en libertad. Zabala salió también y como se había captado la simpatía del Dr. Ibañez, éste lo nombró Corregidor del Sur.

Cuando llegaron a Santa Cruz, las tropas del Gral. Villegas, mandado por el Gobierno para sofocar la revolución que concluyó con el exterminio de los federalistas Igualitarios, Zabala tuvo buen cuidado de permanecer oculto en el campo y no mostró ni la oreja...

El Prefecto, Gral. Juan José Pérez, mandó destruir las propiedades de Zapata, y metió la caballada a los sembradíos.

Entre los soldados y paisanos saquearon lo que pudieron, al punto que hasta 300 colmenas de abejas desaparecieron. La cómoda casa-quinta fue derrumbada y se la edificó luego en los predios de la recova.

Cuando el Gral. Pérez abandonó a Santa Cruz, para

regresar a su Cuartel General, Zapata por fin respingó y sometió a juicio a los responsables y ejecutores de su ruina, y estuvo a punto de incautarse de todos los bienes de los encausados.

Fue tan grande la desesperación y el "susidio", de nueve de éstos que se decidieron a buscar la protección de Eulogio Sapú, el antiguo lugarteniente de Zabala, que, a la sazón era enemigo acérrimo de éste.

Zabala reaccionó violentamente contra Sapú y le pegó un balazo hiriéndolo gravemente. Luego se dio a la fuga. Sapú, gradualmente llegó a recuperarse y generosamente cohechado por los enjuiciados, logró sacarlos del atolladero y salvarles sus propiedades.

Sapú había jurado tomar sangrienta venganza de "Cotocolorao" y, un día en que éste pasaba por un lugar despoblado arreando un buey ajeno, le tendió una emboscada y de un tiro lo dejó muerto en el sitio.

A las pocas semanas también Sapú murió de muerte violenta, a manos de un riflero pagado por la viuda de Zabala, Doña Piedades Vaca.

Esta buena mujer que, oportunamente había ocultado la plata y el oro que le dejó su marido, quedó muy rica.

Estas muertes ocurrieron el año 1879.

OBDULIA DORADO

Era esta una muchacha tan hermosa que mereció el sobrenombre de "La estrella del norte". Atraía no sólo por la peregrina belleza de su rostro, sino también por su silueta esbelta, su rubia cabellera ensortijada, su donaire ignato, su carácter alegre y la dulzura de su mirada.

Tal cúmulo de encantos atrajo con la fuerza de un poderoso imán, la atención de Miguel Antonio Suárez, el mismo que -durante el gobierno de Melgarejo- ocupaba las funciones de Intendente de la Policía de Seguridad.

Al sentirse invadido por su ardiente pasión, Suárez dejó en su lugar al Comisario Mayor Pastor Casarrubia y luego se encaminó a Portachuelo, solar natal y residencia de Obdulia.

Suárez pertenecía a una distinguida familia de Santa Cruz de la Sierra. Buen mozo y de gallarda apostura, se perfilaba como la pareja ideal de Obdulia Dorado.

Tan luego como Suárez llegó a la capital del Sara, tomó en arriendo un salón al que arregló magníficamente, dotándolo de los muebles de última moda que pudo conseguir. El salón se hallaba, precisamente, frente a la casa de Obdulia, calle de por medio.

Y, a partir de ese momento, el galán comenzó a endulzarle los oídos a su amada, mediante melodiosas canciones que, noche a noche, y al son de la guitarra le cantaba al pie de la ventana. Aquella con la que preludiaba la serenata decía así:

"Yo vendo unos ojos negros,
Quién me los quiere comprar?
Los vendo por traicioneros,
porque me han pagado mal.

Al cabo de los versos, se entretenían en amoroso coloquio, haciéndose promesas de amarse eternamente.

Todo esto sucedía en las serenas y suaves noches de primavera que invitaban a prolongar las entrevistas hasta la madrugada, pero siempre bajo la severa y estricta vigilancia de una madura e insobornable doméstica, a la que Obdulia, molesta, después de un tiempo, riñó de esta manera:

"María, ya me tienes acobardada. No te aguanto más!

Ni siquiera cuando me toca hacer aguas mayores te separas de mí. Mira que -de verguenza por tenerte encima, ya no puedo ni expeler y estoy expuesta a una grave enfermedad que me puede causar la muerte. Si esto ocurre tendrás un cargo de conciencia, pues será por tu culpa".

Ante tanta reconvención, la pobre criada se retiró y dejó sola a Obdulia. Esta fingió estar exigida del vientre y se dirigió hacia las letrinas.

Transcurrido un buen rato la sirvienta fue a ver si la niña ya había evacuado con tranquilidad, pero no la encontró, ni en el excusado ni en parte alguna de la casa, pues Suárez, que de acuerdo con Obdulia había planeado el rapto, se la echó a las ancas de su veloz sillonero y, picó espuelas. . .

Alertada la familia por los despavoridos gritos de María, se aprestó a la persecución.

Al amanecer, los hermanos de Obdulia ensillaron y fuertemente armados de rifles y revólveres, partieron en busca del raptor. Pero éste ya estaba lejos.

Suárez con su prenda, llegó a orillas del embravecido Piraí, cabalmente cuando unos vaderos acababan de hacer cruzar el río a varios negociantes collas. Les pagó el doble de la tarifa ordinaria, y al instante lo trasladaron, con su preciosa carga, a la orilla opuesta. En ese momento, aparecían en la otra banda los enfurecidos hermanos de Obdulia. Grande fue el dolor de éstos al comprender que ya nada podían hacer y que no les quedaba otra cosa que retirarse, abrumados por la deshonra que el rapto haría recaer sobre la familia. Echaron sapos y culebras y anatemas contra el culpable y lo maldijeron hasta la quinta generación.

Triste y cabizbajos regresaron los Dorado a su casa y allí hallaron a sus padres profundamente acongojados.

Los vecinos compasivos trataban de consolarlos diciéndoles que no se tomaran la cosa tan a pecho; que eso sucedía hasta en las mejores familias, pues la fuerza del amor no respeta conveniencias ni barreras.

Vuelto a Santa Cruz, Suárez estableció su nidito de amor en una casa perteneciente al comerciante Mariano Arredondo, a tres cuadras al naciente de la Plaza de la Concordia, sobre la calle Ayacucho, y allí

pasó con su querida Obdulia, luengos y felices días.

Pero vino la fatalidad. A su debido tiempo y mientras Suárez estaba ausente, en comisión del Servicio, Obdulia dio a luz una niña, y murió de resultas del parto.

Suárez, inconsolable, no quiso permanecer más en la calle y se retiró jurando no pisar nunca más por esa calle.

(Este relato fue hecho en 1868).

UN AVEZADO LADRON

Ladrón manso, hábil y sutil como pocos, era Rafael Negrete, alias "Manteca", quien nunca asesinó, ni ultrajó ni insultó a nadie.

Cuando se lo injuriaba, sonreía y se alejaba sin replicar.

Tal manera de ser le fue favorable y la suerte lo acompañó durante su larga vida, pues habiendo nacido en 1797, murió en Chiquitos en 1900, a los 103 años de edad.

Negrete (o "Manteca"), practicó el robo desde la época de Warnes, y se graduó en la escuela delicuencial de un gaucho, consumado ladrón, que le enseñó todos los secretos que la Naturaleza podía suministrar a quienes se dedicaban al remunerativo oficio de desvalijar al prójimo.

En aplicación de tales enseñanzas, "Manteca" - movido por la curiosidad - se adentró en el bosque y no salió de él, hasta no haber encontrado al vistoso pájaro llamado "carpintero".

Cuando vio a éste asomarse por el hueco de cierto árbol, le cerró la abertura con un tarugo. Y, cosa sorprendente, el pajarillo, al verse encerrado, metió unas pajitas por el quicio del tarugo y éste, al punto, cayó al suelo. . .

"Manteca", recogió las milagrosas pajitas y regresó muy contento al pueblo.

Con este extraordinario auxilio y su consabida destreza dactilar, Negrete abría la puerta que quería y

sustraía sólamente todo lo que era de oro, plata y joyas preciosas.

Con el producto de sus raterías, obsequiaba a una "pajona" de muy buen ver, Juana Egüez, alias, "la Fierro", la que con el correr del tiempo, llegó a poseer la bonita suma de un mil pesos fuertes.

Negrete, para demostrar su habilidad, le pidió cierta vez diez pesos a un Mayor de Plaza, Cnel. -Lucas Rodriguez-, que se los negó, aduciendo que estaba sin medio. "Manteca" no dijo nada pero por la noche penetró en el aposento del Coronel y le sustrajo del baúl una bolsa con 300 fernandinos, moneda a la que llaman "huaca".

Al día siguiente devolvió la bolsa llena y en manos propias.

Tal fue la admiración y el "susidio" del Coronel, que, inmediatamente le regaló a "Manteca" diez pesos en plata y le prometió seguir dándole dinero cada vez que aquel lo necesitara.

Negrete no volvió a molestarlo.

"Manteca" que no cuidaba de su seguridad personal iba a dar, de vez en cuando, con sus huesos en la cárcel, pero eso lo tenía sin cuidado. Pronto estaba nuevamente en la calle.

En una de esas ocasiones, un antiguo condiscípulo suyo en la escuela, y ya prestigioso abogado y literato, el Dr. Gabriel René Moreno, lo llamó a la reflexión y le instó a que cambiara de género de vida:

- "Amigo Negrete, es tiempo de que dejes tus

raterías y te dediques a una ocupación honrada. ¿O es que prefieres pasar el resto de tus días entre rejas?.

Y, "Manteca", le respondió:

- "Dr. Moreno: Ese que a usted le dio inteligencia, amor al estudio y lo hizo un gran escritor, para bien de la Patria, ese mismo me hizo ladrón para el bien de mi bolsillo, y para que pueda darles limosnas a los pobres.

Al robar a tanto usurero y avaro, no hago otra cosa que descargarles un poco la conciencia por los abusos que cometen con tantos infelices a los que les devoran las entrañas. Y le digo que de mí no se librarán tampoco esos abogados sin alma que para defender a un pobre le sacan hasta la camisa.

- Quizás tengas razón -contestó Moreno- Que Dios te proteja. Hasta la vista.

Negrete cuando lo encarcelaban, se las arreglaba para fugarse en horas de la noche; 'cometía sus latrocinios en la madrugada y regresaba para amanecer nuevamente en el penal.

Sabiéndolo a buen recaudo, las gentes decían:

"Puesto que "Negrete" se halla preso, y los robos continúan, es claro que existen otros delincuentes, iguales o peores que "Manteca".

HECHOS MARAVILLOSOS OCURRIDOS EN SANTA CRUZ

EL HOSPITALARIO VIEJO DEL SURUTU - AMBORO.

1. Un tal Lorenzo Solíz, residente en Guendá, cuyas comarcas son escasas de carne de ganado, invitó a cazar a dos amigos suyos y con tal objeto se encaminaron al Surutú-Amboró, en cuyo arbolado cerro podían encontrarse variados animales montaraces. Tal fue el ansia y resolución de Solíz, que, en llegado al sitio indicado, se apartó por una altiplanicie, y tras caminar un gran trecho, se encontró en medio de dos cerros muy elevados. Extrañado pues no reconocía el lugar, siguió caminando y de pronto se topó con un hato de vacas y más adelante con un rebaño de ariscas cabras. Siguió vagando sin rumbo, y cuando menos lo esperaba, se le apareció un hombre más negro que la noche, quien visiblemente molesto le preguntó que era lo que andaba buscando. Soliz le confesó que se había extraviado.

"Sígame, -dijo el negro- tendrá usted que hablar con el patrón de este lugar".

Solíz obedeció y así fue como llegaron a una amplia casa, muy cómoda, a cuya entrada se hallaba sentado un venerable anciano, quien preguntó a Solíz si algo necesitaba. Solíz le explicó el porqué de su salida de caza.

- "Pues bien -dijo el patrón- "Quiere Ud. comer carne fresca o prefiere la seca?.

- Fresca señor, -contestó el interrogado.

- Dale un buen almuerzo a este hombre, continuó el dueño de casa dirigiéndose al negro: que coma hasta saciarse para que se quite el vientre de mal año.

Una vez concluída la cena, el buen anfitrión quiso saber si Solíz deseaba dormir dentro de la casa o fuera de ella, aprovechando la fresca. El visitante optó por hacerlo sobre un cuero y a cielo descubierto.

Al amanecer el anciano invitó a Solíz a trasladarse al lugar con toda su familia, en forma permanente y para gozar de la tranquilidad que allí reinaba.

- Aquí no existen enfermedades; nadie envejece ni muere, y todos los que vengan serán bien acogidos.

Solíz se despidió luego de haber recibido dinero suficiente para poder comprar, donde la hubiera, una res gorda con qué poder atender las exigencias del estómago de toda su familia.

El negro, como buen baqueano lo guió de regreso hasta que dio con sus amigos cazadores que lo andaban buscando, a los que les contó lo acaecido.

A las pocas semanas, y sin despedirse, Solíz desapareció dejando su chaco abandonado y nunca más se supo de él.

EL ENCANTO DE ALDERETE.

2. Esta es la historia del "encanto" de Alderete que favoreció a León Barrios. Este en uno de sus viajes a Chiquitos, se extravió en el bosque buscando una yunta de bueyes; y, repentinamente, dio con un corral grandísimo y lleno de ganado arisco. Cerca de él había una choza y en ella una mesa provista de un rico almuerzo. Barrios, que estaba hambriento pues no había probado bocado en todo el día, dio en un santiamén, buena cuenta de las oportunas viandas.

Al poco rato apareció el dueño de casa quien se inquirió del motivo que había llevado al viajero hasta ese lugar, Barrios le agradeció por la comida y lo puso al tanto de lo que le había ocurrido.

Alderete, el dueño del lugar que era un viejecillo rico y muy generoso, le obsequió dos yuntas de reses muy gordas, y lo despidió diciéndole que, cada vez que se hallase necesitado viniera en su busca, pero que lo hiciese siempre solo. Luego le enseñó el camino de regreso.

Barrios vendió las reses en muy buen precio. Desde aquel día, y periódicamente nuestro hombre, favorecido por el "encanto", llevaba al pueblo reses gordísimas.

Esto despertó las sospechas del vecindario que llegó a creer que Barrios era un consumado y experto abigeatista, pues las reses que vendía no llevaban marca ni señal alguna. Era pues lógico suponer que Barrios enlazaba cuanto ganado mostrenco hallaba.

Para desvirtuar el mal juicio que de su persona se hacían sus vecinos, al sindicado se le ocurrió llevar

con él a cuatro mozos, no sólo para que le ayudaran a arrear el ganado, sino para que atestiguaran la honrada procedencia del mismo.

Sin embargo, las cosas no le salieron como las esperaba; al querar cruzar un curichi, hubo una especie de temblor de tierra, y los mozos quedaron atascados en el barro, y, además, les atacaron fiebres palúdicas. A Barrios no le pasó nada, y muy triste prosiguió su camino.

Al enterarse de lo sucedido, Alderete lo reprendió ágriamente por haber desoído su advertencia de no hacerse acompañar con nadie. Esta vez le regaló treinta reses con las que emprendió el retorno. Al llegar al lugar del curichi, encontró a los mozos ya libres del barro y en buen estado de salud. Con ellos, arreando el ganado llegaron al pueblo. Por supuesto, los mozos se quedaron sin conocer al dueño del "encanto".

Los curiosos se quedaron en ayunas; en vano acosaban a preguntas a los mozos. Lo único que éstos pudieron revelar fue que, al noreste de la población, no lejos del Rio Grande, se hallaban un curichi que con sus voraces fauces casi se los traga, y que no tenían ganas de repetir el viaje. . .

Los maldicientes redoblaron las críticas, diciendo que todo eso no era sino una treta urdida por Barrios, para mantener oculto el robo de las reses.

León Barrios, sin hacerles caso, obsequió esta vez toda la carne de dos reses, como limosna para las menesterosas, y la grasa al Hospicio de San Francisco para que hicieran velas para el alumbrado del templo.

Todavía hizo un úlimo viaje, pues su protector le aconsejó no volver por allí para evitar la censura generalizada. Al mismo tiempo lo invitó a venirse a residir con él. Barrios dijo que lo pensaría y se marchó con las doce yuntas de buenos, que, a manera de despedida le ofreció el buen viejo del "encanto".

Aunque Barrios dio de limosna otra yunta, ni por eso cesaron los malpensados, pues decían que Barrios regalaba lo ajeno, lo que no le costaba nada.

Finalmente, el año 1874, Barrios, con los muchos reales que adquirió gracias a su protector Alderete, se trasladó al Oberaba, donde falleció.

LO DE MAPAISO

3. A Mariano Paredes, que vivía en Mapaiso, se le ocurrió irse por un año a la provincia de Cordillera, y con tal motivo, metió dentro de su choza la única colmena de abejas que tenía y a una pata -único plumífero que poseía- y que a la sazón había puesto bastantes huevos, se la llevó para que empollara en Cordillera. Y sucedió que, a su debido tiempo y cuando los patitos pudieron caminar, se huyó la pata con toda su prole. Tal fue el pesar de Pareces que todo lo desatendió por ir en busca de la pata fugitiva y de sus cincuenta patitos. Lo único que pudo averiguar fue que una pata con muchos pichones iba atravesando el Río Grande, hacia Santa Cruz. paredes tuvo que conformarse y a la vuelta de doce meses, regresó a su pequeña granja de Santa Cruz. Allí con agradable sorpresa halló a los patos tan crecidos que creyó que fuesen. . . buitres.

Luego quiso abrir la puerta de su choza pero por más esfuerzos que hizo no pudo conseguirlo. Tuvo que llamar en su auxilio a sus vecinos, los que, con sus hachas comenzaron a romperla y no bien hubieron abierto una brecha, cuando salió por ella un torrente de miel de abejas que por poco ahoga a los serviciales aldeanos, que fueron arrastrados hasta medio patio empapados de miel hasta los ojos. . .

Tan grande había sido el trabajo de las industriosas abejas durante el año transcurrido que, la choza se halló repleta hasta el techo de cantaritos, cuyo dulce y exquisito contenido, una vez puesto a la venta dio la suma de trescientos pesos, y con la que bañó el patio, se pudo saciar a todo el vecindario de Mapaiso.

En cuanto a los patos-buitres, engordaron tanto,

con el mucho "jeborá" que salió de la colmena, que su precio subió a cinco pesos por unidad, y la cera que se dio en obsequio alcanzó para todas las iglesias del Departamento.

LA AVENTURA DE LEON BALTA

4. A Balta León, que había salido a campear en busca de unas vacas paridas, le agarró una tenebrosa noche en circunstancias en que se hallaba bregando con una corpulenta lechera que, a primera vista, parecía haber parido doce terneros. Pero no era así, sino que el bendito animal, a cornadas, les iba quitando los hijos a las otras vacas y se los llevaba con ella. Tanto bregó Balta por poner las cosas en orden que se le hizo tarde en medio de los matorrales y tuvo que quedarse a colgar su hamaca chiquitana, lo que felizmente consiguió, y como estaba muy cansado, se durmió al punto.

Al día siguiente, ya entrado el día, despertó y se dió cuenta de que la hamaca iba caminando. Sorprendido y asustado se incorporó y advirtió que se hallaba en la ribera del Río Grande, siendo así que el lugar donde la noche anterior había amarrado su hamaca era Jitapaqui, distante siete leguas del lugar en que ahora se encontraba.

¿"Qué misterio es éste? - se dijo Balta, y en ese preciso instante se percató de que, en la oscurana, había amarrado su hamaca en los pescuezos de unos piyos o avestruces, animales de tanto vigor que, en todo el resto de la noche habían cubierto la gran distancia de siete leguas y aún seguían caminando. . .

Si no es por unos jinetes, que a duras penas pudieron rescatar a Belta, éste hubiera seguido de cuenta de los avestruces.

LA YEGUA DEL PADRE CABRAL.

5. El R.P. Inocencio Cabral se hallaba muy triste porque su única yegua sillonera se le iba a morir de una enconada "matadura" que tenía en el lomo. Y, como el mal tiempo, lluvioso, no debe lugar a salir en busca de remedio, no pudo hacer otra cosa que curar a su animal con el barro que caía de las goteras de la casa. Hecho esto, lo largó al campo.

Al cabo de unos cuatro meses, unos vecinos vieron acercarse a la casa del cura, un verde promontorio vegetal, lo que les causó no poco terror. Por fin los más corajudos se acercaron y vieron que aquello no era otra cosa que la yegua cubierta por unas enmarañadas guías y hojas de una planta de sandía que brotaba del lomo de la yegua, y que de ella colgaban numerosas frutas en sazón.

La explicación vino después: entre el barro medicinal, se hallaba una semilla de sandía que, en la gran lupia, había germinado mejor que en chaco nuevo.

Eran tan crecidas y tan dulces las sandías que con una sola de ellas se habían deleitado hasta saciarse, siete vecinos, sin contar los de la casa. Las demás se realizaron como roscas calientes, y el Sr. Cura obtuvo un beneficio neto de cien pesos.

LOS GRILLOS DE LEON BALTA

6. Este mismo Balta León, hallábase cierta vez muy molesto porque un sinnúmero de grillos, no sólo se le metían en la comida sino que, además, le perjudicaban agujereándole la ropa y los libros, y lo desvelaban con sus incesantes chirridos.

Tan graves y diversos fueron los daños que sufrió Balta que este ofreció a Perico Vaca, premiarle con veinte centavos por cada cien grillos que le matara.

Perico, en un ratito, mató cien grillos y luego reclamó su premio, pero Balta, en vez de abonar la suma convenida, empezó a examinar, minuciosamente y uno por uno a los difuntos insectos, y fue descartando a la mayor parte, mientras decía:

"Este no es grillo, sino grilla. . ."

De la exhaustiva investigación, resultó que sólo se encontraron TRES grillos; todos los bichitos restantes eran hembras. Resultado: Perico Vaca, tardó más de quince días y tuvo que cazar centenares de grillos, para poder cobrar sus veinte centavos, y así dio fin con la fastidiosa sabandija.

OTRA VEZ LA YEGUA DEL PADRE CABRAL

7. Al Padre Cabral se le perdió la yegua de las sandías que se le fue a la pampa.

En vano la buscaron, pero, milagrosamente, reapareció al cabo de siete años con trescientas crías, de una raza especial, pues esta extraordinaria yegua había tenido comercio carnal con unos avestruces.

Tal fue el cruce de piyo con yegua, que los frutos, sin perder en nada la forma caballuna, resultaron superiores a los mejores pura-sangre árabes y eran capaces de correr, treinta leguas de un sólo tirón, sin siquiera sudar.

Por lo dicho, fueron muy solicitados para las carreras "cuadreras", y el cura Cabral reunió una pequeña fortuna vendiéndolos a mil pesos por cabeza.

Muchos de estos famosos equinos fueron requisados para formar la caballería del Libertador Simón Bolivar.

LA TINAJITA DE MARCOS BENAVIDES

Allá por el año 1896, Eusebio Román contaba que, en uno de sus viajes a Cordillera, se hospedó en la cabaña de un tal Marcos Benavides, cuyo predio colindaba con el cerro Parabanó, y que aquel le hizo el relato que va a continuación:

De cuando en cuando, los oídos de Benavides eran heridos por cantos de gallo, redoble de tambores y tañer de campañas. También llegaba a divisar una elevada casa con su respectiva puerta por donde salía para luego volverse a entrar, una mujer cuya cabeza iba tocada con una montera de cuero.

En otras ocasiones, se le aparecía un caballo blanco muy brioso que hacía cabriolas y daba vueltas como si estuviera en un picadero. Todas estas sensaciones suditivas y visuales se patentizaban la víspera de un gran temporal.

Con el correr del tiempo a Benavides se le ocurrió visitar el carro, y, como presumía que allí encontraría seres humanos, llevó consigo, en calidad de obsequio, una tinajita con chicha.

Aunque anduvo por un lado y por otro, no encontró la casa de sus visiones o alucinaciones sino una gruta natural desierta. Al cabo de un buen rato, resolvió regresar tras haber dejado a la vista la tinajita.

Pasados ocho días, volvió para recoger el cantarillo. Lo halló vacío de líquido pero con un puñado de pepitas de oro en el fondo, cosa que al par de sorprenderlo, lo alegró muchísimo.

Impulsado por la codicia, Marcos hizo otra visita a la

milagrosa gruta, y dejó la tinajita, llena de "cuajada" elaborada con la mejor leche de su vaca-, en el mismo sitio en que la pusiera anteriormente.

Volvió a su casa y al día siguiente repitió el viaje esperanzado en que el misterioso habitante del cerro, hubiera retribuido su regalo, como lo hiciera la primea vez.

Se llevó un chasco: la tinajita seguía llena de "cuajada" hasta el borde.

Esperó treinta días, antes de ir nuevamente a la gruta. Ahora en el fondo de la tinajita, brillaba medio puñado de amarillas "palagranas".

Esto le sirvió de lección pues comprendió que debía moderar su apetencia de riquezas.

Después Benavides espació sus visitas al cerro. A pesar de esto, a fuerza de paciencia y perseverancia, llegó a reunir una buena cantidad de los valiosos guijarros.

Marcos Benavides, que era un solitario; fue asaltado y herido de muerte durante uno de los viajes que solía hacer a la ciudad.

Sus herederos cayeron sobre su choza y corral como "suchas" sobre una osamenta.

Allí se hicieron no sólo de los animales domésticos sino también de las pepitas sepultadas bajo la cama del difunto.

Así, se cumplió aquello de que "nadie sabe para quien trabaja", y el provecho de la tinajita de chicha y cuajada fue para otros.

SUCESOS SOBRENATURALES

Hablando de las relaciones que los espiritistas y otras personas excepcionalmente dotadas dicen tener con los fantasmas y espectros del otro mundo, daremos a continuación, cuenta de algunos casos.

EL BAILE DEL DR. MARDONES

Esto ocurrió el año 1874.

Al filo de las diez de una tenebrosa noche, el médico, Dr. Mardones, que salía de una fiesta, en la que había bebido más de la cuenta, cruzaba la Plaza de la Concordia cuando se dio de narices con cuatro forasteros que lo tomaron familiarmente del brazo y lo invitaron a proseguir la jarana en un salón de baile al que, precisamente se dirigían. Mardones aceptó.

Así, de "bracete", se lo llevaron por la calle Ayacucho, hacia el poniente, y mientras lo conducían, los desconocidos iban cuchicheando entre sí y decían cosas que el facultativo no llegaba a percibir.

Cuando llegaron a destino, Mardones, con el cerebro aún turbio por los capores del alcohol, se dio vagamente cuenta de que ingresaban a un salón brillantemente iluminado y muy bien decorado en el que muchas parejas bailaban al son de una invisible orquesta.

Al acercarse a ellas se le pusieron los pelos de punta. Todos los allí presentes eran personas ya finadas. Al susto siguió un desmayo y Mardones se desplomó sobre un diván.

Cuando se despertó al día siguiente, se halló tirado entre arbustos y malezas en las orillas del río Peroveles.

Este extraordinario suceso Mardones lo comunicó a sus amigos que se burlaron de él creyéndolo loco de remate. La falta de fé en su palabra afectó tanto al médico, que enfermó de melancolía, y murió pocos meses después en 1875.

EL CHIVO DE DON NICANOR GIL

Otro caso le sucedió al Sr. Nicanor Gil, hombre de buena cepa, que llegó a vivir más de 50 años. Fue capitán en lo militar y también Intendente de la Policía de Seguridad.

Poseía un buen pasar. De carácter ríspido y de austeras costumbres, llevaba bien puestos los calzones. Se hacía respetar de todos, incluídos los religiosos a los que no reconocía privilegios especiales.

Cierta vez en que se hallaba en su establecimiento del Valle, a tres leguas de la ciudad, se le apareció un gran chivo de centellante mirada, al que juzgándolo cosa mala, ordenó a sus mozos que, apenas vieran a la bestia, le metieran bala.

Pero el maligno animal sólo se le presentaba a Dn. Nicanor; para los demás, permanecía invisible.

En vano lo buscaban por la casa y los corrales. Y cuando los mozos acudían al llamado del patrón, ya el chivo se había esfumado. . .

Y, así durante quince días, al hilo, continuó la insólita aparición. Esto terminó por aterrorizar a la familia que se trasladó al pueblo con don Nicanor ya extenuado por la tremenda tensión nerviosa a que lo había sometido el infernal chivo.

Dn. Nicanor murió en febrero de 1874, y nunca olvidó el increible suceso.

EL PEDIDO DE LA FINADA

Hubo un tercer caso del que fue protaginista el actuario Federico Bravo, que había enviudado el año 1873.

Hacía diez y ocho meses del fallecimiento de su mujer cuando Bravo que dormitaba en su hamaca, oyó, -ya cerca de la medianoche- una voz que lo llamaba por su nombre.

Como el cuarto estaba alumbrado por la luz de una vela, miró por todos lados pero no vio a nadie, y creyó haber soñado, sufrido una alucinación, o alguna de esas falsas sensaciones que la Naturaleza transmite, a veces a los espíritus sensibles.

Tras esta tranquilizadora reflexión, trató de conciliar nuevamente el sueño, pero en ese mismo instante se repitió la llamada y, entonces, él creyó reconocer la voz de su difunta esposa Aurora Flores.

Para estar seguro le preguntó: ¿"Eres tú, Aurora?. "Si"- le contestó el alma invisible. ¿"Que quieres de mí? - "Que me mandes celebrar una misa y hagas confesión general de tus pecados". . . Adios, adios". .
Terriblemente impresionado, Bravo comunicó a sus suegros, y también a los amigos el corto diálogo que la noche anterior había sostenido con la finada, pero como nadie le creyó optó, en lo sucesivo por callar.

Luego de haber cumplido debidamente la voluntad de quien fuera su mujer, Bravo le sobrevivió apenas tres años.

ROBO RECUPERADO

Un nuevo caso aconteció el año 1874, época en que a doña Olinfa Galarza le robaron un cajoncito lleno de valiosas joyas, único tesoro que constituía su herencia patrimonial.

Abatida por la pesadumbre recurrió a sus amigos en demanda de consejo, sobre lo que convendría hacer para recuperar lo perdido, y siguió el que le pareció mejor.

Realizó nocturnas visitas a la periferia de la ciudad hasta que halló lo que buscaba: un cadáver. (que resultó ser el de Benito Castro). Sin tardanza le puso alrededor cuatro velas encendidas y, un real de plata en la boca. Luego le rezó dos rosarios y lo veló hasta cerca del amanecer.

Al despuntar el día, regresó a su casa y lo admirable fue que allí, en el mismo umbral de su puerta, estaba el cajoncito intacto!, a pesar de que -desde la fecha del hurto habían transcurrido unos veinte días.

Feliz por el milagro, doña Olinfa de allí en adelante no le hizo faltar velas al cadáver y además se gastó ocho reales en mandarle decir misa.

A Manuela Vira, doliente del difunto, todo esto le cayó muy mal. Consideró que la Galarza había cometido una profanación, y que a causa de ella el alma de Benito Castro tendría que seguir penando eternamente.

Felizmente el capeilán del pueblo, se prestó a servir de abogado defensor y a interceder eficazmente para que el Supremo Juez, perdonara al alma milagrosa de

Benito Castro. Ello se facilitó enormemente con la donación que doña Olinfa, hizo de una buena suma de dinero destinada a la compra de velas, sahumerios, y al pago de rogativas y oficios religiosos. Finalmente todos quedaron contentos.

CARNAVALEROS EN MIERCOLES SANTO

Otro caso tuvo lugar durante el último año del gobierno de Campero, en circunstancias de las tres acaloradas candidaturas de Arce, Camacho y Pacheco, en el año 1883, en el día de Miércoles Santo.

Luego que pasó la procesión de Jesús Nazareno, salió de la calle Sucre, al este de la Plaza de la Concordia, una extraña comparsa carnavalera de enmascarados que cantando a voz en cuello coplas profanas, se dirigió directamente al sur, corriendo, saltando, haciendo señas burlescas, y en suma, armando un alboroto de los mil demonios.

Indignados por el escándalo y la pública profanación a la sagrada Imagen, las autoridades enviaron fuerzas policiales a tomar presos a los irreverentes y extemporáneos carnavaleros.

Al efecto se formó un piquete de doce soldados y celadores que, al trote, se lanzaron en persecución de la comparsa.

La persiguieron desde la esquina de la torre de la catedral hasta el confín del pueblo sin poder acortar las distancias, y, por consiguiente sin llegar a darle alcance.

Al fin, extenuadas, sudorosas, y con la lengua afuera, las fuerzas del orden regresaron derrengadas y burladas, en tanto que los misteriosos carnavaleros -siempre cantando y brincando -volvieron tras los soldados. Estos convencidos de que todo aquello era obra del Maligno, se asustaron, se dieron a la fuga y no pararon hasta encerrarse en el cuartel.

LA VISITA DE ROSALIA CASARRUBIA

Este caso se patentizó en 1886, y fue así:

Rosalía Casarrubia abandonó la ciudad para ir al villorrio de Usuri, en busca de mejores condiciones de vida al lado de su hermano Melchor Casarrubia.

Luego de un tiempo sufrió un mal incurable y expiró. Libre ya de sus ataduras terrenales el alma de Rosalía salió a "desandar" y fue a visitar a uno de sus sobrinos, José Manuel Domínguez que se encontraba en un baile.

A eso de las diez de la noche Domínguez tuvo que salir al canchón de la casa para aliviarse la vejiga y se detuvo al pie de un alto poste en cuya cúspide estaba posado un pájaro muy parecido al "chiñi". Para espandarlo echó mano de unos tiestos y se los arrojó sin poder alcanzarlo. El pájaro voló indemne.

A las pocas semanas de esto, se supo que la pobre Rosalía había sido sepultada en la aldea de Usuri.

Así quedó desamparada una sobrina suya Fernanda Carmona, a quien ella -(Rosalía),- había criado desde muy pequeñita. Aquella refirió la agonía de la tía, diciendo que, la víspera de su muerte, tuvo un largo sueño y luego que despertó se expresó de esta manera:

* Ay, Señor ¡He regresado rendida por haber ido tan lejos a ver a Juan Manuel que estaba en una fiesta, y el muy ingreto me corrió a jonazos!.

EL DUENDE DE SAN JOSE

Este séptimo y último caso, le ocurrió a don Juan Flores, residente en San José de Chiquitos y padre de numerosa familia. Entre las hijas sobresalía, por su belleza, la menor, de la que se enamoró el Duende.

Invisible para los demás, el travieso personaje no sólo le arreglaba la cama a la "chotita", sino que se acostaba a su lado.

La inocente y asustada jovencita dio de ello parte a su padre quien hizo lo imposible por ver al Duende. Como no lo consiguiera, se trasladó con toda la familia a la capital del Departamento, pues la infeliz "chotita" se hallaba ya demacrada por los desvelos y muerta de miedo.

El remedio resultó peor que la enfermedad.

Ya en la ciudad, el Duende se dio en perseguir, además de las hijas de don Juan, a una bonita criadita de la casa a la que todos los días peinaba con un alto "zorongo".

Para ahuyentar al travieso Duende, don José colocó sobre, la mesa del centro del salón la imagen de San José, pero el trasgo contraatacó echéndole basura a las comidas servidas en el almuerzo y la merienda.

Tal fue el "susidio" de la familia que don José llevó un clérigo, para que santiguara el comedor, donde se había trasladado la estatua del santo. Lo único que se consiguió con eso fue que el Duende le quitara la vara a la Sagrada Efigie, se la reemplazara con un "marlo" viejo. . . y que colocara sobre todas las camas de los miembros de la familia, sucias prendas de ropa.

Consternado por lo ocurrido, el Sr. Flores se decidió a implorar la intercesión del Obispo para acabar, de una vez por todas, con las fechorías del diminuto Urdimales.

El prelado, en solemne ceremonia, exhorcizó la casa y sus dependencias, y así quedó extinguido el maleficio que pesaba sobre la familia Flores.
Año 1897

MANUSCRITO LARA

EXTRACTOS COMPENDIADOS
POR:
ROGER DE BARNEVILLE VASQUEZ

-SEGUNDA PARTE-

SANTA CRUZ DE LA SIERRA 1987.

INDICE

1. PRISION Y FUGA DE AGUILERA
2. HORRENDO ASESINATO Y SUS TREMENDAS CONSECUENCIAS
3. DON MAYOR, DOÑA ESTA Y SUS CUATRO HIJAS,
4. COMBATE EN LA CAÑADA
5. SUBLEVACION DE HOYOS.
6. NUEVA INTENTONA DE HOYOS
7. EL CAUDILLO IGUALITARIO DE ANDRES IBAÑEZ

PRISION Y FUGA DE AGUILERA

El brigadier Francisco Javier de Aguilera, acérrimo defensor de la Monarquía española, a la que "amaba más que a sus tripas!, según la pintoresca expresión popular, luchó infatigablemente contra los independentista.

Hombre de singular arrojo y valor temerario, en el combate del Villar despachó de un tajo y un puntazo al esforzado montonero Manuel Ascencio Padilla.

Llevado por su odio a los patriotas, manchó su espada con la sangre de Warnes en la luctuosa jornada -fatal para las armas de la Patria- que fue la enconada y larga batalla del Pari. Allí con una estocada al cuello hirió mortalmente al caudillo patriota, lo que no fue ninguna hazaña, pues éste yacía aprisionado e indefenso, sujeto por una espuela y apretado bajo el cuerpo de su caballo muerto instantes antes de un tiro de cañón.

Aunque la muerte de Warnes precipitó la derrota de los insurgentes, éstos antes de dispersarse, tuvieron aún el ánimo suficiente para hacer retroceder, con una lluvia de balas a los diezmados realistas.

Cara le costó la victoria al Brigadier, y su encono se manifestó con el escarmiento dado a los desafectos al régimen a los que mandaba castigar a "guasca y espuela".

Hallándose Aguilera de visita en Vallegrande, recibió la noticia de los reveses sufridos por los realistas en Colombia, y de las decisivas victorias de Bolivar en Junín y Sucre en Ayacucho, que, practicamente, pusieron fin a la Guerra de los 15 años.

De allí en adelante los caudillos realistas ya no pudieron, levantar cabeza y humillados y amargados emprendieron el éxodo hacia el otro lado del Gran Charco!.

En tales circunstancias, el Gral. José Miguel de Velasco, le escribió a Aguilera invitándole a abandonar una causa perdida y ponerse al servicio de la Patria, la que -le aseguraba- le concedería los honores y privilegios correspondientes a su alta jerarquía castrense.

Aguilera prestó oídos sordos a esos dulces e incitantes cantos de sirena. Soldado incorruptible, con un alto concepto del honor, permaneció fiel a su bienamado Soberano, Fernando VII. En el fondo de su corazón mantenía incólume la esperanza del retorno triunfal de un contingente de 30.000 hombres que el Rey no tardaría en enviar para terminar, de una vez por todas, con la maldita raza de los insurgentes.

Ciego a la realidad, no daba crédito a la versión de los triunfos propalada por los patriotas y estaba convencido de que todo eso no era más que una insidiosa campaña destinada a minar la moral de sus soldados.

Y, sólo después que éstos cansados de una lucha estéril e inducidos por los insurgentes se alzaron contra él y lo tomaron preso vitoreando a los vencedores de Junín y Ayacucho y a la Patria -cayó del burro!.

Tal fue entonces el entusiasmo de los independestistas que, hubo fiestas cívicas y, en un acto de magnanimidad, permutaron al Brigadier, la pena de muerte por la de destierro al pueblo de

Saipurú para que allí fuese juzgado y castigado por el coronel Mercado.

Durante el trayecto Aguilera se quejó amargamente de la ingratitud de sus antiguos soldados, a los que recordó el trato preferencial que siempre les había dispensado:

"Como es posible que ahora ustedes me humillen y me ultrajen, siendo yo quien soy, y que me lleven a entregarme a un insurgente subalterno, cuando merezco que me juzgue otro general de mi rango?.

Entre los que conducían al Brigadier, se encontraban dos antiguos realistas, de los cuales uno de ellos, el capitán chileno Rocabado, antes favorito de Aguilera.

Conmovidos por las palabras del Gral, y tranquilizada su conciencia por un oportuno cohecho, los guardianes, -mientras los demás desayunaban,- se hicieron- de la vista gorda y no supieron qué fue del ilustre prisionero. Hicieron el simulacro de buscarlo con resultados por supuesto negativos!. Fue como si a Aguilera se lo hubiera tragado la tierra, o hubiera alzado al vuelo como los pajaritos.

En cuanto al coronel Mercado,- ya enterado de las victorias de los patriotas, y de la sublevación de las tropas de Aguilera-, ante la insistencia de sus conterráneos, aceptó hacerse cargo de la Gobernación de Santa Cruz, mientras el nuevo Gobierno decidiera lo conveniente.

HORRENDO ASESINATO Y SUS TREMENDAS CONSECUENCIAS

El coronel Anselmo Rivas, había sido enviado por el Gobierno a Santa Cruz, para sofocar el motín de un antiguo comandante patriota, conocido por "Ramitos", quien, descontento por no haber recibido de la Patria el tratamiento que él creía merecer, se levantó en armas dando vítores al Perú y al general Agustín Gamarra.

Fracasada la sublevación, "Ramitos", tuvo que poner pies en polvorosa, pero sus perseguidores le dieron alcance y lo victimaron en el trayecto hacia Cordillera.

Luego de pacificada la comarca, el Cnel. Rivas hizo una intencionada visita a su compadre espiritual Dn. Tomás Aguilera, hermano del famoso Brigadier Francisco Javier.

Hizo esto con el pretexto de averiguar el paradero del General Aguilera para ponerse a sus órdenes, lo cual no era otra cosa que una solemne mentira.

No consiguió nada, pues le contestaron que nada sabían del Brigadier, a pesar de que su familia deseaba mucho volverlo a ver.

Lo que Rivas, quería realmente era vengar la muerte de un hermano suyo, otro coronel Rivas, al que Aguilera hiciera fusilar.

Rivas siguió indagando y recibió informes fidedignos de que el Brigadier se hallaba en Vallegrande, plaza en la que había proclamado a Fernando VII.

El Cnel. Rivas contaba con un contingente de 300 plazas muy bien armados, a los que arengó y terminnó pregonándoles si se creían suficientemente hombres para ir a batirse con las fuerzas del temible Brigadier.

Tocados en su amor propio, le contestaron, todos a una, con un atronador "Sí".

Marcharon pues sobre Vallegrande. Dieron el asalto a la plaza, la capturaron, tomaron prisioneros. Al día siguiente, fusilaron nó sólo a los subalternos sino al propio Brigadier Aguilera.

En premio por lo hecho, Rivas fue nombrado Prefecto de Santa Cruz. Al tanto de lo ocurrido, un vecino imparcial y clarividente dijo lo que sigue:

"Corren rumores de que el Supremo Gobierno le ha dado a Rivas la Prefectura del Departamento:

"Qué tal? Qué tal?
Domingo siete!
Pascua marzal!

Y tras estas sibilinas palabras. -presagio de desgracias-, añadió: "Yo, si estuviera en el pellejo de Rivas, ni de Santo Cristo me atrevería a volver a la tierra cruceña".

En cuanto a Rivas -huelga decirlo- bailando en una pata de puro contento aceptó a dos manos el importante cargo. No sabía lo que le esperaba". . .

Por aquella época, la Policía de Seguridad se hallaba jefaturizada por un señor Miguel Mérida que hizo publicar un bando por el que se prohibía entrar a caballo en la Recova, recién enladrillada. Los

infractores se hacían pasibles de una multa de cuarenta centavos.

Esta disposición fue desacatada por un campesino de nombre Antonio Carrillo, que, montado, entró a comprar carne, ya que no sabía nada del dichoso bando.

Los corchetes lo tomaron preso, lo ultrajaron de palabra y obra, y lo condujeron a la Comisaría. Allí estuvo detenido hasta que llegó la autoridad y luego de pagar la multa, recobró la libertad.

Carrillo regresó a su pago sin llevar la carne, pero con sangre en el ojo y ardiendo en vindicativos propósitos.

Este Antonio Carrillo, tenía cuatro hermanos: Ramón (el mayor), Blas, Julián y Bautista. Eran hijos legítimos de Manuel Ribera -alias el "Tío Polvo",- y de Rosa Carrillo. Todos eran conocidos por el apellido materno.

Mozos de gran fuerza física, audaces y de armas tomar, todos los Carrillo habían nacido y se habían criado en el ranchería Isla de Jichibato, bastante poblado y distante una legua de la ciudad capital.

El lugar, enclavado en un frondoso bosque, surcado por frescos arroyos, colindaba con la pampa, ofrecía variados y óptimos frutos silvestres y podía considerarse como una pequeña copia del Paraíso Terrenal.

No obstante, con el correr del tiempo, los Carrillo abandonaron aquel pintoresco y risueño paraje y se trasladaron a la floreciente propiedad de don Tomás Aguilera hermano del ya finado Brigadier realista

Francisco Javier.

Recibieron del dueño del establecimiento cordial y generosa hospitalidad y toda suerte de atenciones y de ayuda material. A don Tomás le interesaba muchísimo tener a los Carrillo agradecidos a su persona y debiéndole favores, pues tenía planeado utilizarlos en un siniestro designio.

Como era bien sabido, el Gral. Aguilera mandó ejecutar al insurgnete Cnel. Rivas, y en represalia, el hermano de éste, Cnel. Anselmo Rivas, dio muerte al Brigadier en Vallegrande. Tomás Aguilera no perdonó nunca lo que él juzgo como un acto criminal, y sabiendo que la venganza es un plato que se come frío, aguardó pacientemente la ocasión propicia:

"Ojo por ojo, diente por diente - se dijo a sí mismo: Anselmo Rivas no se me escapará". A cada chancho le llega su San Martín.

Entre tanto, el Cnel, Rivas había sido premiado con la Prefectura, y Tomás Aguilera, rumiando su encono, y con miras a una vendetta" a la siciliana, siguió cultivando la amistad de sus protegidos hasta que, puestas las cartas sobre la mesa, consiguió mediante solemne juramente, su adhesión incondicional.

Una vez reunidos los hermanos Carrillo se pusieron de acuerdo para matar dos pájaros de un tiro: vengarían el ultraje inferido a Antonio y, de paso, saldarían la cuenta que Tomás Aguilera tenía pendiente con el Prefecto Rivas.

Al efecto, reengancharon a trece hombres, que desertaron esa misma noche, con excepción de Miguel Terceros, pariente de los Carrillo.

Tras de ponerse a tono y caldear los ánimos mediante estimulantes tragos de "guariñaque" del fuerte, se largaron a la ciudad, y asaltaron la casa del Intendente Mérida con la poca cristiana determinación de mandarlo, sin previo aviso, a la Mansión de los Calvos, a reunirse con sus antepasados. . .

Mérida, que tenía el sueño sutil, oyó las destempladas voces de los Carrillo y los golpes que propinaban a la puerta de calle y logró escapar por los tejados. Al no encontrarlo los enfurecidos agresores atacaron la cárcel contigua a la Prefectura donde residía Rivas.

Roto el portón de la cárcel, pusieron en libertad a todos los presos. Al ruído, por el aboroto, despertó el coronel Rivas que salió en mangas de camisa, para llamar al orden a los penados pues cría que se trataba de un motín de éstos.

Por su mala suerte se dio de narices con los enfurecidos Carrillo quienes, lanzando impreccaciones y garrote en mano, se lanzaron contra él.

Rivas emprendió la fuga y pudo llegar hasta el atrio de la catedral en cuyo piso cayó descalabrado por los garrotazos que recibió en la cabeza, los que le hicieron saltar los sesos. (Este infausto suceso ocurrió el 1º de marzo del año 1837).

El cadáver -custodiado por Antonio Carrillo- quedó tendido en un lago de sangre hasta las ocho de la mañana del día siguiente, hora en que se produjeron las primeras manifestaciones visibles de vida en el lugar.

El asesinato había sido cometido a las tres de la

madrugada. A esa hora los Carrillo, proclamando la insurrección contra el poder constituido, llamaron a los "nacionales" para que se incorporaran al bando rebelde.

Al escuchar el nocturno e insistente llamado efectuado al son de la habitual tambora, unido a los estrepitosos golpes y al vocerío, los vecinos fueron presas del pánico, y en previsión de probables combates callejeros, depredaciones y saqueos domiciliarios, muchos se echaron sus bártulos a la espalda y escaparon rumbo a los bosques y aldeas más cercanas.

Entre tanto, los "nacionales", -cada uno de los cuales guardaba el fusil en su casa- fueron reuniéndose, poco a poco en las esquinas de las calles y cuando se hallaron en número suficiente, cobraron valor y se acercaron a la Plaza de la Concordia que se hallaba desamparada por los gendarmes pues estos, asustados por el tumulto, se dijeron: ¿"patitas para cuando son?" y huyeron corriendo a cual más y mejor...

Los jefes nacionales aparecieron por fin en el escenario, y durante un rato permanecieron indecisos. ¿Qué partido tomar? Unirse a los facciosos? ¿Permanecer fieles al Gobierno?.

Se hallaban ante esta crítica alternativa cuando recibieron la noticia del asesinato del Prefecto. Comenzaban a organizar sus compañías cuando vieron pasar a un jinete vestido con uniforme y kepis de coronel y montado en el caballo de la víctima. Se trataba, ni más ni menos que de Ramón Carrillo jefe de los criminales.

Tras breve consulta los nacionales decidieron actuar

en defensa de la ley, una vez que su primer jefe, el Dr. Gabriel Moreno, les hizo ver que la tal insurrección no tenía pies ni cabeza, y estaba destinada al más rotundo fracaso.

Sin pérdida de tiempo -dispusieron cuatro compañías para que dieran caza a los asesinos y así marcharon hacia el cuartel comandados por los capitanes Telésforo Hurtado y Pastor Vaca, pero la mayor parte de los asaltantes ya habían escapado. Ese día tan sólo pudieron ser aprehendidos Antonio Carrillo y su primo Miguel Terceros, los que, tras haber prestado su indagatoria, fueron pasados por las armas.

Varios meses después, en distintos lugares, tomaron a otros dos Carrillos. Primero, a Blas, cosa que no fue nada fácil, y luego, tras un prolongado combate en un espeso bosque, no lejos de Buena Vista, a Ramón, que se defendió, como se dice con "uñas y dientes"; "como gato panza arriba" y que sólo se rindió cuando se le agotaron las municiones. El recóndito escondite, en que se desarrolló la lucha tomó desde entonces el nombre de "Cueva de los Carrillos".

La partida que se batió con el jayán Ramón Carrillo, se componía de treinta nacionales, a las órdenes del caítán Telésforo Hurtado que dio a sus soldados la orden de disparar sólo a las extremidades inferiores del forajido, pues esperaba obtener de éste una reveladora confesión para saber quién o quienes manejaban los hilos de la sublevación y cuántos habían participado en ella.

La instrucción fue cumplida al píe de la letra y las piernas de Carrillo quedaron acribilladas de balas y astilladas.

Y lo que causó el asombro de todos fue que, a pesar de sus horribles heridas, Ramón Carrillo, no manifestaba sentir dolor alguno, al contrario de su hermano Blas, también malherido, que no cesaba de gemir durante el viaje de regreso.

Tanta fue la fortaleza del primogénito de los Ribera Carrillo, que sin pestañear, con voz clara y firme, prestó su declaración ante el Juez de letras, Dr. Santos Ribero.

En tales circunstancias, un filántropo, el Dr. José Manuel Castro, abogó ante los Jueces, a favor de los Carrillos sobrevivientes. Esgrimía como argumentos de peso, que por estar éstos magníficamente dotados por la naturaleza y poseer, además, valor y audacia, se les perdonara la vida y se los incorporara al Ejército en servicio de la Patria.

En su humanitario empeño, este distinguido abogado -muy allegado a la familia Aguilera, recurrió hasta las altas esferas del Gobierno, entonces presidido por el Gral. Andrés de Santa Cruz, a fin de conseguir el indulto para Julián y Bautista Carrillo, prófugos en Cordillera, donde al cabo de doce meses, fueron descubiertos, apresados y remitidos a la ciudad capital.

Al ser interrogados, por separado, afirmaron haber procedido de "Motu proprio", y sin ayuda ajena, y que si hicieron justicia por sus propias manos, fue para vengar los ultrajes y las humillaciones que, sin razón, las prepotentes y canellescas autoridades del Gobierno, habían inferido a su querido Hermano Antonio.

Pese a que las declaraciones de los Carrillo

descartaban la participación de terceras personas, en el luctuoso suceso, los magistrados hicieron caso omiso del salvoconducto enviado por el Gobierno y, presionados por los parientes y amigos del finado Prefecto Anselmo Rivas, que clamaban porque no se dejara Carrillos ni para semilla, los mandaron fusilar sin más trámites.

ANECDOTAS DE RAMON CARRILLO

A continuación van tres casos de los que fue protagonista el hérculeo y no muy digno de fiar, Ramón Carrillo:

Cierta vez, para demostrar su hombría, lucho con un toro bravo, al que, sin más armas que sus manazas, y un filoso cuchillito, logró tender en el suelo amarrarle las patas y sacarle los huevos o testículos. Y, lo notable es que el castrador debía ser de los que llaman "manos frescas", porque el bicho ni siquiera se agusanó, y pronto se volvió manso como un cordero.

El segundo caso ocurrió en un tranquilo barrio apartado, durante una clara y calurosa noche de fines de la primavera, en que una familia pobre y compuesta del padre, la madre y seis hijos, se hallaba durmiendo, al sereno, sobre un gran cuero de res tendido sobre la grama de la calle.

Carrillo que andaba por allí mataperreando, y en busca de lo que no había perdido, se topó con los durmientes que buscaban un poco de frescor, y para divertirse, en un alarde de fuerza, agarro el cuero por el tronco de la cola y lo arrastró con toda su carga, a más de doscientas varas del sitio en que se encontraba.

Cuando al día siguiente despertó la familia quedó aturdida, no acertando a imaginar de qué manera habían venido a parar en un lugar extraño, lejos de su casa y en las inmediaciones del templo de Jesús Nazareno.

¡Sobre mojado, llover! los abochornados ocupantes del cuero tuvieron que soportar las burlas de los vecinos que, al no encontrar una explicación plausible, terminaron atribuyendo a la Trampa la responsabilidad del traslado.

En cuanto a la familia, ya de regreso a su modesto hogar, juró no volver a sacar el cuero a la intemperie, aunque tuvieran que reventar de calor!.

En otra de sus malandanzas, Carrillo se lució obsequiándole una res a una desamparada "chota", a la que por mal nombre le pusieron el apodo de la "Motojoboo", quizás, porque- al decir de los "boca de bando" que la habían probado, -tenía el sabor agridulce de esa humilde y rastrera frutilla pampeana.

Con este importante regalo Carrillo pagaba ciertos favores, nada despreciables, que de ella había recibido a satisfacción. Esta, ni corta, ni perezosa, pidió al donante que le enviara un matarife para carnear al cornúpeta.

Carrillo se puso al habla con un jifero conocido en el pueblo por el "Tío Colita", que madrugó -para ir a faenar a la res.

La "motojobobo", que acababa de zafarse de los vigorosos y amantes brazos de Carrillo, ya lo esperaba ansiosa de servirse pronto un tierno lomito al horno. En un santiamén dio al tío Colita las instrucciones

pertinentes.

Sin embargo, la cosa no pasó de ahí. Cuando el tío Colita se aprestaba a degollar al animal, se dio cuenta, con gran sorpresa de que éste no era otro que el buey gordo, que se le había perdido. . .

Siguieron agrias discusiones entre la "Motojobobo" -que alegaba haber comprado el buey a un campesino- y el tío Colita que-seguro de ser el legítimo dueño, desafió a su contrincante a someterse a juicio, y se llevó a la res dejando a la Motojobobo hecha un basilisco y arrojando por la boca, sapos y culebras. . .

Temerosa de perder el pleito, la Motojobobo, no insistió en su reclamación, pero ardiendo en ira contra el tío Colita, y sobre todo contra el sinvergüenza de Carrillo que en tan mala forma se había burlado de ella, se proveyó de una honda de cuero, de esas de revolear, y del tipo que usó David para derribar al gigante Goliat.

Luego hizo acopio de cascotes y pedazos de hueso con el propósito de romperles la crisma a jonazos a quienes la habían defraudado.

Se quedó con los crespos hechos y el sermón estudiado, pues ni el tío Colita, ni Carrillo, volvieron a pasar por su calle.

DON MAYOR, DOÑA ESTA Y SUS CUATRO HIJAS

Don Pancho Iriarte, maestro de escuela y agricultor en sus ratos perdidos, generalmente conocido por su apodo de "Don Mayor" y su consorte Chepa, alias "Doña Esta", oriundos y vecinos de Paurito, se trasladaron en el año 1828, al barrio de La Palma de la capital departamental.

Los acompañaban sus cuatro retoños, todos del sexo femenino; Fastulia, la mayor, con veinte primaveras, seguida por Zoraida, dos años menor y una belleza rústica-verdadero jazmín del silvestre pensil cruceño,- en todo su esplendor.

A estas, les seguían, Velorina de trece, y Olinfa, la "zurrapa", de once años.

Apenas hubo sentado sus reales en la nueva residencia, la familia Iriarte fue visitada por numerosas personas entre las que sobresalieron, -por su interesada asiduidad para congraciarse con la hermosa Zoraida- seis pretendientes. A saber, dos vejancones: Julián Párraga y Prudencio Callejas; cuatro estudiantes, Modesto Arancibia, Tomás Farel, Quintín Leaños y un vallegrandino Antonio Rosicles.

Si algo cabe destacar en estas visitas, ello es sin duda, la admirable constancia de los ya rancios galanes Párraga y Callejas -viudos, tacaños y desprovistos de simpatía personal- que tras mucho revolotear en torno de Zoraida y de quemar incienso a sus plantas, alzaron el vuelo, para no volver, a raíz de un incidente casero muy desagradable.

Cierta noche, Doña Esta, -que, siempre hacía de vigilante durante las largas veladas-, cabeceando de sueño y dirigiéndose a las criadas, cometió un lapsus lingüae, y en vez de decirles: "despabilen esas velas", les dijo: "despavilen a esos viejos".

Con la risotada que lanzaran las domésticas, los aludidos, abochornados, se marcharon con viento fresco sin atinar siquiera a despedirse.

Los estudiantes celebraron como un triunfo propio lo ocurrido y, ya dueños de la plaza, extremaron las atenciones y entraron en competitiva emulación, tratando cada cual de hacer méritos a los ojos de Zoraida.

En cambio, Don Mayor, sintió mucho la ausencia de sus coetáneos, pues con ellos se entretenía en comentar hechos históricos de los tiempos de Moldes, Lemoine, el "Corta-orejas" Becerra, Warnes, Carreras, Aguilera y el "Colorao" Mercado.

PUGNA ENTRE LOS PRETENDIENTES DE ZORAIDA

Al cabo de un mes de ocurrido el incidente, llegó de Chiquitos Simón Galarza con reses y quesos para ponerlos a la venta. Un domingo, mientras oía misa, vio a Zoraida y se enamoró de ella, patas y todo. Le pidió permiso para acompañarla hasta su casa. Al llegar a destino, saludó a Don Mayor conforme se estilaba en aquella época.

- "Qué Dios le dé a usted, muy buenos diás"
- Así se los dé, Dios a usted -contestó su interlocutor.

- Bájese, desensille y tome asiento.

Iniciada la tertulia que duró un largo rato, Galarza se enteró de la composición de la familia Iriarte, y, a su vez, reveló sus generales e hizo hincapié sobre su holgada situación económica. Se retiró muy complacido y, desde entonces, visitó la casa dos veces por día.

A las dos semanas declaró a Doña Esta sus pretensiones respecto a Zoraida, y les hizo conocer en la forma chabacana que le era habitual:

"Hágame el favor de darme a Zoraida para mi mujer. Se lo suplico por vida suya. No se enfade. Se lo pido porque me ha llenado la casita del ojo, y estoy perdido por ella. Yo soy rico; tengo harto ganado en el Tusuvó.

A usted le voy a regalar dos vacas de las más lecheras, y dos vacas a cada una de sus hijas. le doy mi palabra de que voy a cumplir lo ofrecido.

Doña Esta contestó que lo consultaría con su marido. y, cuando éste se enteró de la conversación, paró la oreja e instó a su mujer a que -sobre el pucho- estableciera el correspondiente contrato conyugal.

Consultada Zoraida, que en esos momentos recibía lecciones de baile de su cortejo Rosicles, quedó sorprendida y contó a su madre que aquel, en distintas ocasiones, le había propuesto matrimonio y le había prometido ser para ella, no sólo su fiel esposo sino un esclavo que le lavaría los pies. . . , y que, por lo tanto, no estaba dispuesta acceder a los deseos del ganadero.

Doña Esta -que sentía simpatía por Rosicles, no

vaciló en transmitir a Galarza la negativa de la joven.

Galarza, dominado por la pasión amorosa, no se resignó con la respuesta y, sin dar el brazo a torcer insistió, confesando de que tenía 300 cabezas de ganado vacuno, y además, un cántaro lleno de oro y plata, de cuyo tesoro ofrecía dar a Zoraida una dote de 200 pesos.

"Yo he sabido -agregó- que un individuo perteneciente a esa traquilada de cagaverdes que visitan esta casa, pretende a Zoraida.

Pero yo les digo que ninguno de ellos es capaz de sacar un mono al sol.

No son otra cosa que una tropa de badulaques, aplanacalles que se dedican a robarles a sus madres, rosquetas y alfajores para tener algo que regalarles a sus cortejas, a las que les endulzan los oídos con mentiras.

Basta verlos: con esas maneritas rebuscadas que tienen, parecen unos monigotes".

Yo, por el contrario, soy persona respetable y tengo, como ya les dije, plata a montones. Aquí tiene usted Doña Esta, 100 pesos para que se compre vestidos. Este dinero es de la venta de los quesos, y todavía no he tocado el de las vacas que se vendieron como roscas calientes.

En Tusuvó, soy Don Simeón Galarza, hombre decente y honrado, trabajador y bueno para los puñetes; donde asiento la mano, no vuelve a nacer pelo y si más me enojan los hago añicos. . . Se me ha puesto que el matrimonio sea pronto, porque en la

tardanza está el peligro y en la brevedad el alivio.

- Está bien -replicó Doña Esta- Que se haga el documento.
- Que se hagan veinte. Yo no soy ningún bromista embustero; cuando ofrezco algo es como joco!.

Doña Esta, alucinada por estas palabras, tajó una pluma de garza morena, y tras haber orado ante una imagen de la Virgen, preguntó por segunda vez a Zoraida, si no había cambiado de parecer. Esta contestó:

"Si todos en la casa están de acuerdo, habrá boda. Si nó, no. En un reloj, si le falta alguna pieza, ya no anuncia la hora. Si en la familia, que es el reloj de la casa, algún miembro discrepa de lo que piensan los demás, surgirán dificultades y vendrán días azarosos...

Como nadie dijo esta boca es mía, Doña Esta, basándose en el refrán que reza: "Quién calla otorga", redactó el contrato matrimonial, el mismo que, en sus partes más importantes, estipulaba:

Consta por esta escritura que yo, Simeón Galarza, mayor de edad, viudo, sin descendencia ni herederos, hacendado y propietario en el Tusuvó, de la provincia de Chiquitos, me comprometo bajo multa de 200 pesos, estimar, en todo sentido a Zoraida Iriarte, mi futura esposa y, en caso de no cumplir yo con lo pactado, y estando ya casada Zoraida, la devolveré a sus padres, no sólo con el importe de la multa, sino, además, con la dote íntegra y demás cosas que poseyere, sin perjuicio de que se me siga la vía ejecutoria.

Firmo en papel común y con cargo de reintegro, con

los testigos presentes, en Santa Cruz, el 7 de abril de 1835.

Simeón Galarza
Cecilio Viruez, testigo
Juan Camargo, testigo.

Ante la inminencia de la boda, una vecina instruyó a Zoraida que, al vestido nupcial, le pusiera barbas de ballena, que estaban de moda, y que se peinase con moño, a lo que Doña Esta se opuso, alegando que era imprescindible que la novia se peinase de zorongo, pues así, en 1814, cuando se casó con Don Mayor, la había peinado su abuela, (que Dios la tenga en la Gloria), la que, dicho sea de paso, le había dejado una buena herencia. . .

Galarza, ya engreído y saboreando su triunfo, se expresó así:

"Voy a ver al Cura para pagarle las amonestaciones, pues la plata se hizo para gastarla y para conseguir lo que uno quiere, venciendo a los pelagatos que pretenden gozar del favor de las doncellas engatusándolas a puro jarabe de pico. . .

Rosicles, enterado del acordado enlace de Zoraida con el rústico y satírico Galarza, la buscó, y, entre ellos se entabló el siguiente diálogo:

"Vengo a darte mis felicitaciones, aunque no comprendo como una joven culta y refinada como tú, haya aceptado casarse con un patán que apesta a estiércol y de cuyo sucio cuello se podría sacar un quintal de sebo".

¿No has reparado que Galarza es más viejo que tu

padre?. A quien le consta que sea rico? que sea dueño de todos esos cuernos que dice tene en Chiquitos?.

Lo más probable es que se trate de un miserable destripaterrones. . .

Dime, querida Zoraida, En qué han quedado mis siete años de devoción hacia tu persona?. Nadie, amor mío, tiene más derecho que yo a ser tu marido. . .

"Reconozco tu constancia y los derechos que alegas. Si acepté a Galarza, fue porque no estaba segura de tus sentimientos. Pero si realmente me quieres para tu esposa, aún es tiempo de poner el remedio: pídele a mi madre que rompa la escritura de compromiso.

Rosicles, con esto, vio el cielo abierto, y como tenía sus puntillos de versificador, compuso el siguiente cuarteto:

Es el amor una llama
que brota del corazón
y hace feliz a quien ama
o le quita la razón.

Y, sin perder tiempo fue a ver a Doña Esta, y a fuerza de dialéctica, consiguió volver las cosas al punto cero a pesar de la oposición de Don Mayor.

Al poco rato apareció Arancibia por casa de Zoraida y entre ellos se intercambió el saludo de rigor:

Adorable Zoraida, alabado sea Dios!
Si, Modesto; por siempre sea alabado.

"He venido a desearte buena suerte en tu enlace

con el opulento y manirroto ganadero chiquitano. pronto serás dueña de una cuantiosa fortuna y, en caso de necesidad, podrás favorecer a tus antiguos amigos con algunos miles de patacones. . .

- Así será si llega el caso.

- Disculpa, Zoraida, pero no puedo concebir que otro sea dueño de la dulce paloma por quien suspiro noche y día. Oh!, Zoraida, si tu quisieras anular tu compromiso, a inclinar tu ánimo hacia este rendido adorador que ha sido tu profesor de Aritmética, me harías el hombre más feliz del mundo. De tí depende que yo entre a formar parte de tu querida familia.

Zoraida, sonriendo, contestó Así:

- Los hombres, para conseguir sus fines, nos halagan y nos ofrecen bajarnos el sol la luna y las estrellas, pero sus palabras son como hojas secas que se lleva el viento.

Cuántos hay que se dicen enamorados y una vez que están casados, -olvidan las promesas que hicieron y convierten la vida de su esposa en un calvario. Y, al cabo de los años, cuando ya la han llenado de familia, la miran como a un trasto viejo.

Ante tamaña ingratitud, para la joven que se casó virgen y confiada, el matrimonio equivale a un suicidio!.

Arancibia sorprendido por el nada favorable concepto que su dulcinea tenía de los hombres, dedujo que aquella no tenía prisa por entregar su blanca mano, y se despidió lucubrando ya las mañas que emplearía para no dejar escapar a la preciosa presa.

Farel, a su vez, cuando le avisaron que Zoraida estaba de novia, se apresuró en ir a verla para intentar disuadirla del proyectado matrimonio.

- Cómo se entiende que tú, la niña de mis ojos, no me hayas dado la prioridad que merezco, entre todos tus pretendientes? Será posible que un apuesto estudiante aprovechado como yo, plumario de un Juez de Paz, sea marginado de la competencia, en favor de un achacoso carcamal, supuesto hacendado y dueño de una imaginaria estancia ganadera en una remota provincia?.

No has pensado en que las falsas promesas que te ha hecho Galarza no tienen asidero y que, si te casas con él, tendrás que llorar tu desgracia cuando te veas vistiendo harapos y barcina de tizna en la humilde cocina de un rancho campestre?.

Tienes que ser mi mujer, alma de mi alma, cueste lo que cueste, pues sólo una persona delicada y culta como yo, podría darte el trato que te mereces.

Recuerda que yo te he servido de mentor, que he seleccionado tus lecturas prohibiéndote las novelas inmorales que pervierten a la juventud.

Dime de una vez que me aceptas por esposo para que yo inicie los trámites del caso y pueda decirle a Galarza: "A tu tierra, camba!".

- Quédate tranquilo -dijo la joven-. Cuando yo crea que ha llegado el momento de mis desposorios, se lo comunicaré a mis deudos, para que ellos escojan al candidato más conveniente. Por ahora, todo no ha pasado de charlas y comentarios. Ha sido algo semejante a lo que sucede cuando el cielo se nubla y

parece que va a desencadenarse un tremendo aguacero.

Hay muchos relámpagos y truenos y, al final, caen apenas cuatro gotas locas: una llovizna insignificante de esas que la gente llama "orines de vieja". . .

Con la respuesta de Zoraida el galán creyó que los rumores que tanto le preocupaban, no tenían fundamento, y se retiró a discurrir sobre sus inmediatas posibilidades para conseguir lo que deseaba. Para empezar, tenía la esperanza de que sus padres le dieran, sin desportillarla, la hijuela de 800 pesos que por herencia le correspondía.

Tras Farel, intervino Leaños, el último de los pretendientes despechados:

-Aunque tú, querida Zoraida, no has tenido la gentileza de imformarme de lo que está ocurriendo, yo, como antiguo pretendiente tuyo, vengo a evitar que cometas una funesta equivocación, que amargaría para siempre tu existencia. Tú no puedes ser la esposa de un palurdo que no sabe hablar sino de caballos, vacas, charque y quesos. Tu felicidad no está en otra parte sinó al lado de este Quintín Leaños que fue tu paciente maestro y que te enseñó a escribir no sólo en letra cursiva, sinó en la de imprenta y en la gótica.

Si te casaras con Galarza, vivirías en el monte donde las sabandijas de toda especie: mosquitos, marigüises, tábanos, y garrapatillas, te volverían loca con sus picaduras y te dejarían el cuerpo cubierto de llagas incurables.

Abondonada de todos, morirías en poco tiempo de tiricia y consunción.....

Zoraida, replicó:

-No pretendas atemorizarme pintándome un futuro tan sombrío. Confío en la misericordia divina para que nada de eso suceda.

Intervención inesperada

En esos momentos fue bruscamente interrumpida la conversación, por la irrupción de un grupo de extrañas personas que, sin saludar, se metieron en la sala, como Pedro por su casa, y luego, fueron llegando sucesivamente, Arancibia, Farel, Galarza, Don Mayor y Doña Esta, con el resto de la familia.

Los desconocidos se alinearon frente al estrado. Los mandaba un militar tocado con tricornio coronado por un plumaje mordoré, de guantes blancos, y vestido con casaca azul con charreteras. En el pecho llevaba tres medallas de oro y esmalte e iba enfundado en pantalones de paño color plomo, con galones dorados. De su cintura colgaba una espada envainada. El singular personaje estaba acompañado por un ordenanza con morrión y sable y un clérico de sobrepelliz, estola y bonete, a quien escoltaba un monaguillo provisto de acetre, hisopo y un libro. Completaban el cortejo una matrona de traje oscuro bordado, seguida por una criada portadora de un ajuar de novia, y un caballero de leva, pantalón blanco y alto sombrero de copa.

Los dueños de casa, asustados, miraban a los extraños a los que de pronto, siguieron doce cholos armados de escopetas, que pasaron al canchón. Estos estaban uniformados de chamalote azul y llevaban la cabeza envuelta en pañuelos colorados.

Zoraida no tardó en reconocer en el de la levita y el tarro a su enamorado Rosicles he hizo partícipe del descubrimiento a su hermana Velorina.

-Qué haré, hermanita? Es Rosicles quien ha armado esta tramoya.

El corazón me late con tanta fuerza que se me quiere salir del pecho. Me temo que aquí se arme una trifulca por causa mía.

- No te dejes llevar por el "frenesí", hermana. No veo aquí signos de violencia. Tranquilízate. Ya veremos en que llega a parar todo esto, dijo la chota Olinfa.

En esto habló Rosicles:

"Señores: Ha llegado el venturoso momento en que, en este recinto, el Padre Olegario, aquí presente, nos unirá a Zoraida y a mí, con los vínculos sagrados.

Galarza, enfurruñado como un puerco, intervino entonces:

"¡Barajo! Qué es lo que están tramando? Sosiéguense, no más, porque, de lo contrario los voy a hacer "supichir". Zoraida, en quien he gastado mi plata, ya me pertenece por la escritura que ha redactado su madre.

Ni el Rey podría quitármela. Mañana mismo me caso con ella si Dios no dispone otra cosa.

Acto seguido tomó a la azorada Zoraida en sus robusos brazos y llevándosela a su lado, continuó:

"Ustedes no me conocen. Se lo ha de llevar Mandinga al que se atreva a jugar conmigo".

Aquí saltó el del tricornio y desenvainando la espalda, dijo:

"Yo soy el coronel Palmagoras, padrino de Rosicles y certifico que éste, es, por su nivel de educación, el que merece, más que cualquier otro, ser el legítimo esposo de Zoraida. Para su mujer, Galarza debe buscarse una campesina montaráz como él.

El Padre Olegario estuvo también a favor de Rosicles, pero el obstinado Galarza, siguió arguyendo que su dinero le daba mayores derechos que al pelagatos del Rosicles que no tenía más que su linda cara, la que obviamente, no se podía echar a la olla para preparar el desayuno.....

Rosicles, replicó:

"Si es por asunto de dinero, sepan ustedes que tengo embaulados 5.000 pesos fuertes y, además, un terreno que me dejó por hijuela en Normandía, mi finado señor padre, y por el que me han ofrecido 2.000 onzas de oro. Por otra parte, el Dr. Olañeta, mi pariente materno, me ha prometido la Prefectura del Departamento, como regalo de bodas, si me caso con Zoraida.

El Padre Olegario, viendo intrincada la cosa, opinó porque los circunstantes dieran su fallo eligiendo el más digno de ser el consorte de Zoraida y, que Don Mayor como jefe de familia, fuera el primero en votar.

Don Mayor, se encogió de hombros y se abstuvo aduciendo que el dejaba a la influencia astral que

gobernaba el nacimiento de su hija, el decidir el destino de ésta.

Doña Esta, fue categórica: su candidato a yerno , era Rosicles.

Zoraida, agradeció a su madre, en cambio, los pretendientes desairados, abundaron en razones manifestando su disconformidad y acusando a Zoraida de ser una ingrata.

El más patético fue Quintín Leaños. Comparó a Zoraida con una mansa paloma que, si se libraba de las garras del halcón Galarza, iría a caer en las no menos peligrosas de Rosicles, y los expresó así:

Si te escapas de Galarza
será milagrosamente,
y si te caza Rosicles,
llorarás amargamente.

Pese a las lamentaciones de los galanes decartados, la votación mayoritaria favoreció a Rosicles.

La señora enmantonada del grupo de extraños, dijo llamarse Leonor y ser madrina de los futuros cónyuges, y tomando a Zoraida de la mano la condujo al estrado donde esperaba el padre Olegario, listo para empezar la ceremonía.

Disputa por la manzana de la discordia

Galarza que observaba atento, dio un salto y alzando a Zoraida en vilo, salió con ella apresuradamente hacia su alojamiento.

El Coronel Palmagoras, y su ordenanza, corrieron en pos del raptor, le dieron alcance y el ordenanza le asestó cuatro planazos al hilo. Galarza, ardiendo en ira, soltó a la muchacha, cogió un bastón, extrajo de él un estoque, y se lanzó sobre el ordenanza que, ignorante del arte de la esgrima, huyó. Intervino entonces Palmagoras y cuando ya los combatientes, empapados en sudor por el esfuerzo, daban muestras de cansancio, saltó rota la hoja del estoque de Galarza, que se quedó sólo con la empuñadura.

Al verse desarmado, y con dos heridas en la cabeza, el chiquitano arrojó la empuñadura contra el rostro de su antogonista pero falló el objetivo y se dio a la fuga, dejando victorioso a Palmagoras.

Muy ufano con el triunfo, el Coronel lo celebró con una triple dosis de burdeos. Como trofeos le quedaron el estoque roto y el sombrero de su contendor.

Doble boda

Libres ya de la presencia de Galarza, y aunque la novia estaba aún trémula de emoción, por haber presenciado el combate, procedieron a peinarla y a vestirla con un traje blanco de gasa floreada guarnecido de blondas y anchas cintas de seda, velo de tul, medias de seda y guantes blanco, y zapatos de cabritilla bordada.

A media noche el Padre Olegario procedió con la ceremonia matrimonial.

Entre tanto, Galarza, siempre terco, había reunido a seis mañazos, a los que pagó y armó de escopetas par que le ayudaran a secuestrar a Zoraida.

Estos auxiliares fueron disfrazados con indumentaria samaipateña; monteras negras, coletos en forma de levita, talabartes, polainas y ojotas. A todos se les embadurnó la cara de rojo, con achiote, para que infundieran miedo.

Apenas llegaron a casa, dieron una descarga cerrada a la pared y Galarza, aprovechando la confusión, alzó a la recien casada y ya la llevaba para montarla en el caballo dispuesto a tal fin, cuando la escolta de Palmagoras, compuesta de doce cholos, acudió y frustró el rapto.

Galarza y sus fingidos collas fueron amarrados y a todos se los condenó a ser pasados por las armas, pero la sangre no llegó al río, porque el chiquitano, con 200 pesos consiguió el perdón general.

Palmagoras repartió el dinero entre los miembros de su comitiva y se marchó.

Galarza, no se resignó a quedarse soltero, y no tardó en acercarse a Fastulia, a la que habló de esta manera:

- Querida Fastulia, ya que tu hermana no pudo ser mía, tomarás su lugar, porque desde este momento te considero como mi novia.

Fartulia, molesta, le contestó:

- Cómo es que habiendo sido usted nuestra constante visita, nunca me cortejó sinó que, sin disimulo andaba tras de Zoraida, hasta el punto de perder la chaveta y de hacer las locuras que ha hecho por ella? Ahora, que se ha visto despreciado sin remedio, viene, por fin, a menearme la cola como si yo

fuera su suplefalta o su peor es nada....

- Si tu hermana me basureó fue porque Rosicles, gracias a su pacto con Mandinga, la tenía embrujada, y eso yo no lo sabía. Ahora quiero casarme contigo, pues para mí es lo mismo. el padre Olegario me lo aconsejó y creo que tenía razón.

Tú también eres bonita y los 200 pesos que ofrecí de dote, serán para tí.

No me mires con rabia. Yo te he de servir con toda mi voluntad.

Fastulia, conmovida por la sinceridad y la franqueza de Galarza, le dijo que lo aceptaría siempre que sus padres no se opusieran a este inesperado matrimonio.

Consultada la familia, dió el sí y el padre Olegario, casó a la pareja sin perder tiempo. Fueron padrinos, el Coronel Palmagoras , y la matrona Leonor, como en la boda anterior, y todos, a la postre, se abrazaron en paz y concordia.

Epílogo

Las dos parejas de recién casados fueron a vivir a la amplia y cómoda casa de Don Mayor. Al cabo de dos meses, Fastulia dando razón al refrán que dice: "la casada casa quiere", manifestó al marido su deseo de hacer rancho aparte, y le instó a vender la estancia del Tusuvó para con el importe comprar una casa en la ciudad. Galarza accedió y preparó el viaje a Chiquitos. Tan solo se reservó 20 vacas lecheras para trasladarlas a Guapilo, donde tenía parientes.

Con el correr de los días, Galarza llegó a ser muy querido de su suegra ya completamente decepcionada del otro yerno, Rosicles, que no había tardado en mostrar la hilacha de charlatán, vividor y holgazán.

Tan pronto como el concuñado partió, Rosicles, para librarse de las indirectas y recriminaciones de Doña Esta, se fué a vivir a un cuartito alquilado en el centro, pretextando que allí le convenía esperar el nombramiento de Prefecto que, según él -no tardaría en recibir aunque la verdad es que apenas pudo conseguir los cargos de cobrador de multas y de alguacil.

Doña Esta no tardó en ser visitada por tres de sus comadres que aprovecharon la ocasión para hablarles de Rosicles.

¿"Cómo una mujer tan ladina como usted, comadre ha podido dejarse meter los dedos a la boca y creer todas las mentiras con que, esa "joyita" de su yerno le calentó las orejas?

Acaso no sabía que era hijo de un gringo aventurero en una cochabambina que vivía en Vallegrande, y que

el padre lo mandó a Santa Cruz, apenas con lo indispensable para su subsistencia, y que el mozo, apenas llegó a ésta, anduvo buscando, como buen capellanero, una muchacha de ojos crespos, para poder dar un buen braguetazo?

A nosotras, sus amigas, nos preocupan los comentarios que la gente teje en torno a la comedia que montó Rosicles para conseguir que un falso clérico lo casara con Zoraida, y de rebote, a Galarza con Fastulia.

Ahora Rosicles quiere escapar a la Argentina para librarse de la censura general, pues hasta el señor Obispo está indignado por la trancanchula de la que resulto que sus hijas no son -desde el punto de vista religioso- sinó las concubinas de los que consideran sus legítimos maridos.

Ahora ya se ha puesto en claro que el que se hizo pasar por Coronel Palmagoras, era en realidad, un borracho pendenciero a quien Rosicles conchavó, y que el cura Olegario, su sacristán y los demás de la banda, eran otros tantos vagos a los que el astuto embaucador aleccionó y disfrazó para que nadie los reconociera.

Poco faltó para que a Doña Esta le diera un soponcio con tales revelaciones, y sólo se serenó cuando Don Mayor, dijo que, como los novios y los padres de las muchachas estuvieron de completo acuerdo, y puesto que las ceremonias nupciales, las había celebrado un seglar con hábitos sacerdotales, los matrimonios eran perfectamente válidos, y que sobre este punto existía jurisprudencia y hasta ejemplos bíblicos.

Apenas Galarza hubo regresado de Chiquitos con un

petaquita repleta de patacones de plata, Rosicles fue a saludarlo y, tras colmarlo de zalamerías, le pidió prestado cien pesos que necesitaba urgentemente, para viajar a Orán, donde iba a realizar un pingue negocio.

Mientras durara su ausencia -estimada en varios meses- dejaba a Zoraida al cuidado de sus suegros y bajo la protección de Fastulia y de su marido.

Al poco tiempo de esto, se supo de muy buena tinta, que Rosicles había muerto. Zoraida lloró como una Magdalena pero al fin se consoló y al cabo de menos de dos años, de su viudez, y estando aún de riguroso luto -y con gran escándalo de la sociedad- se volvió a casar esta vez legalmente con un señor Landivia, hombre rico con el que tuvo mejor suerte.

Landivia adulaba tanto a su mujer que se levantaba temprano para ir a vaciarle el excusado la bacenilla de orines que Zoraida llenaba durante la noche; le llevaba el desayuno a la cama, le enjabonaba la espalda cuando ésta se bañaba, le cortaba las uñas de los pies, le simbaba los cabellos, le lavaba los calzones y le reservaba siempre las mejores presas de la merienda.

De las otras dos hermanas menores de Zoraida y Fastudia, ninguna se quedó a vestir santos.

A su debido tiempo, cada una encontró su "media naranja" -más o menos ágria- pero la encontró, vale decir que se casaron como Dios manda.

FIN

COMBATE EN LA CAÑADA

El Capitán Miguel Castro Pinto, impenitente revolucionario, era ferviente partidario del General José Miguel de Velasco, a quién debía el grado que hoy ostentaba. Pinto, llevado por su pasión política, reclutó unos 300 hombres, -campesinos en su mayoría- para dar un golpe sorpresivo y destituir a las autoridades belcistas.

En altas horas de la noche sorprendieron en su hogar al Dr. Carmelo Rivero -amigo predilecto del Prefecto Angel María Aguilera, lo capturaron, y sobre el pucho, lo condenaron a ser fusilado a las doce del día siguiente.

Pero estaba escrito que al Dr. Rivero no le había llegado aún su hora. El Prefecto, al tanto de la asonada, -acudió rápidamente a las fuerzas leales comandadas por el Capitán Isidro Soleto.

Soleto, antes de entrar en combate, arengó a sus huestes con estas palabras:

"Vallentes muchachos:
"Esos ignorantes destripaterrones que tenéis al frente, no son sino una miserable y despreciable caricatura de soldados a los que vamos a hacer morder el polvo de la derrota y a darles una lección que nunca olvidarán".

"Rodilla en tierra y fuego a discreción" !

La acción duró algo más de una hora. Los aturdidos campesinos, sofocados por el humo que el viento norte les echaba a la cara, se dieron a la fuga, y muchos

buscaron la salvación zambulliéndose en una laguna, que se convirtió en su tumba, pues apenas asomaban la cabeza, eran cazados como patos..... Unicamente sobrevivieron dos que, apelando a su mayor resistencia pulmonar para retener el aire, consiguieron permanecer más tiempo bajo la superficie del agua o se ocultaron entre unas cañuelas hasta que los vencedores se retiraron.

El caudillo Pinto gracias a su destreza en el manejo de la espada logró esquivar la acometida de tres jinetes que trataban de ensartarlo con su lanzas, y escapó de la muerte a uña de su veloz caballo.

El sangriento fracaso de la intentona revolucionaria quedó consumado a eso de las diez de la mañana. El Dr. Rivera fue rescatado y sus guardianes cayeron bajo el fuego de los belcistas.

Viéndose ya libre y sin lesión alguna el Dr. Rivero se dirigió a la espaciosa casa de Palla de doña Isabel Cuéllar, cuya finca, -a tres cuartos de legua de la ciudad- había servido de cuartel general a los alzados.

Allí fue felicitado por las tropas del capitán Soleto y luego de varias salvas de fusilería, y de alocuciones alusivas al triunfo, Rivera fue escoltado hasta la casa de dos pisos que poseía, contigua al cementerio de la Merced. Esto sucedió en el año de 1849.

En el combate de la Cañada, las bajas de los vencedores fueron muy pocas: muertos, un capitán Moreno y el sargento Serrano, a quienes honraron con un entierro capitular.

Los heridos, apenas llegaron a siete que bien curados llegaron a recuperarse.

De los vencidos, llevaron al panteón seis carretadas de cadáveres, sin contar a los prófugos malheridos que murieron, unos en chozas campesinas y, otros en la selva.

SUBLEVACION DE HOYOS

Un coronel, Fabián Hoyos, que ejercía las funciones de Comandante General, y el coronel Prefecto, Pancho Bartolo Ibañez - sobrino y cuñado del Gral. José Miguel de Velasco- derrocado por Belzu, se sublevaron proclamando al primero de los nombrados.

Tuvieron el apoyo de los siguientes confinados: Gral. Gregorio Pérez, coroneles Mariano Melgarejo, Chinchilla, Asebey y Salas, y de un extranjero Alar Cnel. de Artillería.

Proyectaban hacerse de un numeroso ejército para derrocar a Belzu, pero el Gobierno no les dio tiempo sino para reunir 700 hombres, con cinco piezas de artillería.

Un capitán Félix Hidalgo, hombre enérgico y experto táctico, era quien adiestraba a los velasquistas, por unas calles de abundante arena, convertidas en pantanos cuando llovía.

Estos ejercicios militares hubieron de interrumpirse con la llegada de un contingente de 500 collas destacados desde el Cuartel General de La Paz, muy bien pertrechados y armados hasta los dientes. Los mandaba el Gral. Gonzalo Lanza que tomó posiciones del lado del panteón, y luego ordenó el bombardeo del amurallado cuartel y de la Plaza, ocupados por los sediciosos. El mortero gubernista estaba emplazado en la calle Junín, a una distancia de seis cuadras de la Plaza, (fecha, 2 de agosto de 1852).

El artillero se disponía iniciar el bombardeo cuando recibió contraorden, que fue motivada por las súplicas del obispo Angel del Prado, ante el Gral. Lanza, que en

esos momentos, y para guarecerse del "sur y chilchi", se había cobijado en la choza del mañazo José Bejarano.

En su piadoso intento de evitar la destrucción de la sede diocesana, (situada en la zona que amagaba el cañón), el obispo estaba secundado por el presbítero Urgel que servía de correo entre los beligerantes, y cumplía instrucciones de Su Señoría Ilustrísima, Monseñor José Andrés Salvatierra. Ellos no escatimaron esfuerzos para salvar la ciudad de la destrucción, y preservar la vida de muchos inocentes.

El Gral. Lanza, condescendió a los ruegos del Obispo, poniendo por condición la desocupación de la Plaza y la entrega de las armas. En esa forma, no habría efusión de sangre ni destrucción alguna.

"Yo aseguro a Vuencencia -dijo el Obispo
que en el término de dos horas, Monseñor
Salvatierra habrá conseguido la rendición
de los rebeldes":

Monseñor hizo proezas de dialéctica, tratando de que los alzados, muy bien pertrechados, se llegaran a la razón, pero, al comienzo, le pusieron oidos de mercader. El único que le prestó atención, fue Dn. Pancho Bartolo Ibañez; los demás seguían en sus trece.

¿Que hacer?.

Ante la terquedad de los ensorbecidos Jefes, Monseñor se postró a sus pies clamándoles que se condoliesen del pobre pueblo que iba a pagar culpas ajenas.

Tal fue la conmovedora vehemencia que el venerable prelado puso en sus palabras, que el Cnel. Hoyos, -primer jefe en la militar quizás tocado por la mano de Dios, accedió a desocupar la Plaza y procedió a ocultar las mejores armas.

La capitulación de Hoyos, fue acordada a pesar de la opinión en contrario de Melgarejo y del artillero Alar, posesionado de un cañón situado en la esquina de la calle Junín que daba a la Plaza y al corredor del Palacio Episcopal, (hoy, día, elegantes casas de doña Segunda Mercado).

Mientras esto ocurría, una astuta negra -doméstica de la casa del anciano Dr. Pancho Velasco, contigua al Palacio, -tuvo la audacia de proveerse de un "mate" lleno de agua y, aprovechando un descuido del artillero, lo vació sobre el brasero con cuyo fuego se encendería la mecha del cañón. Acto seguido, -como una exhalación, voló a la casa de su amo y atracó el portón, sin dar tiempo a la airada reacción de Alar que tuvo que contentarse con poner a la negra de oro y azul. . .

El Gral. Lanza, con su batallón entró por el levante -calle Junín- sin más novedad que los vítores de sus partidarios y al son de una charanga que tocaba los marciales compases de una marcha militar llamada "El Quinto", y que era soplada a todo pulmón, con acompañamiento de bombo y platillos, por 25 músicos peruanos tomados prisioneros por el Gral. José Ballivián en la gloriosa batalla de Ingavi, en la que murió el invasor Gral. Agustín Gamarra.

El obispo Prado y monseñor Salvatierra, celebraron en San Andrés una misa solemne en agradecimiento al Gral Lanza al que, terminado el oficio religioso, le

acompañaron, llevándolo al medio, por una calle especialmente engalanada, y en cuyas aceras lucía sus vistosos uniformes una guardia de honor.

El vecindario aristocrático, por su parte, agasajó al magnánimo Gral. Lanza, con espléndidos banquetes cosa que alborotó la bilis a los del partido contrario, al extremo de que no vacilaron en hacer llegar al Gobierno, -por medios indirectos- malévolos informes sobre el comportamiento de Lanza. Y la maledicencia obró con tanta eficacia que, cuando el General volvió a rendir cuenta de su misión, llevando como botín de guerra, armas diversas y algunas piezas de artillería, en vez de premiarlo, se le dio de baja, dejándolo convertido en un simple paisano. Pero, Santa Cruz de la Sierra, grata a Lanza, le dio su nombre a una de las calles transversales del poniente.

Como nota ingrata debemos consignar que, durante la permanencia del Gral. en Santa Cruz, sus soldados cometían desmanes con las domésticas y mujeres del pueblo.

Tales fueron las tropelías de los foráneos que ello dio lugar a que un fornido mocetón, de pelo en pecho, Hipólito Lora, que tenía el cargo de gendarme, pidiera puerta franca a su superior, el sargento Lorenzo Ojeda. Requerido por éste sobre el motivo de tal solicitud, respondió:

"Es para ir por esas calles de Dios y sentarles la mano a los collas de Lanza, y hacerles pagar por las iniquidades que cometen con nuestras paisanas".

Ojeda, convencido de la buena causa que alegaba su subalterno, le dio la franquicia pedida para que el Quijote de nuevo cuño, saliera a "enderezar entuertos

y desfacer agravios". . .

Así que Hipólito Lora, con el visto bueno de Ojeda, anduvo un buen tiempo, por los barrios apartados, sopapeando a cuanto uniformado encontraba, y lo hacía tan bien que, de cada puñetazo, los tiraba al suelo. Su singular faena vindicativa la realizaba desde prima hasta las tres de la madrugada, hora en la que, con las manos hinchadas, y doloridas de tanto golpear, se retiraba al cuartel.

Los soldados, escarmentados, ya no se atrevían a salir solos por las noches, sino en grupos y armados de puñales. Arremetían a sosquines contra los emponchados con los que se topaban, pues emponchado iba el que los tumbaba de cada trompada.

NUEVA INTENTONA DE HOYOS

El capitán Fabián Hoyos, pese al fracaso de su anterior intentona revolucionaria, se alzó nuevamente, esta vez acompañado del comandante Eduardo Roca, de un hermano, -otro capitán y seis más. Con ellos, atacó y tomó el cuartel. (año 1854).

Días antes había ocurrido un hecho inexplicable: las armas del parque cayeron al suelo, lo que fue considerado como un mal presagio, y un sargento primero apellidado Silva, dijo a los demás gendarmes que eso era pre-aviso de una sublevación o de un inesperado asalto. Sus compañeros se rieron de su supersticiosa creencia e hicieron poco caso del vaticinio.

Hoyos, a prima noche, entró al cuartel y allí solo se le opusieron el Intendente Antonio Flores y un ordenanza, Sixto Mendoza quienes abrieron fuego, pero cuando los asaltantes mataron a Mendoza, Flores se dio la fuga dejando el cuartel desamparado.

Hoyos, ya dueño de la situación se hizo de 400 hombres sobornados con el producto de las extorsiones a que sometió a los vecinos, entre otros, al Dr. Nicolás Cuéllar, actual Prefecto designado por Belzu, que fue el primero que tomó y aherrojó. Aunque lo tuvo preso durante nueve días, apenas pudo arrancarle 5.000 pesos.

Al Dr. Cuéllar, por la humillación de estar con grillos, casi le vino el "frenesí" o sea la pérdida de la razón. Esto dio lugar a que el sargento, Pablo Gómez, refiriéndose al Prefecto, dijera:

"Este gallo no sabe de traba".

Hoyos, prevenido por el clero, de la llegada de fuerzas leales mandadas por el veterano general José María Urdininea, le salió al encuentro. El combate duró menos de una hora, con resultado adverso para Hoyos que tuvo la suerte de escapar. El general victorioso, con su diezmanda división, entró en Santa Cruz.

Una vez que Urdininea, se hubo marchado al interior de la República, Hoyos salió de su escondite y, tozudo como siempre, se dispuso a reanudar sus intentos subersivos pero las autoridades, alertadas a tiempo- lo aprehendieron y lo desterraron al Yaurú.

En el trayecto, y cuando los vaderos le hacían cruzar el Río Grande, fingió caerse accidentalmente de la "pelota" y, zambullendo se dejó llevar por la corriente y salió a flote a distancia de unas siete cuadras.

Creyéndolo ahogado, los vaderos buscaron inútilmente su cadáver para darle sepultura.

Entre tanto, manteniéndose de espaldas, y llevado por el correntoso río, fue a salir a tierra a casi media legua, aguas abajo del lugar del "accidente". Se refugió en una choza campesina en la que permaneció por un tiempo.

Los viajeros que acertaban a pasar por allí, no lo conocían y él contestaba en guaraní a las preguntas que se le hacían.

Cuando lo creyó oportuno. Hoyos regresó a la ciudad, donde se aprestó a proclamar al General Velasco, aunque ya era muy tarde pues el general, en edad provecta no estaba ya para meterse en trajines políticos. (Falleció a los pocos años en 1859).

Este fue el último brote de rebeldía del Cnel. Hoyos, pues, a los pocos días de haber vuelto a la tierra que lo vio nacer, la Parca inexorable cortó el hilo de su ajetreada existencia.

La viuda, deshecha en lágrimas, tomó las providencias habituales para hacerle un digno funeral. En cambio los gubernistas, dudando de que Hoyos estuviera realmente muerto, cometieron la indignidad de ponerle grillos al cadáver y destacaron un piquete para que escoltara el féretro.

Tal era el "susidio" de las autoridades que, mandaron examinar clínicamente el cuerpo y solo cuando se convencieron de que el infatigable revolucionario había pasado a mejor vida, permitieron que se le quitaran los fierros.

Esto ocurrió en el año 1855.

EL CAUDILLO IGUALITARIO ANDRES IBAÑEZ

La vocación de Mando

Este talentoso joven abogado, que en más de una ocasión, fue diputado, don Andrés Ibañez, era el hijo predilecto de un distinguido Coronel y Dr. Pancho Bartolo Ibañez, de quien había heredado dotes de mando y la aspiración de sobresalir en todo.

Ya en la escuela primaria, ejercitaba sus fuerzas luchando frecuentemente con sus condiscípulos, lo que por otra parte, -no le impedía ser un alumno aventajado dueño de una gran retentiva.

Quizás su verdadera vocación, fuera la milicia, pues, en los días de fiesta y sobre todo en las noches de luna, organizaba grupos de muchachos como él, y todos armados de bodoques y bolas de barro, se batían contra pandillas rivales.

Vencedores o vencidos, los ibañistas no se desanimaban y volvían a la carga a la semana siguiente, mandadas por sus sargentos y cabos que esgrimían espadas y sables de madera, según su rango castrense.

En estos encuentros callejeros, se fogueó, desde temprada edad, el futuro revolucionario igualitario y ejercitó sus cualidades de mando.

Primer Conato Revolucionario

Años más tarde, el Cnel. Castro Pinto (el mismo que sufriera al revés de la Cañada), de acuerdo con Ibañez, que era el cerebro del movimiento rebelde, sitió la Plaza principal.

El Prefecto, Dr. Ruíz, alebronado por este hecho imprevisto, abdicó en favor del anciado pero animosos Comandante General Cnel. Ladislao Marín en torno al cual se agruparon los melgarejistas, a quienes arengó diciéndoles entre otras cosas:

"Ya verán ustedes como a estos miserables conjurados les van a sudar los "compañones", antes que puedan conseguir sus locos propósitos".

Para dolor y luto de los partidarios de Gobierno, el Cnel. Marín murió repentinamente y le sucedió en el mando el Cnel. Franco, el antiguo antagonista del rebelde Gral. Martínez.

Franco con 50 hombres, se encerró en la torre del campanario, de donde, en el término de tres días, fueron saliendo, en horas nocturnas, y tras saltar barbas y atravesar canchones, consiguieron refugiarse en la tejería de un honrado artesano, Andrés Pedraza.

Los sitiadores se posesionaron del cuartel convencidos de que sus adversarios habían alzado el vuelo para evitar de morir por inanición.

El Dr. Ibañez envió una nota a Franco proponiéndole paz y concordia, a fin de evitar un enfrentamiento sangriento. Aceptada esta amigable tregua, los soldados de Franco, recibieron sus sueldos atrasados, se dejó de hurgar el avispero, y se restableció la tranquilidad. (Año de 1870).

Origen del Partido Igualitario

A la vuelta de cuatro años, el Dr. Ibañez, en los días de Carnestolendas, salió, en comparsa, a divertirse,

recorriendo en alegre jira, los arrabales de la ciudad. Luego volvió a la plaza principal que se hallaba colmada por sus amigos, quienes le recibieron a los sones de un incitante carnaval. Allí Ibañez, dando muestras de su ingenio y versación en materia política, improvisó un corto pero medular discurso en el que esbozó todo un programa de reformas administrativas y sociales.

En el calor de la reunión, tanto él como uno de sus colegas, el Dr. Melquiades Barbery Salvatierra, se despojaron de sus levitas y las arrojaron al suelo, para reemplazarlas con la chaqueta proletaria y dieron rienda suelta a su pensamiento, exclamando:

"Todos somos iguales"

Este fue el origen del Partido Igualitario.

Seguidos de sus entusiastas partidarios, rebosantes de alborozo, y montados en sus magníficos "silloneros", los corifesos del recién nacido banderío, recorrieron casi todas las calles de la población, repitiendo:

"Todos somos iguales"

El pueblo, en sus clases más humildes, se entusiasmó tanto, que hizo de Ibañez su ídolo.

Así el caudillo igualitario, con no menos de 900 adherentes, pudo formar la peaña de su encumbramiento político.

Confiado en su ascendiente sobre las masas y seguro de que sus órdenes serían cumplidas sin chistar, Ibañez se lanzó en una aventura militar, con la finalidad de vengarse de sus enemigos y también de los detractores del autor de sus días.

En el lugar de la Colorada, reunió alrededor de 200 hombres, la mayor parte armados de "tacuarillas", para ir a batirse con su tío (primo hermano de su padre), don Angel María Aguirre, actual Prefecto del Departamento. Este lo enfrentó con 100 soldados comandados por el Comandante General Cnel. Marcelino Gutierrez, acampados en el Trompillo.

La tropa de Aguirre no llegó a hacer sino una descarga, -que no causó bajas a los ibañistas, pues éstos, en el momento preciso, se habían echado de barriga.

Y aquí sucedió algo extraño que decidió la suerte del iniciado combate: gran número de curiosos, con el deseo de presenciar de cerca la acción , tomaron el camino de El Trompillo. Los azorados ibañistas al levantar la vista, vieron algo así como mil hombres que se les venian encima, y creyendo que fueran gubernistas, emprendieron desordenada retirada.

Ibañez, cuyos hombre no llegaron a disparar un solo tiro, se dio a la fuga tomando la vía de Samaipata, lugar donde esperaba rehacerse de armas y de gente.

Emboscada en Mortero

El Prefecto mandó en persecución del caudillo igualitario una partida comandada por el capitán Agustín Giles que en Mortero cayó en una emboscada ibañista que le ocasionó cinco muertos y muchos heridos. Los que salieron con vida volaron a dar parte del contraste sufrido, lo que dio lugar a que se mandara un nuevo contingente, que duplicaba, en número de plazas al anterior.

Ibañez en Cotoca

Ibañez, puesto al corriente, se ocultó; dejó pasar a la tropa enemiga, y retrocedió a la región de Cotoca, en cuyos espesos bosques halló refugio.

Excursiones nocturnas

Durante las noches, y disfrazado, solía ir a la ciudad capitalina para informarse de cuanto le era preciso saber. Allí hizo trato con un residente alemán Dn. David Cronenbold que le mandó traer 300 excelentes fusiles.

En una de sus audaces incursiones, se hizo llevar, con un huirero, o forrajero, llamado Domingo Negrete, al cuartel de los gubernistas, y llegó hasta los pesebres sin ser reconocido. Después de pasar la ansiada "vista de ojos" de uniforme militar, fue a casa de un amigo, se disfrazó con un ajustado traje de punto y se coló de rondón en un salón del barrio de San Roque en el que se realizaba un animado baile en calebración de cierto natalicio.

Allí se exhibió entre las parejas y causó una tremenda sensación por su extraño disfraz de listas negras, -desde el gorro hasta las chinelas,- que unido a su alta y desgarbada figura de rostro semi oculto por una espesa barba negra, le daba un aspecto tan horroroso que provocó más de un soponcio entre las mujeres que creyeron, a pie juntillas haber sido visitadas por una reencarnación de ultra tumba. . .

Persecución a Ibañez

El prefecto Aguirre, quedó muy descontento

con el Cnel. Gutiérrez por haber sido éste incapaz de aprehender a Ibañez o de tomarle, por lo menos algunos prisioneros para mostrarlos como trofeos de guerra y pidió al Gobierno que lo reemplazara con el Cnel. Ignacio Romero, hombre de rígidos principios y estricto cumplidor de sus deberes.

Alarma por la predica igualitaria

El Cnel. Romero conminó al Mayor de la Plaza, teniente coronel Demetrio Urdininea, a que persiga al caudillo igualitario, hasta capturarlo vivo o muerto, pues las autoridades se hallaban alarmadas por la prédica que -propalada a los cuatro vientos, decía a quien quisiera escucharla, que una vez que el Dr. Ibañez tomase las riendas del poder, volvería el precio de cinco pesos por vaca parida y que, por consiguiente, los pobres quedarían al mismo nivel de los ricos que, actualmente, vivian a costa del sudor de los infelices artesanos. . .

La propaganda igualitaria corrió como un reguero de pólvora y se extendió tanto que causó el "susidio" de las gentes adineradas. Se les metió entre caja y ceja, que el nuevo orden así preconizado, consistía en quitarles la mitad de sus bienes a unas doscientas familias pudientes, para repartirla entre una turba de desarrapados.

Unidos por la comunidad de intereses, y en defensa propia, llegaron a la conclusión de que era preciso, disolver a todo trance, el Partido Igualitario y acabar con su caudillo.

Fue en vano que los doctores Alvarez y Durán Canelas, arguyeran que el sistema igualitario no pretendía otra cosa que el dar su merecido galardón,

sin odiosas discriminaciones, a quienes se hubieran distinguido en el campo de la creación intelectual o manual y a los eficientes funcionarios de la administración pública. Tal sería, en resumidas cuentas, el cartabón igualitario con el que se mediría a todos, tanto a los proletarios como a los de las clases más elevadas.

Asalto a Cotoca

Urdininea, enterado de que Ibañez se refugiaba en Cotoca, dio asalto al pueblo y no halló allí sino al capitán José Cruz, que le graneó bala hasta terminar sus municiones.

En medio de la confusión que se prdujo entre los despavoridos vecinos, unos huían y otros, de hinojos, clamaban por la protección de la Santísima Virgen.

Los soldados de Urdininea, oriundos de Chiquitos y Cordillera, salieron ilesos de la refriega, pues duchos en las lides bélicas, sabían tenderse a tiempo o avanzar, corriendo en zig zag como los piyos, para evitar las balas enemigas.

El capitán Cruz y los heridos que pudieron caminar, escaparon, dejando dos muertos y, herido, al Dr. Francisco Heredia, al que, una vez tomado prisionero, lo aherrojaron, de cuyas resultas se le hincharon los pies y quedó impedido y ya no pudo llevar sino una vida contemplativa. . .

HACIA EL RIO GRANDE Y CHIQUITOS

El capitán Cruz fue a reunirse con su jefe que se hallaba reenganchado gente en la Enconada de Cotoca. Ibañez sintió mucho lo sucedido al Dr. Heredia y desaprobó la obstinada resistencia de Cruz, luego partieron todos rumbo al Río Grande donde recibieron la hospitalidad de un poblador.

A las pocas semanas fueron sorprendidos por Urdininea, que les causó nueve bajas.

Ibañez tuvo tiempo de escapar, llegar al río y cruzarlo a zambullidas, eludiendo el fuego de algunos rifleros que, a la hora nona, y de larga distancia, le disparaban.

Del río salió más desnudo que el padre Adán, y se asiló en la cabaña de Juan de Dios Balcázar, nieto de don Juan Taborga, el "Volador".

Balcazar lo vistió con sus harapos hasta que, noticiados los de Pailas, le llevaron ropa apropiada.

En el transcurso de los siguientes días fueron llegando sus dispersos partidarios, y ya juntos, se encaminaron a Cotoca para abastecerse de vituallas y otros menesteres necesarios para el largo viaje que luego emprendieron hacia Chiquitos.

INCIDENTES EN EL TRAYECTO

En el trayecto se alojaron en Pantano, propiedad de un acaudalado hacendado y Corregidor del lugar, Mariano Lijerón, quien, sin conocer la identidad de su huésped, habló pestes de Ibañez, tildándolo de ser un

malhechor y el oprobio de Santa Cruz. Agregó que deseaba verlo para pegarle un balazo.

- Qué delitos se le imputan a Ibañez? -preguntó su interlocutor.
- Pues toda clase de iniquidades, entre ellas, sus sucias trangresiones al sexto mandamiento de la ley de Dios.
- Y, quién le ha informado a Ud.?
- Muchos lo han hecho y, en especial, mi gran amigo el Prefecto, quien asegura que, de seguir Ibañez vivo -sería el Anticristo, o un segundo Mahoma, y que ya había dado pruebas de sus perniciosas ideas en un periódico titulado "El Talismán".
- Pues sepa usted, señor Corregidor, que nosotros somos comisionados del Prefecto para perseguir a Ibañez y acabar con él. Desearíamos que usted nos auxiliara con todas sus armas y los caballos de que disponga, y nos haga guiar con sus mozos -a los que daremos una buena gratificación- para que nos señalen por donde debemos buscar a ese pillo". Apenas lo tomemos, se lo traeremos maniatado para que usted, personalmente, se de el gusto de tirarle el cuero".

Lijerón, rebosando de satisfacción, accedió a lo pedido. Al día siguiente, después del almuerzo, partieron. En el trayecto, el caudillo igualitario se dio a conocer:

"Yo soy Andrés Ibañez, al que usted ha estado calumniando villanamente. Ahora que me tiene a su alcance. ¡dispare!.

El Corregidor, blanco de miedo, no supo que contestar y empezó a temblar como si lo hubiera atacado el "chujcho". Fue despojado de su rifle y de su montura, y tuvo que seguir a pie, un buen trecho.

Finalmente Ibañez, condolido por sus súplicas, lo dejó en libertad.

CONTRAMARCHA HACIA SANTA CRUZ

Ibañez anduvo recorriendo la región chiquitana apertrechándose de armas, reclutando gente o proveyéndose de víveres y dinero. Mandó construir una sólida barricada en la que se parapetó con más de 300 hombres. Al cabo de muchos días, se cansó de esperar y decidió volver a Santa Cruz y tomarla por asalto. Para que lo acompañara, invitó a un hermano paterno, domiciliado en Chiquitos, un capitán Félix Ibañez, el que le respondió así:

"Si tus soldados fueran tan obedientes y tan resistentes a la fatiga como los del interior, de buena gana iría contigo.

Pero he visto que los que tienes bajo tus órdenes, son indisciplinadas e incapaces de un prolongado esfuerzo. De modo que prefiero quedarme a cuidar mis vacas".

COMBATE EN LOS POROROS

Las fuerzas revolucionarias se toparon con las constitucionalistas en el lugar de Los Pororós. La acción comenzó con tremenda violencia y se prolongó, con cortos intervalos, por más de seis horas, desde las diez de la mañana, hasta las cuatro de la tarde.

Los igualitarios, protegidos por gruesos árboles, recibieron con nutrido fuego a la vanguardia de las tropas comandadas por el Cnel. Ignacio Romero, al que se había unido el T. Cnel. León, Sub-Prefecto de Lagunillas.

El teniente coronel León pronto se dio cuenta de que los ibañistas, bien parapetados, no corrían peligro, en cambio sus hombres caían como moscas. . . Varios heridos desconcertados, volvieron la espalda y echaron pie atrás. El coronel Romero, y otro valiente, el comandante Octavio Rojas, aunque herido, tuvieron que contenerlos a cintarazos para que no huyeran.

La lucha favorecía a Ibañez, y éste hubiera triunfado si las reservas mandadas por el capitán Rafael Eguez hubieran acudir a tiempo, pero la tortilla se le dio vuelta cuando el Tcnel. León, se metió con los suyos al bosque, y cercando a los federalistas los cocinó a balazos.

Se produjo el desbande e Ibañez tuvo que salir huyendo. El resultado del mortífero combate dejó un saldo de 300 muertos que fueron enterrados en una hondonada. Los vencedores, con sus heridos regresaron a la ciudad distante 18 leguas.

JUBILO POR LA DERROTA DE IBAÑEZ

La complacida clase alta ciudadana, proyectó hacer repicar las 33 campanas de las 6 iglesias, 2 capillas y un oratorio, en celebración del triunfo obtenido en los Pororós, pero el Cnel. Romero, se opuso diciendo que no era lícito alegrarse por la muerte de los muchos soldados caídos en defensa del orden constitucional, para librar al país de una horrible plaga. Su atinado parecer fue que las campanas debían doblar en señal de duelo por lo acaecido. (Año de 1875).

PLAN PARA LA CAPTURA DE IBAÑEZ

Ibañez anduvo vagando por las aldeas y arrabales, y, de noche, se aventuraba hasta el centro de la ciudad, burlando a los policias que lo andaban buscando.

Entre tanto, el Prefecto el Dr. Aguirre, convencido de que Ibañez era un favorecido de la Providencia, pues varias veces se había librado de la muerte, renunció al cargo. Su lugar lo ocupó el Dr. Demetrio Roca, acérrimo rival del caudillo igualitario.

Roca se reunió con la flor y nada de la sociedad local, desafecta a Ibañez, para planear el modo de deshacerse de éste. Lo menos que se decía en tales reuniones era que si el campeón del igualitarismo llegaba a apoderarse del poder político, sería el azote no sólo de Bolivia sino de todo el hemisferio.

Durante una asamblea, el Mayor de Plaza, Demetrio Urdininea, tomó la palabra para proponer que a Ibañez se le enviara una carta ofreciéndole toda clase de garantías para que se entregara.

"Una vez que caiga en nuestras manos, -agregó- le daremos su merecido".

La moción fue acatada por unanimidad.

IBAÑEZ CAE EN LA TRAMPA

Ibañez, se tragó el anzuelo. Abandonó Cotoca y se vino hasta el panteón, donde lo esperaba un piquete de 30 hombres armados con el fingido propósito de servirle de guardia de honor, a vista y paciencia de los igualitarios allí congregados para saludar a su querido

jefe. Una señorita, Ignacia Suárez, le colocó en el brazo una guirnalda de flores. Desde ese lugar lo condujeron por la calle Junín hasta la Casa de Gobierno donde fue recibido con aparatosas demostraciones de paz y amistad. Luego lo acompañaron a la casa que debía ser su morada, y la tropa regresó al cuartel.

Durante un día y medio Ibañez estuvo recibiendo las felicitaciones de sus amigos y parciales, y sin que le coartaran sus movimientos, pero, disimuladamente, la policía secreta le seguía los pasos.

Fue precisamente ésta la que dio parte a Urdininea de que Ibañez se hallaba de visita en casa del cónsul peruano José Lino Torres. Verificada la exactitud de la información, Urdininea se apostó con 20 hombres, desde las once de la noche hasta las dos de la madrugada, hora en que Ibáñez se recogía a su domicilio.

Allí fue tomado preso y llevado a empellones al cuartel, donde se le remacharon grillos. Esta felonía se consumó en el año 1876.

Luego de secretas deliberaciones, se decretó remitir el cautivo al Cuartel general de La Paz, para que fuera juzgado por el Supremo Gobierno.

SUBLEVACION DE LA ESCOLTA Y LIBERTAD DEL CAUDILLO

La noticia de la prisión de Ibañez no tardó en ser conocida por sus seguidores que hicieron correr la voz de que aquel, en el trayecto, se le aplicaría la ley de fuga. . .

Para conducir a Ibañez estaba designada una escolta de

100 hombres, en previsión de una posible emboscada de los igualitarios, y se fijó la fecha de la partida para el día de Nuestra Señora del Rosario, en la madrugada.

Sin embargo, como condición previa para partir, los sargentos de la escolta exigieron el pago de sus sueldos atrasados y la provisión de vituallas, pues, -así como quiera-, no se iba a emprender un viaje de 200 leguas, de ida a La Paz, y otras tantas de vuelta, con los bolsillos y el estómago vacíos. . .

Cundió el descontento entre los hombres cuando apenas les dieron ciento veinte centavos por plaza, siendo así que, de antemano, los deudos y amigos del cautivo, las habían ofrecido de a 100 patacones a cada sargento y de a 25 cada soldado raso. La tropa con esta generosa promesa se amotinó y puso en libertad al preso.

Los soldados del cuartel vitorearon a Ibañez, con la sóla excepción del sargento Carmelo Barba, un sádico que le echaba porquerías a la comida de Ibañez, le orinaba la espalda y le hacía otras iniquidades imposibles de nombrar. . . Pero las pagó bien caro; al poco tiempo y mientras bailaba en un "buri" de las afueras, un plomo igualitario lo despachó al otro mundo.

MUERTE DEL CORONEL ROMERO

Romero y Urdininea se hallaban festejando el cumpleaños de una amiga predilecta, cuando en horas de la noche, se les dio aviso de la sublevación del cuartel.

El Cnel. sin esperar a Urdininea, salió precipitadamente. Fue primero a su alojamiento, se armó de revólver y espada y corrió al cuartel, en el que entró

apostrofando ágriamente a los amotinados a los que no pudo reducir a la obediencia. Por el contrario, un teniente Francisco Guardia, le intimó con voz airada, que se retirara, mientras las bayonetas de los sublevados, iban empujando a Romero fuera del cuartel. Este, furioso, de un tiro, hirió mortalmente a Guardia, y cuando quiso hacer fuego por segunda vez, se le anticipó un tal Robles que con un balazo al estómago dejó a Romero tambaleando y abrazándose de un pilar exterior. Luego otro soldado, Clementino Cabello, lo ultimó de otro tiro.

El cadáver fue arrastrado hasta media calle e insultado groseramente. Los curiosos que se juntaron en la esquina del norte, -calle Ayacucho-, indignados, pidieron a la ensoberbecida tropa que cesara de injuriar al que había sido su jefe supremo.

CHASCO DEL DEAN COSIO

Los soldados, para atemorizar al vecindario, pegaron todavía varios tiros. Al oirlos, el deán Marcos Cosío, -para quien Ibañez, no era santo de su devoción- creyendo que éste había sido muerto, salió complacido a la calle, dirigiéndose al cuartel, y al percibir el olor de la pólvora, exclamó varias veces:

"Oh! Qué bien huele la pólvora en ciertos casos! pero luego, cuando supo la verdad, se largó más que de prisa a Cochabamba, de donde no regresó hasta el fin de los igualitarios.

NEGOCIACIONES TRAS LA MUERTE DE ROMERO

Unos amigos de Romero, reunieron cierta cantidad de dinero para entregarla al caudillo igualitario a fin de que éste pagara a sus libertadores y se evitara el saqueo de la ciudad. También, por intermedio de la servicial Chepa Berdecio, pidieron que se les entregara el cuerpo del Cnel. Romero, para velarlo.

Ibáñez, les contestó que esperaran a que el herrero Pedro Acuña -que se hallaba tiritando de "chujcho"- viniera a sacarle los grillos, y así encadenado como estaba, se acercó al cadáver yacente y se lamentó de que el bizarro militar no hubiera querido plegarse a la justa causa igualitaria.

El cuerpo de Romero estuvo custodiado por los ibañistas y velado hasta el lunes de ese mes de octubre de 1876, en que, por fin fue sepultado en el cementerio público.

Entre tanto, el herrero, -a fuerza de fomentos y otros medicamentos, consiguió recuperarse y, conducido por cinco ordenanzas, fue a romper los grillos de Ibáñez. En esos instantes llegaron los conductores del dinero junto con doña Angélica Roca, esposa de Ibáñez, de cuyas manos los soldados recibieron, muy contentos la recompensa que se les había ofrecido.

COMICIO POPULAR ELIGE A IBAÑEZ PARA EL GOBIERNO DE SANTA CRUZ

Ibáñez, ya libre de cadenas, convocó al vecindario para que eligiera Prefecto y Comandante General. El

voto popular, como era de esperarse, recayó en la persona de Ibáñez, y sus parciales acudieron a felicitarlo como moscas a la miel.

DAZA DESIGNA PREFECTO AL GRAL. PEREZ

Hilarión Daza, Presidente de la República, pensaba hacer de Ibáñez, la máxima autoridad de Santa Cruz, pero un cúmulo de malos informes sobre el caudillo igualitario, llegados a la sede del Gobierno, le hicieron cambiar de idea, y mandó de Prefecto al Gral. Juan José Pérez, correoso y experto veterano.

Ibáñez, en vista de la nota de que era portador el Gral. Pérez, le entregó la Prefectura, pero conservó la Comandancia General.

El astuto Gral. Pérez, no tardó en poner en juego su estrategia para debilitar el poder de Ibáñez, mediante el licenciamiento de la numeosa tropa que mantenía el caudillo. Alegaba que, para mantener el orden en la ciudad, -de unos 14.000 habitantes- no se necesitaban más de 25 celadores.

PROCLAMACION DE LA FEDERACION Y ENVIO DE DELEGADOS AL GOBIERNO

Ibáñez, ante los repetidos requerimientos del Prefecto, olfateó la "trancanchula", que se le armaba, y, presa de gran desconfianza, en el momento en que lo juzgó conveniente, de acuerdo con su asesor secreto, el Dr. Oblitas, lanzó el grito de FEDERACION! y, acto continuo, mandó dos caracterizados representantes, a la sede de Gobierno para pedir al Presidente que

adoptara para el país el sistema federal.

Esta solicitud no prosperó, por las artimañas e intrigas de la oposición, que le calentaron las orejas a Daza al soplarle que los tales embajadores federales, llevaban la misión secreta de asesinarlo, y que la desmedida ambición de Ibañez, era enseñorearse de la República.

Los enviados extraordinarios fueron capturados y sometidos a Consejo de Guerra acusados de planear un magnicidio. A duras penas salvaron el pellejo, gracias a la intervención del Dr. Melquiades Barbery y del prebendado Castedo.

CREACION DE LA BANDERA FEDERAL.

Una vez proclamada la Federación, Ibáñez hizo bendecir por el prebendado Rodríguez, un estandarte. Los padrinos fueron los capitanes Facundo Suárez y un Salvatierra. La compañía que rindió honores llevaba uniforme de "macana" y estaba comandada por un capitán, el paraguayo Fabio, Doctor en medicina, que se olvidó el discurso preparado y apenas llegó a decir:

"He aquí el emblema"

EL GENERAL PEREZ VIAJA AL BENI

El Gral. Pérez, apenas oyó los vítores dados a la Federación se marchó al Beni, en demanda de auxilio y allí consiguió que su colega el Prefecto Pedro José Suárez, organizara un batallón de 200 plazas para marchar sobre Santa Cruz y salir al encuentro del caudillo federalista.

COMBATE CERCA DE SAMAIPATA

En Vallegrande, el Sub-Prefecto, Tcnel. Napoleón Gómez, armó una partida 300 hombres que se posesionaron de una colina no lejos de Samaipata, en espera de las fuerzas constitucionalistas que vendrían del interior, para unirse a ellas. Ibáñez, enterado de ello, se dirigió a Vallegrande, y en el trayecto, un explorador de Gómez -que se pasó a sus filas- le informó de cuanto le interesaba saber.

Las fuerzas federalistas, compuestas de 400 hombres, sitiaron el cerro. Gómez le graneó plomo y así se entablo un combate que duró desde la una de la tarde, hasta las nueve de la noche. Al amanecer del día siguiente, los federales victoriosos, escalaron el cerro en busca de Gómez pero sólo hallaron cadáveres a los que dieron sepultura.

FRANCACHELAS EN SAMAIPATA

Los capitanes ibañistas, Montenegro y Urgel, con dos compañias, y actuando por su cuenta, fueron a Samaipata donde se entregaron a francachelas, y cometieron desmanes y latrocinios en la población.

La casa de Gómez fue totalmente saqueada y no se respetó ni a una imágen de Nuestra Señora que fue arrojada a la plaza.

Ibáñez, que llegó más tarde, recibió las quejas de los vecinos y ordenó la restitución de sus pertenencias, pero los damnificados, apenas pudieron recuperar la ropa.

LLAMADO A LOS PROFUGOS

Se publicó luego un bando llamando a los prófugos gubernistas a presentarse al Comando Federalista. Se les ofrecía plenas garantías de seguridad personal y un premio de diez pesos a los que entregaran un arma y cinco pesos a los que nó. A la invitación respondieron varios soldados, un Tcnl. Prado y un capitán Valverde.

MARCHA A VALLEGRANDE Y EL TRIGAL

De Samaipata los federalistas marcharon a Vallegrande, donde se alojaron cómodamente, en la casa que allí tenía Gómez, y pasaron alegremente los tres días del Carnaval. Luego partieron en busca de Gómez, al pueblo de El Trigal, y ocuparon la rica propiedad del prófugo.

NOTICIA DE LA APROXIMACION DE FUERZAS DEL GOBIERNO

A los tres días de estar allí, tratándose a cuerpo de rey, recibieron la desagradable noticia de que una división de 800 Chacomas, mandados por el Gobierno, y a las órdenes del Gral. Carlos de Villegas, venían a marchas forzadas. Esta información causó tal zozobra en el ánimo del coronel peruano Francisco Javier Tueros, que influyó en Ibáñez para hacerlo regresar con sus tropas a Santa Cruz.

QUEJAS CONTRA EL PARAGUAYO FABIO Y CONSEJO DE GUERRA

Apenas llegado a la ciudad, Ibáñez fue visitado por una delegación de señoras y recibió la denuncia de que

su lugarteniente paraguayo, Fabio, dejado allí de guarnición con 300 hombres, había mandado capturar a varias personas acomodadas para extorsionarles gruesas sumas de dinero.

Fabio, sometido a un Consejo de Guerra, presidido por el capitán Marcos Mansilla fue condenado a muerte, pero a la hora de la ejecución el paraguayo se arrastró a los pies de Mansilla pidiendo clemencia. Mansilla, luego de tirarle de los cabellos y abofetearlo, lo perdonó en razón de la proximidad de Villegas y de sus chacomas.

RETIRADA A CHIQUITOS: MALOS PRESAGIOS

Ibáñez, con 700 hombres, optó el 6 de marzo, por retirarse a Chiquitos. Varias señales, -consideradas como malos presagios- fueron observadas por el pueblo: un largo perióso sin lluvias, desde diciembre hasta mediados de marzo, acompañado de una tremenda sequía y caracterizado por vientos huracandos que soplaron de poniente, levantando densas nubes de polvo, y por último, el coro de lamentaciones, a grito pelado de los hombres y mujeres del partido de Ibáñez al despedir a los federalistas.

Todos estos signos anunciaban la aniquilación del bando encabezado por Ibáñez.

LLEGADA A SANTA CRUZ DE LA DIVISION PACIFICADORA

El Ministerio de Guerra, Gral. Carlos de Villegas y cuatro coroneles: Zapata, López, García y Villamil, con la división Chacoma, compuesta de veteranos

fogueados, llegó a Santa Cruz, en momentos en que el clero se hallaba ocupado en las exequias del Reverendo Padre Rector, Pedro Barbery, fallecido a la edad de 90 años, el 8 de marzo de 1.877.

AGASAJOS A VILLEGAS . ARRIBO DEL CONTINGENTE BENIANO

El recibimiento al Gral. Villegas se realizó en la Prefectura, -abandonada por el prófugo Prefecto Demetrio Roca.

El primero que promoció discurso de bienvenida fue el obispo F.F. Rodríguez, y el segundo y último, el penitenciario José Ramón Rodríguez, quien en sus palabras, censuro ásperamente a Ibáñez.

A los pocos días llegaron el Gral. Pérez y el Prefecto del Beni, José Suárez con 200 reclutas que fueron incorporados a la división Chacoma que así llegó a contar 600 plazas.

La cúpula aristócratica aplaudió a Villegas y le obsequió 5.000 pesos y un saco para que en él trajera la cabeza del odiado Andréz Ibáñez.

Con esto, los collas se prepararon para arrostrar los peligros y molestias de una larga expedición , pues así lo exigían la tranquilidad de la República y, en particular, la de las altas clases de la sociedad cruceña.

TUEROS SE OPONE A RESISTIR EN EL RIO GRANDE

Ibáñez, en su retirada, proyectaba esperar a los Chacoma, en la banda derecha del Río Grande, para

darles fuego cuando lo estuvieran cruzando, pero fue disuadido por Tueros que opinó porque se organizara la resistencia en la fuerte muralla de Chiquitos. Por eso pasaron de largo y fueron a pernoctar en Santa Rosa de la Mina , donde tuvieron que alojarse en distintas casas, por no existir una sola suficientemente grande para albergar a todo el contingente.

MOTIN; PRISION DE IBAÑEZ Y TRATATIVAS DE CONCILIACION

Al cabo de doce horas de descanso, se amotinaron dos compañías con sus jefes, el capitán Marcos Mansillas y el indio Manuel José Roca.

Ibáñez fue tomado preso y custodiado por 50 hombres, se lo tuvo incomunicado durante quince días, al cabo de los cuales fue puesto en capilla para fusilarlo, si no conseguía el dinero para pagarles un premio anteriormente ofrecido.

En esto intervino a favor del condenado, el capitán Benjamín Urgel que reprochó a Mansilla su proceder. Este replicó:

"Mis hombres y yo, ya estamos cansados de andar de la Ceca a la Meca, vagando sin rumbo, por estos desolados caminos, sin que Ibáñez tome alguna determinación, y sin que, siquiera, se nos paguen los sueldos atrasados para que podamos buscarnos la vida".

Urgel, inmediatamente, pidió el Cnel. Prado que viniera con el dinero reclamado por los amotinados.

PRADO LIBERA A IBAÑEZ. MUERTE DE ROCA

El Cnel. Prado, impuesto de la situación, actuó rápidamente. Se hizo reconocer como Jefe interino y marchó a libertar a Ibáñez, al que le devolvió su rango, y mandó capturar a los amotinados que se dieron a la fuga. No pudieron dar alcance sino a Roca, que fue sacado del templo donde buscó asilo y ejecutado en el acto.

FRACCIONAMIENTOS DE FUERZAS. ALOCUCION DE IBAÑEZ

Luego de sofocado el motín, el capitán Manuel José Montenegro, propuso quedarse allí para resistir a los chacomas. Ibáñez , que ya tenía suficientes motivos para dudar de la lealtad de sus subordinados, partió con los de su mayor confianza y se detuvo en la "pascana"de Uruguaitú donde en improvisadas frases hizo conocer a sus pocos seguidores, el trasfondo de su pensamiento.

De lo que recuerda la menguada memoria de Efraín Barba, rescatamos los siguientes conceptos:

"Queridos compatriotas:

A pesar de la ingratitud y de la negra traición de mis amigos predilectos, que han llenado mi alma de amargura, no abrigo sentimientos de odio o de rencor.

Debemos olvidar esos ingratos hechos y confiar en que el pueblo cruceño, convencido de que sólo anhelamos el bienestar general, nos prestará la ayuda necesaria para llevar a buen fin la obra emprendida.

Cuando eso ocurra, nos pondremos al mismo nivel

que los norteamericanos que hoy se hallan en la cumbre de la prosperidad.

Si Santa Cruz, el Beni y Tarija, vale decir la parte más rica de Bolivia, se unieran y llegaran a independizarse, formarían una nueva y poderosa República".

MARCHA HACIA LA FRONTERA BRASILEÑA

Luego de descansar en Uruguaitú, Ibáñez y su reducida hueste, se encaminaron a la frontera brasileña, pero el cónsul, en Piedras Blancas, les negó el paso mientras no entregaban las armas. Retrocedieron pues, al lugar de San Diego donde se refugiaron en la choza de un campesino. Ya apenas acompañaban a Ibáñez unos 50 hombres. Los demás fueron desertando a medida que escaseaban las provisiones.

La penuria era tanta que, para sustentarse, ya no hallaban ni el "suniaca", alimento favorito de los antiguos chiquitanos.

De los hombres que le quedaban a Ibáñez, la mayor parte se ocupaban en ir a buscar víveres.

IBAÑEZ ES SORPRENDIDO Y CAPTURADO EN SAN DIEGO

En San Diego, ya cerrada la noche, se hallaban acostados todos los federalistas cuando el paraguayo Fabio, se acercó por tres veces seguidas a Ibáñez, para decirle que oía trote de caballos, pero el caudillo, que en su hamaca y con la colaboración de una moza lugareña, rendía tributo al dios Cupido, no dio crédito al aviso y le contestó a Fabio que durmiera tranquilo, ya

que los collas eran incapaces de andar de noche por desiertos y ásperos caminos.

Fabio, veterano de la Guerra de la Triple Alianza, tan pronto como percibió próxima la trápala de la caballería, escapó con lo del cuerpo y así se salvó del asalto que al poco rato dieron los chacomas. No paró hasta Corumbá...

El sorpresivo ataque de los chacomas empezó con una descarga cerrada a una choza en la que tomaron cuatro jefes, dos tenientes, y quince hombres entre cabos y sargentos.

A estos últimos, luego de una seguidilla de sosquines y patadas, les dieron de a quinientos azotes por cabeza, y al sargento Valladares, hombre muy fuerte, de quien se sabía que había tumbado a puñetazos a muchos collas, le subieron la dosis a setecientos latigazos.

ULTIMOS MOMENTOS DEL CAUDILLO

A las treinta y cinco horas de su captura, Ibáñez escuchó la lectura de su formal sentencia de muerte. Entonces para salvar la vida ofreció desterrar la violencia de sus futuras actuaciones de carácter político.

"Por mí, no habría inconvenientes -dijo el Gral. Villegas pero requiero la opinión de los demás Jefes".

Entonces habló el Cnel. Zapata:

"No podemos ni debemos concederle el perdón, por cuanto hemos recibido órdenes expresas del Supremo Gobierno que confió en nosotros.

Hemos asumido el formal compromiso de salvar la Patria de la Federación y de terminar con el caudillo que se alzó contra la ley constitucional. Además, debemos tener en cuenta que los paisanos más caracterizados de Andrés Ibáñez han pedido el exterminio de los federalistas, para que así se extingan las monstruosidades que ellos engendran".

- "Puesto que se me niega la gracia de la vida, -dijo Ibáñez- pido que un confesor me oiga en penitencia.

- Dénle un confesor al Sr. Ibáñez- ordenó Villegas.

- No hay tiempo para ello -arguyó el Fiscal del Juicio, mayor Pedro Hoyos. Dada la gran distancia, se tardaría mucho en ir a buscar un clérigo.

Ibáñez, ya sin esperanzas-, pidió papel y escribió una carta a su esposa Dña. Angélica Roca. Luego lo sentaron en el patíbulo con otros tres mártires federalistas: el Cnel. peruano Francisco Javier Tueros, el Cnel. Prado, y el Capitán Valverde.

Estando los cuatro condenados en trance de recibir la mortal descarga, el Cnel. Tueros pidió merced y dirigiéndose al caudillo, dijo:

- Sr. Ibáñez: Es ésta la grandeza y la felicidad que nos prometió?

Es este el premio a nuestra perseverancia?
Oh! doctor! Cuán equivocado estaba usted, y cómo nos engañó !!!

- Pues así -contestó Ibáñez- por cierto que esta muerte, por un gran ideal, el el galardón que nos ha otorgado la Providencia. Con ello nos abre las puertas

de la posteridad para el sereno juicio de la Historia.

Adios, amigos! (1º de mayo de 1.877)

Una vez cumplida la ejecución, Villegas hizo enterrar los cuatro cadáveres y luego marchó a caza de federalistas para hacerlos despellejar a guasca. A los que capturaron, -y al son de alegres piezas musicales tocadas por la banda- les aplicaron con tanto esmero el castigo, que muy pocos sobrevivieron.....

El capitán Urgel, hallado en uno de los pueblos chiquitanos, fue ejecutado en el lugar.

La misma suerte corrió el capitán Manuel José Montenegro, capturado en Cotoca.

REGRESO DE VILLEGAS

El Gral. Villegas, después del fusilamiento de Montenegro, y de hacer una visita a la iglesia de la Purísima, continuó a Santa Cruz, donde algunos esperaban que llegara con la cabeza de Ibáñez, embalsamada y metida en el saco que le habían obsequiado para tan macabra finalidad. Tuvieron que contentarse, mal de su grado, con la noticia de la ejecución del caudillo federalista y de sus secuaces.

RUMORES DE QUE IBAÑEZ NO HABIA MUERTO

En Santa Cruz, corrieron rumores de que Villegas, -pariente políticos de Ibáñez- lo había hecho fusilar con balas de fogueo. Otros antojadizos comentarios, decían que, en vez del caudillo federalista- el ajusticiado fue un soldado, y que por eso, el General no

pudo traer la cabeza de don Andrés.

No faltaron dos mañazos ibañistas, -Juan Monasterio y José Pedraza que hicieron circular la especie de que Ibáñez había sido perdonado, con la condición de no residir en Bolivia. Así se mantenía viva la esperanza de un próximo retorno del promotor de la Federación.

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de Imprenta Landívar Offset en el mes de Marzo de 1990.

Santa Cruz - Bolivia

ROGER DE BARNEVILLE VASQUEZ

Libros Publicados

1 Costal de limosnero
2 Ni tambores ni trompetas
3 Sucedió en Cambilandia
4 Ensalada rusa
5 Tras las huellas del ayer
6 Crónicas y cuentos de aquí y de allá
7 Cajón de sastre
8 Gramaticomanía y otras zarandajas
9 En resguardo de la propiedad del idioma
10 Un repaso al castellano
11 Modismos utilizados en el Oriente de Bolivia
12 Extractos compendiados y reelaborados del Manuscrito Lara.
13 Diario de viaje de Paul maurice Brisout de Barneville; (1899 - 1900) y Crónicas ver de un viaje al otro mundo.